



*Me enamoré
de mi jefe*

DAKOTA MILANO

ME ENAMORE DE MI JEFE: Romance apasionado entre el jefe y su asistente

DAKOTA MILANO

Copyright: Publicado en Amazon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.

CONTENIDO DE LA NOVELA

Introducción

ELENA

MATEO

ELENA

MATEO

ELENA

ELENA

MATEO

ELENA

ELENA

MATEO

ELENA

ELENA

MATEO

ELENA

MATEO

ELENA

ELENA

MATEO

ELENA

[ELENA](#)

[ELENA](#)

[MATEO](#)

[ELENA](#)

[MATEO](#)

[ELENA](#)

[ELENA](#)

[ELENA](#)

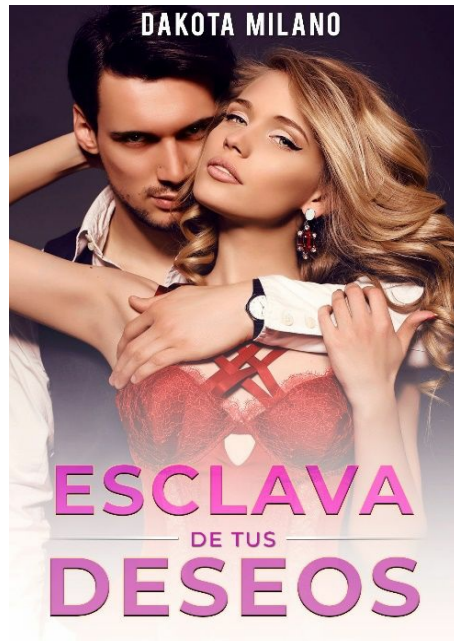
[ELENA](#)

[EPILOGO](#)

Otras Novelas de Dakota Milano



[Leer Novela Completa](#)



[Leer Novela Completa](#)

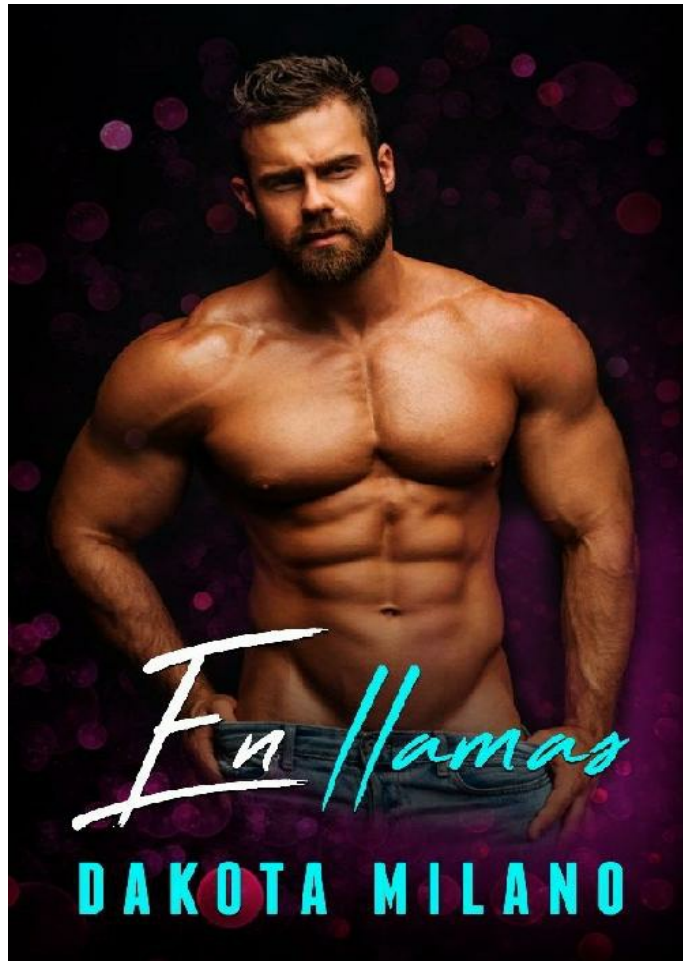


[Leer Novela Completa](#)

Introducción

Únete a mi grupo exclusivo de lectores y conoce mis últimas novelas

También podrás descargar GRATIS:



[Consíguela Aquí](#)

ELENA

De repente el teléfono de mi escritorio suena y el visor indica que es él, la persona que no debía llamar lo está haciendo, es mi jefe, Mateo. Las palpitaciones de mi corazón aumentan como si me hubiese inyectado una dosis de adrenalina y el sudor comienza a hacerse presente en mis manos y frente.

Por acto reflejo solo tiendo a pararme de mi asiento y me dirijo a su oficina con mi mente procesando cientos de pensamientos al mismo tiempo, pero sin poder entender ni concluir nada.

Ya es demasiado tarde como para inventar una excusa, arrancar por el ascensor. Es tanta la ansiedad que incluso pensé en activar la alarma de incendio para que todo el edificio evacue y así postergar este encuentro, pero ya no puedo. Mi momento llegó y debo afrontarlo.

El fin de mi trabajo de aproxima y todo fue mi culpa.

Ya frente a la puerta extendiendo mi mano hasta la manilla y la giro. La gran puerta de pino se abre suavemente e ingreso.

—Su oficina se parece más a un salón presidencial que a un lugar de trabajo, todo de madera oscura y cuero. No solo se ve bien, también huele a elegancia. —Digo, tratando de disimular un poco. No sé si por los nervios o porque ya no estoy pensando claramente.

Cada vez que me siento en esa silla sofisticada creada de forma única por un diseñador y que está ubicada a un costado de su escritorio, siento como si mi trasero estuviera siendo acariciado suavemente por nubes esponjosas.

Mi jefe deja de leer su computadora y me mira fijamente.

—Me alegra que te gusten mis muebles, Elena —dice él.

—Parecen de mentira, como si hubieran sido sacados de un cuento —digo rápidamente, pero mi respuesta suena como la de una niña pequeña, incluso para mis propios oídos.

Mateo me mira y levanta una ceja. —La protagonista de tu novela trabaja en una compañía de inversiones. Su jefe ha hecho una fortuna al

quedarse con las acciones de compañías poco éticas, todo eso a pesar de que sólo tiene treinta años.

—Su carrera destaca por haber obtenido gran parte de su fortuna de una empresa que se dedicaba a estafar a pensionados de la tercera edad. Es una especie de Robín Hood moderno. Les roba a los ricos y hace justicia por los pobres, pero al mismo tiempo haciéndose millonario a sí mismo.

Me retuerzo en mi asiento mientras Mateo me mira.

—¿Me he perdido de algo querida Elena? —pregunta. No hay ira ni enojo en sus ojos. Incluso todo esto parece que le divierte. Y esa sensación me está dando ganas de hacer algo sucio y muy poco ético.

—Umm... No. Que yo sepa no Sr. Brusick —miento en mi respuesta.

Me pregunto si también ha notado la parte en la que la protagonista de mi novela erótica romántica describe a su jefe como 'un hombre con el cuerpo de un dios y la cara de un galán de cine'. Porque, ¡sorpresa! Esa parte de mi novela también se basa en él.

Si. Tal y como lo puedes estar concluyendo. Mi jefe descubrió que he escrito una novela erótica romántica que esta basa en él.

Tengo muy claro que yo puedo escribir lo que quiera, tengo libertad para hacerlo cuando y como quiera, incluso él puede estar cometiendo un delito al leer mis trabajos privados sin mi consentimiento, pero el problema es que la novela se ha quedado abierta en su computadora personal, así que parece que no puedo aferrarme a ese argumento.

—Puede ser ficción y una simple novela, pero yo diría que al menos está basada en una historia real. ¿No crees lo mismo? —pregunta.

Trago saliva abruptamente. *¿Cómo es posible que mi garganta este está tan seca?*

—Es muy raro que sea una historia real sr. Brusick. Sólo son ideas y eventos al azar, nada real. —Le respondí mientras obligo a mis labios a sonreír para que crea mi mentira.

—Hmm.... —Mientras Mateo asiente distraído y se inclina hacia adelante para leer lo que está escrito en la pantalla, su pelo oscuro completamente desordenado cae sobre su frente. Su dedo desplaza la rueda

del ratón a ritmo controlado hasta hacerlo casi hipnótico.

No te mentiré, en este momento estoy fantaseando con que ese dedo que está acariciando la rueda del rato acaricie mi propia rueda... ya sabes a lo que me refiero. Quiero decir, la que tengo entre mis piernas, ¿es demasiado vulgar lo que digo? Quizás sí, pero el público que leerá mi novela quiere eso y más. Definitivamente usare eso en la versión final de mi novela. Es este tipo de pensamiento sucio, caliente y apasionado el que me ha metido en problemas en primer lugar.

Dios, desearía que un gran agujero negro apareciera justo debajo de esta estúpida silla y me chupara en otro lugar, a otra dimensión o simplemente me hiciera desaparecer para siempre.

Te explicaré como paso todo...

Esta mañana llegué temprano a la oficina para poder editar algunos capítulos de mi manuscrito erótico romántico. Pero la computadora de mi escritorio estaba muerta, no encendía y nadie en el departamento de Informática contestó ninguna de mis quince llamadas porque aún era demasiado temprano.

Me encontré con Richard en el ascensor, así que sabía que no estaba sola en el edificio. Una vez mencionó que le gustaba jugar con las computadoras en sus ratos libre, así que probablemente podría haberme ayudado, pero también sé que es un asqueroso que me mira los senos y dice cosas como 'melones jugosos' y 'caderas de infartantes' a algunas chicas del edificio. No me sorprendería mucho si un día dijera algo como: —¿Te gustaría oler este pañuelo con cloroformo? —Y ese sería el comienzo de mi vida como esclava sexual en el sótano de Richard por el resto de mi eternidad.

Así que, por el bien de mi propia vida y seguridad, decidí usar la computadora de mi jefe.

Me pareció una buena idea, hasta que me di cuenta de que me había olvidado de sacar mi memoria USB antes de salir de su oficina.

Peor aún, mi momento de tensión llegó hace sólo unos segundos cuando Mateo comenzó a leer un párrafo de mi manuscrito.

Y ni siquiera ha llegado a la parte caliente...

—Mateo, siento mucho haber usado tu computadora. Prometo que no lo volveré a hacer —le digo, rompiendo el silencio antes de que termine de leerlo todo. —Deberíamos volver al trabajo. La asistente del Sr. Shevchenko ya me ha mandado un mensaje para avisarme que su vuelo de Moscú aterrizó a tiempo, así que debería estar aquí en menos de una hora.

—Vuela en su propio jet privado. Por supuesto que llega a tiempo — dice Mateo, esquivando fácilmente mi obvio intento de cambiar de tema. Sigue leyendo. —Me doy cuenta de que el Sr. Díaz está parado justo detrás de mi silla. Mientras se inclina, apoya sus manos sobre mis hombros. No puedo evitar imaginarme esas manos grandes y masculinas recorriendo todas las partes de mi cuerpo. Su lengua me hace cosquillas en el cuello hasta casi hacerme reír, pero luego me susurra: —Ahora estás en problemas, Marta.

Mateo se ríe un poco. Sus ojos centellean de diversión mientras se forma una delgada sonrisa en sus labios. —¿Es ahí donde termina?

—Aún no está terminado —le dije—. La verdad es que no está listo para que nadie lo lea...

Dios, ¿cómo es tan guapo? Esos ojos azules intenso me hacen difícil pensar cuando él está cerca.

—Oh, pero estas marcas rosas con comentarios de Julia— ¿estas no son notas de alguien ya ha leído esto?

—Es Julia... mi compañera de cuarto. Ella, uh, me ayuda leyendo para... Ummm, ella lee mi manuscrito y me da su opinión antes de publicarlo," tartamudeo.

¿Por qué le estoy contando todas estas cosas? ¡Cállate ya, Elena! Ya sabe demasiado.

—Hmm.... —Los ojos de Mateo se vuelven a enfocar en la pantalla, su frente se arruga, incluso mientras sus labios permanecen enroscados hacia arriba. —¿Quieres mi opinión? —Antes de que pudiera responder, dice: —Me gusta, hasta la parte sexual. Siento que hay formas más creativas de tener sexo en la oficina que no has considerado.

La sangre corre por mi cara, calentando mis mejillas y mis oídos. Tal vez no debería haberme peinado el pelo con una cola de caballo hoy. Ahora no hay lugar para esconderse de la mirada penetrante de Mateo.

—Uh... gracias —digo en voz baja.

Quiero encogerme hasta el tamaño de un átomo y desaparecer. Tal vez de esa manera Mateo recordará este día como el día en que su asistente simplemente desapareció de la faz de la tierra, en lugar del día en que su asistente dejó alguna novela erótica en su computadora.

Dios, ¿qué pasaría si dentro de unos años, Mateo me recordara como la asistente que dejó una novela erotica en su ordenador? ¿Qué pasa si utiliza esta historia para contarla a sus clientes más ricos e importantes en las fiestas y todos se ríen de mí mientras chasquean sus copas de champán?

—Si yo fuera el jefe en esta historia... —Mateo mira mi cara sonriente de una forma maliciosa. —No estoy diciendo que yo lo soy... Sólo estoy haciendo algunas sugerencias. Pero si yo fuera él, haría que mi asistente me la chupara debajo de mi escritorio. O tal vez la desnudaría y la follaría contra la pared de cristal para que cualquiera que mire en esta dirección pueda ver su cara.

Ahora no es sólo mi cara la que está al rojo vivo. El hormigueo entre las piernas me dice que la sangre también está corriendo a otra parte de mi cuerpo.

Me pregunto si ha hecho todas esas cosas antes -Mateo tiene cierta reputación, aunque eso fue hace ya varios años antes de su matrimonio y posterior divorcio.

Probablemente debería estar indignada de que mi jefe me diga cosas tan sucias, y mucho más si es en su propia oficina.

Pero fui yo quien metió la memoria USB donde no debía.

Y si esto se hiciera público... Considerando que Mateo es el hijo de oro de las inversiones multimillonarias en la ciudad, va a terminar en los sitios de Internet o incluso en esa página del periódico con todos los artículos raros y divertidos.

Y aunque ahora mismo no soy nadie, no quiero que mi nombre se asocie con eso. Odiaría que alguien buscara mi nombre en Google, sólo para enterarse de este estúpido error. Quiero que la gente sólo vea mis libros cuando me miren, no es que haya publicado algo todavía, pero lo haré.

Supongo que un escándalo con mi famoso jefe podría ayudarme a aumentar mis ventas, pero preferiría que algo así no fuera mi pretensión de fama.

Debo admitir que me gustan las ideas de Mateo. Me gustan tanto que la humedad se está filtrando a mis bragas pensando en él haciéndome todas esas cosas sucias y calientes...

—Gracias por la retroalimentación —digo antes de que mis pensamientos se vuelvan más salvajes.

A pesar de mi abrumador deseo de desaparecer, decido enfrentarme a este problema de frente. Esa parece ser la única manera de acabar con esta tortura. Puse mi mano en el escritorio imponente de madera entre nosotros, con la palma hacia arriba. Me encuentro con la mirada de Mateo. —¿Me devuelve mi memoria USB, por favor?

—Por supuesto. —Mateo saca casualmente el pequeño dispositivo de su computadora.

Actúa como si no hubiera gozado de esto, pero no me he perdido el brillo travieso de sus ojos, o la sonrisa divertida que juega en sus labios. Está disfrutando esto.

—Gracias —digo yo mientras deposita la memoria USB en mi palma. Ignoro la sacudida eléctrica que siento cuando nuestras manos se tocan por un segundo. —Prepararé los archivos para la reunión con el Sr. Shevchenko.

Sin esperar una respuesta, me levanto de la silla -que es realmente cómoda, a pesar de la incómoda situación- y salgo corriendo de la oficina de Mateo antes de que mi excitación se filtre a través de mi ropa interior y deje una mancha en el asiento de cuero.

Al cerrar la puerta, oigo a Mateo decir: —Estaré aquí si necesitas más ayuda con tu historia.

MATEO

Cuando se viste así, es casi un crimen que Elena esté *escribiendo* sobre sexo, cuando perfectamente se ganaría la vida como estrella porno. Ese es el tipo de cuerpo que debe estar delante de una cámara, no detrás de un teclado.

Su culo se mueve deliciosamente en la apretada falda color magenta, lo cual mezclado con su andar en tacones hace de este momento algo imperdible y magnífico.

Me encantaría poner mis manos en esas caderas que se balancean y tirar de ella hacia atrás, directamente a mi verga dura. La tiraría de su pelo para que tuviera que arquear la columna vertebral y así empinar sus nalgas por acto reflejo. Casi puedo ver sus cremosas nalgas moviéndose mientras rebotan en mis muslos al ritmo de mis embestidas.

Y pensar que nunca me habría enterado de su lado sucio si no fuera por su pequeña historia que quedó grabada en mi computadora...

—Estaré aquí si necesitas más ayuda con tu historia —digo antes de que la puerta se cierre de un golpe. Sonrío, y el gesto se prolonga llevando a que se convierta en una risa. Me reí a carcajadas mientras pensaba en lo loca que es la vida a veces.

Mi sexy, joven y atractiva asistente tiene una mente sucia. ¿Quién iba a pensar que debajo de esa recatada fachada profesional hay una chica con semejantes características?

Me alegro de haber llegado antes de que pudiera recuperar su memoria USB. Ahora sé que ella piensa que mis ojos son "brillantes charcos de color azul" y mi cabello es "un bosque espeso y exuberante que la invita a perderse en él.

Normalmente no me gusta el lenguaje poético de las novelas románticas, pero esto es una excepción.

Eché un vistazo al ratón bajo la palma de mi mano y sonreí. Así que Elena está celosa de la rueda del ratón, ¿eh? Interesante.

Paso la yema de mi dedo índice ligeramente sobre la superficie de goma de la rueda, imaginando que es el clítoris de Elena con el que estoy jugando.

¿Qué aspecto tendrá cuando tiene un orgasmo?

¿Se arruga su frente cuando piensa en mí?

¿Cómo será besar esos labios rojos y jugosos?

¿Gimoteara mi nombre por las noches?

Mierda, lo que daría por saber....

Mi pene se tensa contra la parte delantera de mis pantalones.

Si Elena hubiera mirado bajo el escritorio, habría visto lo increíblemente duro y grande que es, y lo mejor de todo es que está completamente disponible para ella.

Me imagino a mí mismo agarrando el pelo de la parte de atrás de su cabeza y tirando de ella mientras esta de rodillas para que pueda chuparme la vega por debajo de mi escritorio.

Me pregunto si sospecha que he tenido esas fantasías con ella desde que empezó a trabajar en este lugar.

Claro que en ese primer momento no se me ocurrieron esas "ideas" calientes. La mierda perversa y depravada que quiero hacerle no tiene límite.

Puedo decir que le gustan mis fantasías por la forma en que perdió completamente la compostura en el momento que las escuchaba. De seguro se imaginó a ella misma viviendo cada una de las palabras que salían de mi boca.

Elena Bustamante. Mi nueva asistente que, a pesar de tener sólo veintidós años, siempre se comporta profesionalmente y maneja mi agenda de forma maravillosa.

Esperaba, por supuesto, que su cuerpo ardiente no se desperdiciara en una frígida mojigata, pero descubrir que tiene una imaginación viva y muy caliente-que por lo demás me involucra a mí, nada menos...casi me hace enojar.

Mira, la triste broma es que la razón por la que la conozco en primer lugar -porque es mi ayudante- es también la razón por la que no puedo cogérmela o disfrutar de una aventura con ella.

Hay muchas chicas con las que puedo acostarme. Y no harán que mi

negocio se vaya a la quiebra a causa de los posibles cargos de acoso sexual en los que podrían incurrir.

Bueno, quizá eso sea un poco paranoico de mi parte.

Tal vez dormir con mi empleada sólo hará que la atmósfera en la oficina sea desagradable cuando todo el asunto termine y acabe de forma inevitable.

He trabajado muy duro en esta compañía como para permitir que mi pene la destruya en una noche.

Demasiados directores ejecutivos de alto perfil se han visto envueltos en casos de acoso sexual últimamente a nivel nacional, y no tengo intención de unirme a sus filas. Demás está decir que su credibilidad se va directamente a la basura junto con su carrera y sus negocios, por lo que es un tema bastante delicado el pensar tener algo de sexo con una empleada.

Hay mujeres que se me tiran encima cada vez que me presento en actos corporativos y eventos sociales organizados por mis multimillonarios y famosos clientes. Me he hecho un nombre importante en el ambiente y aparentemente eso es un afrodisíaco porque esas mujeres ni siquiera me conocen y estarían dispuestas a abrir sus piernas a cambio de ser mi pareja, lo cual obviamente no ocurriría si yo fuera un trabajador promedio.

Pero incluso esas chicas son un problema. Un banquero amigo mío fue condenado a pagar una millonaria manutención de dos hijos por culpa de una buscadora de fortunas que no hayo nada mejor que agujerear los condones para así quedar embarazada intencionalmente... ¿loco no? Créeme, sucede y muy a menudo.

Solía disfrutar divertirme con esas chicas, ¿pero en estos días? Prefiero autosatisfacerme antes que arriesgarme a vivir una vida como la de mi amigo banquero.

Si *realmente* me doliera y necesitara tener el cuerpo de una mujer en la cama conmigo, contrataría una prostituta (acompañante de aquí en adelante, suena más bonito y ético). No es que lo haya hecho alguna vez, pero es una opción. No lo he hecho porque me gusta tener cierto grado de intimidad en mis encuentros sexuales, así que nunca he estado interesado en eso.

Aunque no juzgo a los hombres que contratan acompañantes para satisfacer sus necesidades más básicas y carnales.

En una ocasión que estaba tomando un vino de selección junto a un amigo que es un exitoso empresario del petróleo me dijo lo siguiente sobre ellas. 'Las acompañantes son algunas de las mujeres más honestas que hay. Te dicen exactamente cuánto quieren, les das esa cantidad, y después te dejan en paz. Tranquilo, sin inquietudes, sin preguntas y lo mejor de todo, sin compromisos'.

Claro está, él tiene gran experiencia contratando sus servicios así que habla con total autoridad del tema.

Lamentablemente Forbes no se interesa en los hombres que contratan acompañantes.

Muchos de ellos pasan casi todas sus horas del día en la oficina, por lo que no es de extrañar que tengan problemas para conectarse con sus parejas.

Las acompañantes cuestan menos dinero que las amantes a la larga. También atraen menos atención.

En cuanto a mí, no tengo tiempo para tener amantes. Me interesa más ganar dinero para que mis clientes puedan adquirir amantes si así lo desean.

Sólo tengo una ex-esposa y ya me da suficientes problemas como para pensar en una nueva. No necesito que más mujeres me jodan la vida.

Levanto el teléfono y llamo al tipo encargado del departamento legal que trabaja para mí. —Hola Richard, ¿hay algo que deba saber esta mañana?

—Si te refieres al contrato con los Lewis, todavía estamos esperando noticias de ellos —dice Richard desde su escritorio, tres pisos por debajo de mí.

—Maldita sea. — Respondo.

Antes de que pueda colgar, Richard habla. —Pero he oído hablar de Sabrina. Está dispuesta a aceptar menos si...

—No me importa lo que ella quiera —le corté las palabras a Richard. — No va a recibir ni un centavo más de mí.

—Mateo, sé razonable. Va a costar menos dinero y menos tiempo si aceptas la oferta de tu ex-mujer, o al menos, negocias.

—Te lo dije, Richard, no me importa lo que cueste. No va a recibir ni un

centavo más de mí —repito.

—De acuerdo —dice Richard, en un tono que indica desaprobación.

Un incómodo silencio se siente mientras cuelgo.

Realmente no está en posición de juzgar, ya que sólo es mi abogado y no le pedí su opinión personal. A veces me molesta tener que revelar detalles de mi vida personal para que todo funcione sin problemas, pero supongo que ese es sólo uno de los pequeños inconvenientes de ser rico. Nadie va a sentir lástima de mí por eso.

Mi teléfono celular comienza a sonar.

Sólo mis padres y un puñado de contactos importantes conocen este número, así que probablemente sea importante. Al leer el mensaje de texto, la sangre comienza a bombear rápidamente desde mi corazón haciéndolo latir fuertemente.

Rápidamente tomo las llaves de mi automóvil y salgo corriendo de mi oficina.

—Mateo, ¿adónde vas? —Elena se levanta de su escritorio y me sigue a mi ritmo. —El Sr. Shevchenko ya casi está aquí.

—Reprogramarlo —digo, apretando el botón del ascensor.

—No puedo. Va a volar a Australia esta noche —dice Elena.

—Cancélalo.

ELENA

—Tal vez debería rendirme. —Tiro la cabeza contra la parte de atrás del sofá y miro el techo con resignación.

—No —Julia responde rápidamente cuando se acomoda en el sofá a mi lado. —Me gusta cómo escribes. Las descripciones, las conversaciones, las relaciones... Vamos, Elena, tienes lo que hace falta.

—Sé que no soy una mala escritora, Julia. Pero no sé si tengo lo que hace falta. Quiero decir, después de trabajar en este bosquejo durante dos años, aún no he terminado.

—Creo que lo que llevas hasta ahora es genial —dice Julia. —Eres demasiado perfeccionista para darte cuenta. Te vuelves loca pensando en los pequeños detalles, pero creo que el libro es perfecto. Sólo tienes que terminarlo y publicarlo.

—No sé... Esas cartas de rechazo de los editores han destrozado mi optimismo. Ya estoy vieja y cansada. —Dije mientras dejé escapar un gran suspiro de cansancio mezclado con decepción. —O tal vez simplemente soy un fracaso como escritora.

—No, no lo harás —insiste Julia. —Sólo tienes 22 años. Eres demasiado joven para estar cansada.

Es mi mayor animadora. La única que tengo, en realidad. Y no es la primera vez, me pregunto si es real lo que dice o solo lo hace para hacerme sentir bien por ser su compañera de departamento y su mejor amiga.

—Después de todo mi arduo trabajo, las únicas personas que lo han leído somos yo, tú... y mi jefe —digo yo. —Abre los ojos, Julia. Tal vez los editores tienen razón y yo simplemente no tengo futuro en esto.

—Oye, sólo estoy tratando de ayudar. Dijiste que siempre quisiste ser una escritora romántica.

—Quise... —Respondo—. Pero soy un fracaso. —Le digo mientras doy un gran suspiro. —Mucha gente quiere ser estrella de Hollywood, pero terminan sirviendo tragos tras una barra toda su vida. Tal vez soy como una de esas personas. Sólo necesito hacer las paces con el hecho de que

probablemente voy a ser un asistente corporativo toda mi vida.

—No, no lo serás —dice Julia.

—Sé que tratas de animarme, pero tal vez no tengo lo que se necesita para ser una escritora romántica exitosa.

—Puedes... ¿cómo lo llaman... publicar sin un editor...?

—Auto-publicar. —Respondo mientras vierto vino en un vaso limpio. Empujo el vaso de vino a la mano de Julia. —Entre el trabajo y cuidar a mi hermanastro, apenas me queda tiempo para escribir. Según mi investigación, los auto-editores tienen que dedicar mucho tiempo a la publicidad y promoción para tener éxito. Oh, y sin mencionar que gastan mucho dinero en esas cosas, también. Lamentablemente yo no tengo tiempo ni dinero.

—¿Podrías dejar de ser niñera?

Cielos, ya empezamos otra vez.

—Lo dices como si fuera lo más fácil del mundo. —Imitándola, le dije: —Oh, sólo deja de ser la niñera. —Le doy a Julia una mirada seria. —Dios santo, eso no se me había ocurrido, Julia. Gracias.

Julia se ríe. —Haz que sea tu reto del día dejar de cuidar a Lucia.

—No te burles de mi desafío del día. Me ha ayudado a pasar por momentos difíciles. —He estado planteándome retos diarios como una forma de evitar sentirme abrumada con las muchas responsabilidades que tengo sobre mis hombros. Me ayuda a concentrar mi energía en una sola cosa, así que incluso si dejo caer todas las demás, lo importante se hace y me siento reconfortada.

—Ni siquiera se me ocurriría escabullirme en tu extraño truco de productividad. Lo digo en serio. No sé por qué sigues haciendo eso. Lucia no ha sido más que mezquina y malagradecida.

—Yo tampoco lo sé. —Hago una pausa. —De acuerdo, tal vez sí. Es sobre todo porque me hace sentir culpable si no la ayudo. Y me siento mal por su hijo. Él es el que va a sufrir si dejo caer a Lucia. Así que eso está fuera de discusión.

—Oh. —Julia parece que todavía tiene más cosas que decir. Probablemente sólo se muerde la lengua porque ya hemos pasado por esto

demasiadas veces y nunca la he escuchado.

Toda mi vida mi madrastra, Lucia, siempre me ha menospreciado. Y aunque me he mudado, no me ha dejado ir completamente. Ella todavía me busca por teléfono a toda hora, pidiéndome dinero o que sea su niñera gratis para cuidar de su mocoso de cinco años.

Le mostraré a la vieja bruja que está equivocada. Escribiré un libro tan exitoso como Harry Potter o incluso mejor que el mismísimo *50 Sombras de Gris*. Una vez que salga la película basada en mi novela, ya no podrá llamarme fracasada.

—Vale, entonces... Inténtalo de nuevo hasta que consigas un contrato de publicación con alguna editorial —dice Julia—. Sé que no es nada nuevo y probablemente no es el consejo que quieres oír, pero no veo otra manera.

Rápidamente respondo. —He enviado mi ensayo a un grupo de editores. Lo retoco cada vez que recibo el más mínimo indicio de retroalimentación de esas personas. Y sabes, lo peor es que la mayoría de ellos sólo me han enviado correos electrónicos de rechazo totalmente genericos. No sé qué más intentar. Ya no tengo ideas.

Julia no dice nada, pero puedo decir por la expresión de su cara que está pensando en algo y no sé si es muy bueno.

—¿Qué pasa? —Pregunto.

—¿Qué? —Dice ella.

—Lo que sea que estés pensando. Dilo —Respondo.

Julia duda, pero sabe que no voy a dejar pasar esto ahora. Respira hondo. —De acuerdo. No te asustes. Es sólo una idea... ¿De acuerdo?

—¿Qué es? Sólo dime —digo, impacientándome.

—Vale. Entonces.... Mateo Brusick dijo que te ayudaría, ¿verdad?

—¿Adónde quieres llegar con esto? —Estrecho los ojos ante mi mejor amiga. —Estás diciendo que debería rendirme, ¿verdad? Hasta mi jefe, *el inversionista*, cree que mis escenas de sexo son una mierda. Se le ocurrieron mejores ideas que a mí, Julia, ¿puedes creerlo?

—Claro que, si puedo —dice sin perder el ritmo. —Algo de razón debe

tener. Es un maestro de los estados financieros, Mateo Brusick hace milagros con lo toca y se propone.

Gimo.

Julia y yo nos conocimos en la universidad, pero mientras yo era estudiante de artes, ella se especializaba en finanzas.

Considerando que muchos de sus amigos son fanáticos de Mateo Brusick y que ella también lo sea no es nada raro.

Me caen bien los amigos de Julia, en especial los compañeros de su carrera. Ellos me ayudaron a conseguir este trabajo de asistente personal.

Pero Julia está loca si cree que voy a tomar lecciones de escritura erótica de mi jefe.

—¿Sabes lo que creo que deberías hacer? —pregunta Julia, meneando su vaso de vino con evidente excitación. Si no tiene cuidado, lo derramará en nuestro sofá de tela.

—No, dímelo. —Me muero por escuchar esto.

—Deberías dejar que Mateo Brusick haga todas las cosas que te dijo, y escribir sobre ellas. Eso sería tan excitante dios mío.

Espera, no me está diciendo que aprenda a escribir de mi jefe. Me está diciendo que me acueste con mi jefe. Está más loca de lo que pensaba. Ha perdido la cabeza por completo.

—¿Sabes lo que creo que *no* deberías hacer? —Pregunto. —Dar consejos cuando estás borracha.

—No, no, hablo en serio —dice Julia, acomodando su pelo castaño detrás de las orejas. —Obviamente estaba coqueteando contigo. Dijo que le haría esto y aquello a su asistente, ¿verdad?

Recuerdo la conversación en la oficina de Mateo. —Sí...

—Le gustas mucho —dice Julia. —Deberías acostarte con él. Tal vez puedas, no sé, acercarte a él y aprender una o dos lecciones sobre negocios. Y tal vez conseguir que te presente a algunos editores. Con el tipo de red que tiene, estoy segura de que conoce a una o dos personas que pueden ayudarte.

—Julia, no voy a acostarme con mi jefe. —Me aprieto la nariz. —¿Qué

tan repudiable puede ser eso? Ayer mismo te quejabas de tu colega que, según tus propias palabras, haría cualquier cosa para llegar a la cima.

—Eso es diferente. Su jefe es viejo y asqueroso. En cambio, tu jefe... — Julia se toma un momento para hacer una pausa y suspirar... —Tu jefe es Mateo Brusick. Quiero decir, sólo las cosas que te dijo en su oficina... Dios, eran perfectas para ponerlas en práctica.

Hago una pausa. —¿Eso crees? ¿Leerías algo así?

—Definitivamente —responde con entusiasmo. —Creo que deberías escribir sus ideas, y creo que deberías incluir lo que pasó hoy en tu novela.

—De ninguna manera —reacciono instintivamente. —Él podría leerlo.

—¿Y qué? Ya ha leído el resto. —Julia me mira fija y seriamente. —Lo más importante, creo que deberías acostarte con él.

—Dios, no debí haberte dado vino. Me gusta más cuando estas buena y sana —Respondo—. Queremos a Julia sana. Queremos a Julia cuerda. Queremos...

—Elena. Esta es la idea más sensata que he tenido. —Julia pone su vaso de vino en la mesa a un costado de nosotras. Sus manos no pueden quedarse quietas. Hacen gestos aleatorios mientras ella habla. —Escúchame. Tiene sentido. Te acostarás con el maldito Mateo Brusick-eso va a impresionar a mucha gente en muchas fiestas por el resto de tu vida. Y escribirás mejor. Demonios, ¿tu descripción de la conversación de hoy en su oficina? Eso fue mucho más sexy que todas las escenas de sexo que has escrito, combinadas y multiplicadas por cien.

—¿Hablas en serio? —Pregunto sospechosamente.

—Totalmente. —Dice Julia—. Acuéstate con Mateo Brusick. Es el tipo de inversión que seguirá pagando dividendos por el resto de tu vida.

Estoy acostumbrada a la tendencia de Julia de insertar jerga financiera en nuestras conversaciones. Pero incluso después de años de amistad, a veces no puedo entender sus palabras. Todo lo que sé es que está diciendo que acostarse con mi jefe, Mateo Brusick, es algo bueno y que me beneficiará en más de un sentido.

La miro sospechosamente. —Si esto es una broma, te salió muy buena.

Si quieres decirme que sólo bromeabas y te reías de mí, este es el momento.

Julia sigue mirándome fijamente con una expresión seria. —Tú. Deberías. Dormir. Con. Mateo.

—Brusick —repite lentamente.

—Pero seré una más en la lista de todas esas chicas que se meten con sus jefes para conseguir un ascenso" Pregunto. —Siempre he pensado que eso es muy denigrante.

—No, es totalmente diferente —dice Julia. —Verás, no te acostarás con él para conseguir un ascenso o algo así. Lo harás para hacer la investigación que necesitas para tu trabajo. Usted es sólo un artista que está dispuesta a sufrir por su arte, aunque, considerando que estamos hablando de Mateo Brusick, no estoy segura de que 'sufrir' sea la palabra correcta para usar en esta situación.

Miro fijamente a la pared mientras las palabras de Julia se hunden cada vez más en mi cabeza.

Tal vez el alcohol me está afectando, pero está empezando a tener sentido.

Para ser totalmente sincera...

Nunca se lo he dicho a nadie -ni siquiera a Julia-, pero Mateo hace que mi cuerpo se estremezca con una emoción extraña. Nunca había sentido algo así antes por otro hombre.

El hormigueo entre mis piernas. La humedad que se filtra en mis bragas. La chispa del deseo cuando sus dedos rozan mi piel....

A pesar de mis objeciones instintivas a la idea de Julia, y a pesar de mis intentos de mantener las cosas profesionales en el lugar de trabajo... encuentro a mi jefe atractivo. No es sólo una persona en la que baso mi personaje. Escribo sobre él porque me inspira.

Pero si esto sale mal y pierdo mi trabajo, ¿qué voy a hacer?

Aunque este no es el trabajo de mis sueños, paga lo suficientemente bien como para cubrir todos mis gastos. Las noches de sobretiempo son las que me dan tiempo suficiente para escribir, incluso con mis obligaciones relacionadas con Lucia-. Y no es físicamente agotador, así que no me duermo

tan pronto como llego a casa después del trabajo.

Pero si perdiera este trabajo, podría terminar con uno más exigente. O uno que pague menos, lo que podría obligarme a conseguir un segundo trabajo, lo que me consumiría el tiempo que dedico a escribir.

Pero me estoy adelantando.

Este plan es demasiado loco... ¿cierto?

No puedo acostarme con mi jefe, ni siquiera en nombre de la investigación, ni siquiera por terminar de escribir mi libro... ¿o sí?

...

Pero maldición.... un libro cambiaría literalmente mi vida.

—Julia, ¿realmente crees que lo que Mateo dijo sobre ayudarme con mi libro...? ¿Crees que realmente quiso decir que se acostaría conmigo?

No oigo ninguna respuesta.

Me retuerzo para mirar a Julia, esperando verla sonreírme, burlándose de mi inocencia.

Pero ni siquiera está escuchando. Se ha desmayado. Su pelo cubre su cara mientras se desliza lentamente por la parte de atrás del sofá.

Por supuesto que sólo era una charla de chicas borrachas. No significó nada. Julia no quiso decir nada de eso.

En realidad, no me voy a acostar con Mateo Brusick.

Para mi sorpresa, me duele el pecho por la decepción.

Obviamente estoy demasiado borracha para pensar con claridad.

Aagh. Lo pensaré con la almohada, o mejor lo pensaré por la mañana cuando este más cuerda. Este será mi reto para mañana. Nunca he fallado en completar mis desafíos, así que estoy segura de que tomaré una decisión al final del día.

MATEO

Nunca antes había cancelado las reuniones con mis mayores clientes. *Nunca*. Mis clientes saben que pueden contactarme a mí o a uno de mis mejores hombres siempre que me necesiten, a la hora que sea. Por eso sólo acepto un número limitado de clientes. Mi compañía se especializa en individuos de alto valor neto que aprecian el servicio personalizado que ofrecemos.

Pero cuando me entero de que papá se ha desmayado y ya está en una ambulancia, no hay otra opción. El Sr. Shevchenko puede volver a volar aquí si realmente necesita verme. Tengo que ir lo más pronto al hospital.

Cuando entro en la habitación del hospital, mamá está llorando y papá está inconsciente en la cama. Una máquina emite un pitido y un tubo intravenoso transparente le clava en el antebrazo. Mientras los médicos le hacen las pruebas, mamá le sujeta la mano a papá, como si tratara de guiarlo.

Los médicos vuelven poco después de que papá se despierta. Nos dicen algo que ya sabemos: la cirugía a la que se sometió papá hace unos meses a causa de un tumor no tuvo éxito.

Pero nos dicen algo más, algo que no sabíamos: sólo le queda un año de vida.

Salgo de la sala para preguntar a los médicos sobre los exámenes clínicos. Sólo hay una mínima posibilidad de que funcionen y cuestan una fortuna, así que me preocupa que mis padres se vayan a resistir a realizarlos por el precio si llegan a escuchar la conversación.

Pero *tengo* una fortuna y la salud de mi padre no está en tela de juicio.

Después de comprar un gran ático en Chicago, unas cuantas propiedades a modo de inversión y un jet privado, no se me ocurre ningún juguete más caro. ¿Por qué no gastar mi dinero en mi familia?

Después de una larga charla con los médicos sobre sus opciones, vuelvo a la habitación de hospital en la que está mi padre.

—¿Cómo está? —Me siento al lado de mi mamá y pongo mi brazo sobre sus hombros que todavía tiemblan.

Mamá le quita la mirada de encima a papá, que se ha quedado dormido. —Él está bien. Sólo está cansado y recién se durmió... el doctor dice que hay que dejarlo descansar para que recupere un poco de energía —dice, con las mejillas empapadas en lágrimas.

—Mamá, esto no tiene por qué ser un.... —Casi digo 'sentencia de muerte' pero me detengo antes de que las palabras salgan de mi boca. Mi estilo de comunicación directa, que funciona bien en las reuniones de negocios, no encaja del todo en este entorno. —Esto no tiene que ser el final del camino —digo finalmente. —Papá tiene otras opciones.

—¿Te refieres a que se someta a pruebas con medicamentos y exámenes? —Mamá pregunta suavemente con cautela en sus ojos cansados. —Sé que son el último recurso, Mateo.

—Es otra oportunidad para luchar.

—Estoy cansada de pelear. Tu papá también está cansado de pelear —dice mamá.

—Hablaremos con papá y veremos qué decide. —Sé que tendré más posibilidades de que papá acepte mi plan.

Ella sabe que es poco probable que papá se cure, así que mamá quiere aliviar su sufrimiento y permitirle disfrutar de sus últimos días. No ha sido fácil para ninguno de los dos esta lucha contra la enfermedad progresiva de papá.

Pero sé que papá pelearía, sabiendo cuánto le dolería a mamá perderlo. Comparten una hermosa relación llena de amor y empatía.

Los envidio. Una vez pensé que crecería para encontrar en una mujer lo que ellos tienen, pero resulta que ese tipo de amor simplemente no existe en esta época, y especialmente en este lugar.

Después de haber subido a la cima, me doy cuenta de que es una promesa vacía, pero no puedo parar. No tiene ningún sentido. ¿De qué me sirve más, si ya tengo más que suficiente?

Sin embargo, es como una obligación en este momento. El criterio ya no son sólo mis necesidades y deseos ya que tengo mucho más dinero del que gastaré en toda mi vida.

Es una competición. Es un concurso de medición de poder. Y es jodidamente adictivo. No hay nada como la sensación de ganar.

Eso es genial para mi éxito. Pero al mismo tiempo, mi éxito también significa que estoy rodeado de mujeres que piensan como yo, que viven para la satisfacción de ganar a sus competidores. Excepto que, en vez de dinero, buscan hombres con dinero.

Una relación con una mujer así puede ser cara, y hablo por experiencia.

—¿Cuánto cuesta, Mateo? —Mamá pregunta.

—¿Eh? —Casi le pregunto si está hablando de las mujeres y luego me doy cuenta de que no puede leer mis pensamientos. Probablemente debería dormir un poco. Sólo para asegurarme, le pregunto: —¿La prueba de medicamentos?

—Sí.

—No te preocupes por eso. —Le froto el hombro a mamá suavemente. —Puedo permitírmelo.

Mamá está callada por unos segundos. —Sabes que probablemente no funcionará, ¿verdad?

—Lo sé.

Ella emite un gran suspiro. Si sus conductos lagrimales no estuvieran ya vacíos, estoy seguro de que seguiría llorando.

Sus ojos todavía están rojos e hinchados, y sus arrugas se han adentrado más profundamente en su carne.

—Cuarenta años —dice mientras frota el dorso de la mano de papá. — Cuarenta años juntos. Dijimos que envejeceríamos juntos, y supongo que ya lo hemos hecho.

—Tendrán muchos más años para compartir, mamá.

Ella me da una mirada. Sabe que sólo digo lo que quiere oír.

—Pensé que íbamos a recorrer el mundo juntos cuando él se retirara — dice.

—Nunca me hablaste de eso.

—Íbamos a viajar a Europa —dice mamá con una sonrisa irónica. —Tal vez comprar una casa rodante y viajar al sur de Italia. Hay un lugar que tu padre siempre ha querido visitar.

Lucho contra el impulso de decirle que lo harán. Demonios, les regalaré un jet privado para que no tengan que vivir en una caravana.

—Queríamos mudarnos al sur del país después de un viaje. Pensamos en comprar una linda casita en la playa, sería perfecto.

Puedo comprar eso para ellos también. Y ni siquiera tienen que esperar a que papá se retire.

Quiero decir, ¿qué carajo? Papá gana unos 90.000 dólares al año como asesor público. No es un salario pequeño comparado con mucha gente, por supuesto. Pero yo actualmente gano eso en una *semana* lenta. Podrían haberse retirado cuando quisieran.

Aun así, mantengo la boca cerrada. No quiero que mamá piense en lo que pudo haber sido, en cómo papá pudo haber pasado el poco tiempo que tenía viajando, en lugar de asesorar vidas ajenas.

—Pensábamos en visitarte cada 4 meses, y más a menudo cuando tengamos nietos. —Mamá suspira con pesar. —Tu padre realmente quería nietos. Cuando te casaste y Sabrina dijo que quería tener hijos de inmediato, estaba muy emocionado.

—¿Sabrina dijo eso? —No puedo creer que esa mujer sin corazón les mintiera así a mis padres.

Ella nunca ha querido una familia conmigo. Todo era una mentira.

Sólo quería quedarse el tiempo suficiente para conseguir el gran pago. No es de extrañar que insistiera en un gran acuerdo de divorcio en el acuerdo prenupcial. Estaba demasiado ciego para verlo antes de la boda, pero más tarde me di cuenta de que el acuerdo prenupcial era su plan de jubilación.

—Sí. —Mamá asiente con una pequeña sonrisa en sus labios secos y agrietados. —Tu padre ya estaba hablando de llevar a su futuro nieto de vacaciones por el país e incluso a Disney.

No tenía ni idea.

—¿Recuerdas lo estricto que era tu abuelo? —Mamá pregunta.

—Sí.

—Bueno, tu padre solía ser muy cercano a *su* abuelo que siempre lo malcriaba. Dijo que iba a ser el mejor abuelo del mundo. Su objetivo era conseguir algún día una de esas estúpidas tazas del mejor abuelo del mundo. —Mamá se ríe suavemente de la tontería de su marido.

En momentos como éste, no puedo consolar a mi madre hablando de casas rodantes, casas de playa o incluso de jubilaciones anticipadas.

Pero sólo pensar en tener un nieto la hace reír.

Tal vez eso sea algo que pueda darle.

¿Por qué no?

Si puedo darle todo lo demás. ¿Por qué no un nieto?

Pensándolo bien, no he tenido muy buenos resultados con las mujeres.

Pensé que podría llegar a un acuerdo con Sabrina, todo el mundo lo hace, ¿verdad? Pensé que podría ser feliz. Pero me equivoqué. Así que tiré por la borda mi sueño de tener una familia, junto con mi sueño de tener una relación sana y feliz.

Pero tal vez no tenga que tirar por la borda la idea de tener un bebé. Tal vez pueda tener un bebé, sin sufrir las complicaciones de una relación.

De nuevo, tengo una fortuna y nada en que gastarla. ¿Por qué no usar ese dinero para construir la familia que siempre he querido?

ELENA

El día comienza con un mensaje de texto desagradable pero no inesperado de Lucia. —La leche se ha acabado. El arroz, también. No olvides pagar la factura de la luz y el agua.

Doy un leve gruñido.

No puedo entender cómo Lucia es incapaz de levantarse y encontrar un trabajo. No puedo entender como su cerebro no es capaz de procesar que tiene un hijo que alimentar y se conforma con solo mandar mensajes exigiendo que solucionen sus problemas.

Quiero decir, tener el dinero para ayudar a la familia es algo bueno, ¿verdad? Debería estar orgullosa de mí misma por tener un trabajo bien pagado y ayudarla, pero la verdad es que no me siento nada bien con esta situación.

Luego de mi estresante pensamiento escucho unas duras y frías palabras: —Estás despedida.

Mi mandíbula se cae. —¿Eh? ¿Qué? —Me aclaro la garganta. Así no es como suelo hablar en la oficina, especialmente a mi jefe. —¿Acabas de decir que estoy despedida?

—Sí. —Mateo sonrío, mostrando sus perfectos dientes blancos sin una pizca de simpatía. Parece casi feliz por esto. ¿Qué clase de monstruo es este hombre?

—¿Esto es por mi memoria USB del otro día? —Pregunto, evitando cualquier mención de mi manuscrito.

—No.

—¿El Sr. Shevchenko se quejó contigo? —Pregunto. —Ya le expliqué a su asistente que tuviste una emergencia y que no fue un error de programación de mi parte, pero...

—No has hecho nada malo —dice Mateo. —En todo caso, eres la mejor asistente personal que he tenido y no sé si podré reemplazarte.

Frunzo el ceño. —Entonces, entonces... ¿Por qué...? —Me resisto al

impulso de rascarme la cabeza, lo que no parecería muy profesional. Pero nunca he estado más desconcertada en mi vida.

—No te despido porque no me gusta tu trabajo. Te despido porque quiero ofrecerte un puesto diferente —dice Mateo.

Cuando exhalo, me doy cuenta de que he estado aguantando la respiración. Aun así, mis músculos siguen tensos. —¿Qué quieres decir con "un puesto diferente"?

—Otro tipo de trabajo —responde misteriosamente.

—¿Me vas a transferir a otra división?

Si me está dando un puesto con mejores oportunidades para ascender, voy a decir que no. Esos puestos de trabajo deben ir a las personas que realmente quieren avanzar en el mundo corporativo. Yo sólo estoy aquí para pagar las cuentas para poder escribir en mi tiempo libre. Así que prefiero quedarme aquí, donde el trabajo es ligero y fácil.

—No, te quedarás aquí. —Los labios de Mateo se acurrucan sospechosamente cuando se levanta de su silla.

Se ve aún más intimidante cuando se pone de pie, con su cuerpo todo duro, músculos sólidos y pecho firme. No sé cómo encuentra el tiempo para ir al gimnasio con el tipo de horario que tiene, pero obviamente, él se hace el tiempo. Ese es un cuerpo que ha sido esculpido por la disciplina y la determinación.

—¿En la división ejecutiva? —Le pregunto, mi corazón latiendo rápido mientras se acerca a la mesa. No me importa cuál sea el trabajo. Sólo dime que aún tengo trabajo.

—No, aquí mismo en mi oficina —dice desde detrás de mí. Puedo sentir el calor que emana de sus manos, que están agarrando el respaldo de mi silla.

—¿Eh? —De nuevo, pierdo mi equilibrio profesional. Me muevo en mi silla y me giro para mirarlo. *¿Qué debo decir?*

—Elena —dice. —Elena, Elena, Elena, Elena. Es un nombre gracioso para una mujer adulta, ¿no?

—En realidad no —le digo.

¿Hola? ¿Madame Elena? Eso sí suena como una mujer adulta, y además elegante. Pero lo más importante, ¿por qué no estamos hablando de mi nuevo trabajo?

—Dime, Elenita, ¿Qué género te gusta escribir en tus novelas? —Mateo me pregunta, llamándome por un diminutivo el cual es demasiado familiar para que lo use, especialmente en una oficina.

—Románticas —le corrijo. —Es mi sueño ser una escritora romántica.

—¿Así que sólo trabajas aquí por el dinero? —pregunta.

¿Es una pregunta con trampa? La respuesta es bastante obvia.

—Sí —le digo. —Pero cuando conseguí el trabajo, se lo conté al de RRHH y me dijo que estaba bien. Pensaron que duraría a lo más una semana.

Mateo se ríe. —Mis anteriores ayudantes han renunciado bastante rápido. Y, sin embargo, aquí estás, superando las probabilidades después de más de un mes.

—Ya que me acabas de despedir, diría que no estoy superando por mucho el margen de las anteriores asistentes —le recuerdo que mantenga la conversación sobre el tema.

—No es que les diera mucho trabajo. Yo sólo tengo mi propia manera de hacer las cosas, y ellas no han sido capaces de hacer las cosas a mi manera. Pero tú... —Mateo se inclina con las manos en el respaldo de mi silla, trayendo su cara tan cerca de la mía que puedo sentir su aliento caliente en mi piel. —Eres buena tomando órdenes. Haces las cosas a mi manera. Me gusta eso.

—Gracias.

Cambio de táctica. Como ha estado ignorando mis intentos de hacer que hable de este nuevo trabajo que supuestamente me está ofreciendo, voy a mantener mis respuestas cortas. Tal vez obtenga mi respuesta antes si le dejo seguir hablando de lo que quiera, hasta que tenga ganas de abordar el tema.

—¿Alguna vez has publicado algo de tu trabajo, Elena? —pregunta Mateo.

—No —lo admito.

—¿Por qué no?

—No he podido encontrar un editor.

—Qué lástima —dice, sin ninguna sorpresa en su voz. —He oído que es difícil entrar en la escena de las editoriales. ¿Sabes por qué no has tenido éxito?

Me detengo a pensarlo. Esto es algo que realmente me ha estado molestando.

—No estoy muy segura —le digo. —Tal vez mi escritura no es lo suficientemente buena. Sólo trabajo en mi manuscrito durante mi tiempo libre, así que tal vez no le dedico el tiempo suficiente para ser realmente buena en ello. O tal vez no está lo suficientemente pulido porque no puedo permitirme contratar a un editor.

—Creo que tu manera de escribir es genial, cautivadora e intrigante —dice Mateo, "pero en realidad no sé mucho de libros, especialmente de romance. Principalmente leo libros sobre finanzas empresariales.

—¿Mercado bursátil? —Pregunto.

Mateo parece del tipo de persona que son adictas al trabajo, aunque de acuerdo a todos en la oficina con los que he hablado, ya ha reducido sus horas de trabajo. Lo entiendo, sin embargo; el mercado de valores siempre está en movimiento y siempre hay algo que él puede hacer para optimizar sus inversiones.

—Algo así —dice. Mateo rodea mi silla. Inclinando su sabroso trasero sobre el escritorio frente a mí, me estudia con sus ojos azules intensos. Parece un anticuario sosteniendo una lupa en mi cara, estimando mi valor o un detective investigando la escena del crimen. Él pregunta: —¿Realmente quieres ganarte la vida como escritora romántica, Elena?

Ignoro su apodo, aunque sin dudas de alguna forma me hace erizar todos los pelos de la piel y le contesto: —Lo quiero más que nada.

Cuando todavía vivía con Lucia, solía leer muchas novelas románticas para escapar de mi realidad monótona. Estudiaba todo el día y hacía las tareas domésticas toda la noche, pero cuando llegaba el momento de apagar las luces, sacaba mi tablet y me perdía en mundos de fantasía donde la vida

siempre era perfecta al final.

Lloré y reí. Mi corazón se rompió, y luego fue reconformado de nuevo en un lapso de horas. Algunas noches, no dormía porque tenía que terminar libros que eran particularmente apasionantes.

Así que sí, quiero escribir novelas románticas. Quiero unir las palabras de una manera que haga *sentir a* la gente. Eso me parece tan mágico. Si pudiera elegir un super-poder, me gustaría hacer que la gente se conectara con mi forma de escribir y se relacionara con mis personajes.

Desgraciadamente, según los editores, apesto.

Sólo el apoyo de Julia me hace seguir adelante. También lee un montón de novelas románticas y dice que tengo lo que hace falta. Pero, ¿y si se equivoca?

—Puedo ayudarte —dice Mateo.

—¿Puedes ayudarme a convertirme en una autora de novelas románticas? —Pregunto con incredulidad. De nuevo, no olvidemos que mi jefe es un *inversionista multimillonario*.

—Sí.

—Déjame adivinar. ¿Conoces a alguna editorial importante?

Las editoriales han rechazado todo lo que he enviado. Me hacen esperar durante meses sólo para recibir sus correos electrónicos de rechazo, los cuales, por cierto, nunca son escritos por ellos. Probablemente sólo ingresaron mi dirección de correo electrónico, junto con otros setenta más en el campo “Para:” y solo adjuntaron una carta de formulario indicando que la novela había sido rechazada, sin mayor explicación. Es triste, lo sé.

—Sí —dice Mateo con una pequeña sonrisa que podría derretir las bragas de todas las mujeres de este edificio. —Y acabas de decir que tus problemas son el tiempo y el dinero, yo también puedo ayudarte con ellos. Déjame preguntarte otra cosa, ¿qué te parecieron mis ideas de ayer?

Me muerdo la mejilla. Es algo que hago cuando estoy nerviosa. *¿Debería decirle la verdad?*

Parece tonto a estas alturas preocuparse por actuar profesionalmente. Me acaba de despedir... supongo. Y no me ha dicho oficialmente cuál será mi

nuevo trabajo. Así que técnicamente ni siquiera es mi jefe en este momento.

—Sí —lo admito.

Su sonrisa se ensancha, lo que me hace sentir aún más como si estuviera perdiendo el equilibrio. Parece tan confiado y en control de la situación.

—¿Vas a escribir algo basado en mis ideas? —Mateo pregunta de nuevo.

—Tal vez. —Siento que le he dado más que suficiente información.

—¿Dirías que te estoy ayudando a convertir tu historia en algo *sexy*? — La forma en que mueve una ceja cuando dice la última palabra me va a perseguir mis sueños húmedos. En muchos sentidos ni siquiera lo sabe, me está ayudando a convertir mi historia en algo *sexy* y caliente que ni yo puedo creerlo.

Diablos, antes de Mateo Brusick, no tenía idea de lo *sexy* que podía ser un hombre. Quiero decir, a nivel intelectual, por supuesto que sé qué buscar: una figura alta, un par de hombros anchos, tal vez abdominales bien definidos, piernas largas, y así sucesivamente. Pero Mateo es el único tipo que he conocido que me hace fantasear con lo que hay debajo de su traje formal.

—Sí —le digo.

—Bien. Así que este trabajo que estoy poniendo sobre la mesa, te dará las tres cosas que necesitas para convertirte en una escritora romántica exitosa. —Mateo se detiene a disfrutar de mi atención embelesada antes de levantar un dedo y decir: —Tiempo... —otro dedo dispara— dinero... —y otro dedo se une a las otras dos— e ideas calientes-.

—¿Vas a decirme en qué consiste este trabajo?

—Por supuesto. —Haciendo perfecto juego entre sus perfectas nalgas y sus manos masculinas aún en el escritorio, se inclina hacia adelante y fija su mirada penetrante y aguda en mí. —¿Te gustaría llevar a mi hijo?

ELENA

No tuve ni siquiera la capacidad de decir algo esta vez.

Ya fue bastante malo cuando Mateo leyó mi manuscrito de la historia que presenta a un personaje basado en sí mismo.

Ahora, ¿él me despide y me hace proposiciones al mismo tiempo? ¿Qué es lo que quiere este tipo!

Mateo me mira atentamente, mientras sus ojos vagan sobre mis curvas de una manera que me hace sentir desnuda.

Pero para mi sorpresa, en vez de indignarme, todo lo que siento es que... ni siquiera sé qué es esto.

El calor se desliza por mi cuello y se extiende por mi cara, mientras que los pelos de la parte posterior de mi cuello se erizan. Mi piel es tan sensible que casi puedo sentir el calor de la mirada abrasadora de Mateo sobre mí.

Me tomo un momento para recoger mis pensamientos. Puede que no *sienta* indignación, pero es una propuesta escandalosa, ¿verdad? ¿Por qué clase de mujer me toma? ¿Sólo porque tiene dinero, cree que puede comprarme?

—¿Dijiste que querías que llevara a tu hijo? —Pregunto. —Espero que quieras decir que ya tienes un hijo y quieres que lo cuide algunos días a la semana"

—No —dice Mateo con calma. —Sé que sabes exactamente lo que quiero decir. Lo sé por la forma en que hablas. Quiero que te quedes embarazada y des a luz a mi hijo.

—Lo siento por las preguntas, pero... —Mentalmente me felicito por no perder la compostura en un momento como éste. —¿Esto es una broma? ¿Hay una cámara en alguna parte? ¿Es esta tu extraña forma de seducirme?

Mateo se ríe, como si hubiera dicho algo realmente gracioso. *¡Hice preguntas perfectamente legítimas, no son una broma, maldita sea!*

—No, esto no es una broma. Y no, no te estoy coqueteando, Elena — dice Mateo con una sonrisa exasperantemente serena. —Sólo estoy haciendo

un trato de negocios. No es diferente de tu trabajo como asistente, tu trabajarás para mí como mi empleada. Sólo te estoy diciendo las condiciones de empleo de esta nueva propuesta. Puedes tomarlo o dejarlo.

Me doy cuenta de lo que está tratando de hacer.

No es de extrañar que la gente lo llame bravucón, aunque la mayoría de la gente lo elogia por ello porque sólo ataca a las empresas poco éticas intercambiando sus acciones de una manera que demuestra que cree que van a fracasar. Y cuando esto recibe mucha publicidad porque es Mateo Brusick, el mercado reacciona devaluando esas mismas acciones. Entonces Mateo se beneficia, y también sus inversores.

No entiendo completamente cómo funciona, aunque Julia ha intentado explicármelo. Todo lo que recuerdo es que utiliza una técnica llamada "Scalping Trading" —que le permite aprovechar las cotizaciones bursátiles que han caído de forma masiva.

Mateo no da ninguna advertencia cuando ataca. Cuando su oponente se da cuenta de lo que está haciendo ya es demasiado tarde.

Esa siempre ha sido su estrategia, así que no me sorprendería que la usara en mi contra. Pero es tan malvado.

—¿Me despediste a propósito primero para que estuviera desempleada y desesperada por aceptar tu oferta? —Pregunto, entrecerrando los ojos a mi jefe.

—Whuuaaa. —Mateo levanta las manos en el aire. —No sé qué clase de monstruo crees que soy, pero no te despedí por eso.

—¿Por qué, entonces? —Lo desafío.

—Sólo quiero dejar las cosas claras y separadas. Si eres mi asistente personal, entonces no puedes ser la madre sustituta de mi hijo. Si eres mi madre de alquiler, no puedes ser mi asistente personal.

—Pero técnicamente, no soy ninguna de los dos ahora mismo.

—Exacto.

—Así que estoy desempleada... cesante —repito.

—Puedes volver a ser mi asistente personal si quieres.

La sonrisa de Mateo parece genuina, pero también ha practicado esa mirada miles de veces en miles de reuniones y presentaciones. Podría estar mintiendo y no habría forma de que yo lo supiera.

El hombre es peligroso. No puedo enfrentarme a Mateo Brusick. Esta fuera de mi alcance.

—Está bien, entonces lo haré —le dije—. Volveré a ser tu asistente personal.

—Eso sería un error, Elena —dice Mateo. —En una negociación, al menos deberías escuchar lo que la otra parte tiene que ofrecer. Siempre. La clave para dar la mejor respuesta en una negociación es siempre estar lo más informado posible.

Estoy bastante segura de que no voy a llevar al bebé de Mateo Brusick en mi vientre, no importa cuánto pague. Pero le seguiré la corriente. —De acuerdo. Dime lo que tienes para ofrecerme, Mateo.

—Por supuesto —dice con una sonrisa victoriosa y segura.

Esa sonrisa me hace preguntarme si debería haberle dicho: —No, gracias —salir de su oficina, cerrar la puerta y volver a mi escritorio.

Pero es demasiado tarde. Mateo ya está abriendo la boca, sin duda listo con un tentador argumento de venta que podría convencer hasta al más reacio.

—En primer lugar, no será un trabajo de nueve a cinco, así que tendrás más tiempo libre, suficiente para trabajar en tu libro.

—También tendrás acceso a mis contactos. Si tu novela es buena, deberías conocer a alguien dispuesto a publicar tu trabajo.

—Y en caso de que te lleve algún tiempo encontrar un editor, también recibirás 500.000 dólares de mí. —De esa manera no tendrás que preocuparte por el dinero por un buen tiempo —dice.

¿Por un tiempo? Más bien por el resto de mi vida.

Mateo básicamente me está ofreciendo un atajo hacia el éxito.

Me encantaría conseguir un contrato de publicación, y puede que Mateo conozca a alguien que pueda ayudarme con eso.

Y si decido dedicarme a la autoedición, esos \$500,000 van a ser de gran ayuda, no sólo porque voy a poder vivir de eso mientras espero a que mi carrera como escritora despegue, sino también porque voy a poder usar ese dinero en marketing, promociones y todo lo relacionado con la publicidad de mi trabajo.

Esto podría cambiar toda mi vida por completo y para mejor.

—No es un mal trato, ¿eh? —pregunta Mateo con una sonrisa arrogante. —Te dije que al menos escucharas mi oferta.

—Sabes que no soy como la chica de mi libro, ¿verdad? —Pregunto. —Eso es sólo ficción, Mateo.

—Por supuesto que lo sé. No soy un idiota. —Mateo dice.

Así que no lo hace porque crea que soy la chica sumisa de mi historia. Pero entonces...

—¿Por qué yo? —Pregunto.

MATEO

Pero... ¿Por qué ella?

Estoy tentado a responder con un frívolo '¿por qué no?' pero estoy tratando de que acepte mi oferta. Probablemente no es una buena idea provocarla.

Pero esa es una pregunta estúpida.

Ella es la opción obvia. Es hermosa, inteligente, ambiciosa y capaz. Cualquier hombre sería afortunado de tener un hijo o hija con esos rasgos.

Y por supuesto no hace daño que también sea pecaminosamente sexy.

Desde el primer día que la vi sentada en el escritorio frente a mi oficina, he fantaseado con arrastrarla hasta aquí como un cavernícola y follarla contra mi escritorio. Me imagino su blusa desabrochada y su falda arremangada para mostrar con lujo de detalles la unión de sus cremosos muslos, donde mi pene se deslizaría sin parar.

Pero no hay necesidad de hablar tanto. Al menos no ahora.

Una negociación comercial es como una partida de póquer. Cuanto menos sepa de mí, más fuerte será mi posición.

—¿Y bien? —Elena pregunta, sus labios rojos y carnosos se abren mientras espera mi respuesta.

Tengo que evitar extender la mano y reclamar esos labios para mí. *Eso puede esperar.*

—Tengo mis razones —le digo.

Necesito que ella sepa que, aunque vayamos a tener relaciones sexuales, seguiremos siendo empleador y empleado.

Sigo siendo su jefe. Todavía estoy a cargo. Ella no tiene que tomar las decisiones.

—¿Y no vas a compartir esas razones conmigo? —pregunta ella. Pequeñas líneas han aparecido en el puente de su nariz, entre sus grandes y verdes ojos. Pero su pequeño fruncir en el ceño sólo la hace parecer más encantadora.

¿Delicioso?

Agh. *¿Por qué mierda estoy usando una palabra así? Debe ser porque acabo de leer algunas partes de su novela romántica.*

—No, Elena —digo yo. —Esto es como una entrevista de trabajo. Te estoy ofreciendo un puesto. Puedes tomarlo o dejarlo.

—Normalmente puedo hacer algunas preguntas al final de una entrevista.

—Sí, y me reservo el derecho de elegir qué revelar. Digamos que tienes el tipo de... perfil genético que estoy buscando.

—Sano, veinteañero, fértil... —dice ella.

Me río. —Más bien inteligente, atrevido y una cara bonita...

—No tenía ni idea de que los padres querían hijos "atrevidos" en estos días —dice.

—A mí me llama la atención, siempre ha sido algo que me cautiva — Respondo honestamente.

—¿Por qué quieres un hijo en primer lugar? —Elena me estudia con sospecha en sus ojos en forma de almendra.

—¿Por qué *alguien* quiere un hijo? —Pregunto.

—Para que los cuiden cuando sean viejos y estén en la quiebra — responde rápidamente. —Pero tu nunca se empobrecerás, ni siquiera si te compras un auto nuevo cada semana. He visto tus estados financieros.

Me río. —Ah, y olvidaba que también eres lista, Elena. Alguien con tu cerebro y una buena educación en finanzas es una candidata perfecta para mi futuro hijo o hija.

—Ah, así que quieres a alguien que mantenga tu imperio en marcha después de que te hayas ido —dice Elena.

—Algo así.

Si esa respuesta satisface tu curiosidad, preciosa, es suficiente.

Sus ojos disminuyen de tamaño como si estuviera pensando en las alternativas y al mismo tiempo muerde su labio inferior.

—Es un mal hábito que te muerdas el labio, te podrías hacer daño — señalo.

—Lo sé —dice distraídamente.

—¿Cuáles son tus consideraciones? —Pregunto.

—Nada —dice ella. —Mi cerebro se está girando a mil revoluciones por hora y silo repite “esto es una locura, esto es una locura' ... —Responde ella.

No puedo evitar reírme de su honestidad. A pesar de que por lo general mantiene las cosas profesionales, parece que finalmente se está relajando. Yo digo: —Obviamente no es tan loco de lo contrario no lo considerarías, o te habrías ido de mi oficina.

—Supongo... —dice en voz baja.

—Te diré algo, te daré una muestra de lo que está por venir. Te daré hasta el final de la semana para que te decidas. Mientras tanto, no tienes que venir a trabajar y recibirás \$8,000 directamente a tu cuenta bancaria, hoy. De esta manera, puedes ver lo que es tener todo el tiempo que necesitas para escribir y no tener que preocuparte por el dinero mientras lo haces. Hoy es martes —dice Mateo mientras mira su calendario—, así que tienes tres días para decidirte.

—Y eso.... Eso no cuenta como mi acuerdo para aceptar tu oferta, supongo. —Tiene un largo camino por recorrer, pero Elena tiene un instinto natural para las negociaciones. Estoy seguro de que le servirá de mucho cuando llegue el momento de firmar un contrato con alguna editorial.

—Para nada —le digo. —Te tomas el resto de la semana libre y recibes 8.000 dólares extra en el proceso. Sin compromisos.

—Sería una estupidez no aceptarlo —admite.

—Sería una estupidez si no lo tomaras. —Le doy una sonrisa cordial.

Yo me encargo de esto. El primer paso para ganar una negociación es lograr que su oponente esté de acuerdo con usted. Ahora que hemos llegado a un acuerdo, será más fácil para ella decir 'sí' a mi otra oferta mayor.

También es una buena idea ser generoso. Las investigaciones demuestran que la idea de reciprocidad es sólida. Si le haces un favor a alguien, le gustará y también querrán hacer algo bueno por ti.

Esto significa que literalmente puedo comprar la buena voluntad de la gente. Y con la cantidad de recursos a mi alcance, no hay límite a los favores que puedo hacer por Elena.

—Te daré mi respuesta antes de que acabe la semana —dice Elena mientras se levanta de su silla y comienza a llegar a la puerta.

No tan rápido, Elena.

La alcanzo y la acorralo contra la pared. —¿No olvidaste algo?

Elena inclina la cabeza hacia atrás y me mira. Hay aprensión en sus ojos -admitiré que es una situación muy inusual y que tiene buenas razones para preocuparse. Pero hay algo más en lo profundo de esos ojos de color musgo.

Lujuria. Lujuria salvaje e incontrolable. Ese tipo de lujuria que ha sido suprimida durante tanto tiempo que incineraría todo lo que está a su alcance una vez que sea liberada.

Y puedo notar por la forma en que ella me mira, espera que sea yo quien saque a jugar a su puta interior. No puedo esperar.

—¿Qué pasa? —pregunta Elena. Sus labios se separan, dejándola respirar en pequeñas bocanadas de aire. Como si estuviera agitada... o excitada.

—Te dije que te iba a dar una muestra de lo que está por venir. —Puse mis palmas contra la pared, aprisionándola en una jaula improvisada entre mi cuerpo y la pared de la oficina.

Elena no dice nada. Sólo mira mis manos a cada lado de la cabeza y traga mientras me devuelve la mirada.

Ella quiere esto. Apuesto a que no es sólo su cara la que se está llenando de sangre. Casi puedo ver sus pezones mientras los duros y pequeños picos atraviesan su delgada blusa blanca.

Las esquinas de mis labios se arriman. —No había terminado de contarte los beneficios de este acuerdo.

Le agarro el pelo con el puño. Juro que sus párpados se cierran y, en una fracción de segundo, en cuanto los abre de nuevo, la lujuria oculta ruge a la superficie. Ella sólo cede y se entrega completamente para mí, ansiosa, complaciente, sumisa.

Mierda.

Aplasto sus labios contra los míos, y siento su cuerpo derretirse bajo mi tacto.

Pero tengo que ser paciente. Podría huir si me apresuro.

Esto es un juego. Y tengo que jugar bien mis cartas.

Una vez, cometí el error de dejar que mi pene pensara por mí. *Pero adivina qué, Elena. Ahora tengo el control total, tanto de mis propios deseos como de tu delicioso cuerpecito.*

No puedo esperar a tener más que una probada. Pero hoy no es el día.

Cuando me alejo y la dejo ir, Elena baja por la pared por un segundo antes de que recupere el equilibrio.

Eso es bueno. Apuesto a que tus piernas se sienten débiles ahora.

Me mira fijamente, con los ojos muy abiertos y alarmada, como si acabara de darse cuenta de lo que ha pasado.

Pero no pierde mucho tiempo estando confundida. Ella arregla su blusa y falda, así como su cabello que se coloca en un bollo perfectamente formado. Y mi asistente está de vuelta.

Interesante.

—Como dije, me pondré en contacto con usted antes del viernes. —Me mira rápidamente, como si tuviera miedo de lo que esos bonitos ojos revelaran que quiere quedarse.

Y luego se ha ido.

Pero sólo por una semana.

Sé que volverá.

Y cuando vuelva, será como la futura madre de mi hijo.

ELENA

—¿Besaste a Mateo Brusick? —Julia casi grita cuando lo pregunta.

—Shhh.... —Puse un dedo en mis labios. Le he estado diciendo que se calme, pero no lo hará.

Estamos en nuestra sala de estar, pero las paredes son delgadas y sé lo chocante que es esta noticia.

Mateo Brusick solía trabajar duro y jugar de la misma forma. Con eso quiero decir que todavía circulan fotos de él inhalando cierto tipo de sustancias por su nariz, con chicas en ropa interior o completamente desnudas colgando de sus brazos.

Pero ese era el viejo Mateo. Dejó de ir de fiesta cuando conoció a la mujer que más tarde se convertiría en su ex-esposa. Y después del divorcio, nunca volvió a sus antiguas costumbres.

La gente se muere por escuchar algunas noticias personales de Mateo Brusick. Estoy segura de que hay periodistas chismosos que matarían por enterarse del beso caliente que me dio hoy en su oficina.

—*Me besó* —corrijo a Julia. —Yo no hice nada.

—Y con eso quieres decir que le devolviste el beso, ¿verdad? —Julia me mira con tanta esperanza en sus ojos que uno pensaría que está esperando oír el número ganador de lotería que la hará dueña de un premio multimillonario, o, dado que estamos hablando de Julia, darle la información privilegiada sobre las acciones que Mateo mantiene a nivel personal.

—Sí —lo admito.

—¡Lo sabía! —Julia exclama con victoria. —Te dije lo que él quería.

Di un gran suspiro. No tengo ni idea de cómo sentirme con todo esto. —Revisé mi cuenta bancaria y el dinero ya está ahí.

—Por supuesto que lo está —dice Julia con la absoluta convicción de un verdadero fan. —Si Mateo Brusick dice que iba a estar allí, entonces estaría allí. ¿Qué, crees que no le sobran 5.000 dólares? Los periódicos dicen que ganó como siete millones de dólares en su última transacción.

—No, yo sólo... no sé. Sigo pensando que esto debe ser sólo un sueño, o una broma, o *algo*... ¿sabes? Creo que hay algo más que una simple oferta para que yo sea la madre de su bebé.

—Todavía no puedo creer lo audaz que es este hombre, no cualquiera se atreve a realizar un movimiento así —dice Julia con algo más que una pizca de admiración en su voz. —Mateo Brusick es un verdadero tiburón despiadado. —Suspira con pesar. —Dios, ojalá pudiera contarle esto a alguien.

—Te mataré si lo haces —le digo rápidamente antes de que se le ocurra algo.

Si la gente se entera de esto... Ni siquiera sé qué le va a hacer a mi reputación y espero no saberlo.

—Sabes, Elena, si esto sale en las noticias, podría ser algo bueno para tu carrera romántica. Quieres poner tu nombre ahí fuera, ¿verdad?

—Así no. No de esta forma.

Preferiría que un escándalo de este tipo no fuera mi salto a la fama.

Quiero decir, mira a modelos que se han metido con futbolistas o políticos. Pueden pasar muchos años, pero la razón por la que la gente las recuerda es siempre la misma.... Sus escándalos amorosos. Dios mío, no quiero eso para mí.

No, olvídale, un escándalo de carácter sexual no desaparece nunca. Y quiero que se me conozcan por mi trabajo como escritora, no por mis andanzas.

En este momento, ni siquiera puedo hacer que la gente lea mi libro, mucho menos que les guste y se conviertan en fanáticos de mi trabajo. Falta algo y sé que no es mi forma de escribir.

Y entonces tal vez Lucia deje de tratarme como una mierda, y tal vez mi padre vea lo mucho que he crecido y quiera volver a verme.

Uno puede soñar.

Han pasado muchos años desde la última vez que vi a mi padre o a mi verdadera madre a quien nunca conocí. Según Lucia, mi papá apareció conmigo un día en su casa. Yo tenía tres años. Y eso es todo lo que sé.

Lucia me acogió y me dejó crecer con sus hijos. Siempre fui consciente de que era diferente -siempre tenía que lavar mis propios platos y los de ellos también- pero al menos tenía un hogar.

Cuando tenía quince años, papá se fue y ese lugar dejó de ser un hogar. Se convirtió en un infierno.

Lucia me culpaba por todo - por la infidelidad de mi papá, por parecerme tanto a él, e incluso por el corte del suministro de agua (a pesar de que la única razón por la que esto sucedió fue porque ella no había trabajado en meses y no teníamos dinero en el banco para pagar la deuda que había informado la compañía indicando que cortarían el servicio de agua potable).

—¿Vas a hacerlo? —pregunta Julia, devolviéndome de nuevo a la realidad.

—No lo sé —lo admito. —Si lo pienso, no es tan diferente de lo que mi madre hizo conmigo, ¿verdad? Ella me dio a luz, y luego me dio a mi padre para que él me cuidara.

—Mucha gente se convierte en madre de alquiler en estos días, Elena —dice Julia. —Se está volviendo más y más común.

—¿En serio? No conozco a nadie haciéndolo.

—Eso es porque no tienes amigos ricos —dice Julia sin rodeos.

Me encogí de hombros. Eso es cierto, supongo, y no me ofende en absoluto.

La mayoría de mis amigos ganan lo suficiente para vivir cómodamente pero nunca para ser clasificados como ricos o millonarios. Escriben para el periódico, toman fotografías para revistas de viajes y editan videos para agencias de publicidad. Esos trabajos vienen con muchos beneficios como viajes gratis o descuentos en restaurantes, además de los salarios.

Pero los amigos de Julia, que son banqueros de inversión como ella, ganan la cantidad de dinero que pondría celoso al mismísimo dueño de Facebook. Julia está empezando por su cuenta, pero no tengo duda de que empezará a ganar seis cifras en poco tiempo.

—Algunos de mis colegas han estado hablando de hacerlo. Por eso lo sé —dice Julia. —Es un tema muy importante entre las mujeres de mi oficina

estos días. Quieren tener familias, pero no quieren sacrificar sus carreras y mucho menos sus cuerpos. Muchas mujeres han sido degradadas después de tomar su licencia de maternidad. La industria de las finanzas es despiadada y no da segundas oportunidades.

Asiento con la cabeza en la historia de Julia. Me gusta lo diferentes que son nuestros mundos, y disfruto escuchando que ocurre en el de ella de vez en cuando.

—Así que, para estas mujeres la gestación subrogada es la solución perfecta. No es barato. El costo promedio es de entre \$100.000 y \$140.000. —Julia me mira directamente. —Así que los 500.000 dólares que Mateo te ofrece es un gesto *muy* generoso. Eso es entre tres y cinco veces el promedio.

Siempre puedo contar con Julia para que me dé los hechos y las cifras reales.

Escuchar eso me provoca una sonrisa pícaro. —Supongo que la tarifa más alta es porque quiere hacerlo a la antigua.

Trato de evitar que mi cuerpo reaccione, pero es demasiado tarde. Antes de darme cuenta, me arde toda la cara.

Maldita sea.

—Ooohhhh... Alguien lo está considerando y quiere aceptarlo —Julia se burla de mí.

—Cállate —le digo. Tapo mis mejillas con las manos en un intento de bajar la temperatura. Me detengo a pensar por unos momentos y le doy a Julia una mirada seria. —¿Realmente crees que debería hacerlo?

—No veo por qué no. —Julia se encoge de hombros. —Tendrás mucho dinero. Tendrás mucho tiempo para escribir y pulir tu novela. Conseguirás un contrato para un libro -" Julia sostiene su dedo índice antes de que pueda abrir la boca "- y ni siquiera te atrevas a decir que tal vez no encuentres a nadie que te publique porque lo harás. Por supuesto que lo harás.

Me quedo mirando a Julia. —¿Así que crees que debería hacerlo?

—Es tu decisión, Elena. Si yo fuera tú, lo haría. —Julia se ríe. —Pero seamos honestas. Si yo fuera tú, le habría prestado mi cuerpo gratis.

—Es sobre el bebé, Julia. No sobre el sexo —digo yo, aunque no me lo

creo. ¿Cómo voy a hacerlo si mi cuerpo aún vibra al pensar en el beso que me dio hoy en la oficina?

—Se trata de las dos cosas, Elena. Afróntalo. Si no, no te habría besado —insiste Julia. —Pero ya que lo mencionaste, estoy segura de que el bebé también estará bien cuidado. Recuerdo haberlo visto leyendo una revista -esto fue cuando Mateo aún estaba casado- sobre cómo formar una familia.

Sólo puedo asentir con la cabeza. No me mantengo al día con las novedades del mundo real porque la mayor parte del tiempo estoy ocupada con mi propio mundo de fantasía.

Afortunadamente, Julia lee de todo: chismes, periódicos financieros, sitios políticos, revistas de mujeres, e incluso blogs de cocina (aunque ni siquiera cocina). Ella me mantiene al día con los últimos acontecimientos en el mundo real.

Julia continúa: —Y por eso Mateo dejó de ir de fiesta. Estaba listo para ser un hombre de familia. Tu bebé no sólo crecerá con riqueza material, sino también con un buen padre que está presente.

—Mi bebé —formo la palabra en mi lengua y la pronuncio.

Es extraño. Pero no me desagrada.

En mi mente, veo los pequeños dedos de las manos y de los pies, rosados y perfectos.

—Probablemente no es una buena idea pensar que es tu bebé. Es el bebé de Mateo, en realidad. —Julia me da una mirada fija. —Si vas a hacer esto, debes tener cuidado de no dejarte llevar y empezar a pensar que es una relación real o una familia real. Tus hormonas tratarán de convencerte de que es real, pero no puedes escucharlas.

—Lo sé —dije.

A pesar del interés obvio de Mateo en mi cuerpo, no parece esperar ni querer ningún tipo de relación personal entre nosotros. Esto va a ser un acuerdo comercial y nada más. Un simple negocio.

—¿Y bien...? —Julia pregunta, mientras sus ojos buscan pistas en mi cara.

—Lo haré.

ELENA

—He revisado el contrato que me enviaste, y sólo tengo una duda —le digo.

—Adelante. —Mateo se sienta en su silla, con un aspecto majestuoso y seguro de sí mismo. Sabe que ha ganado.

Pero no pasa nada, no me puede intimidar. Lo he pensado bien.

Después de hablar de ello con Julia esa primera noche después de que Mateo me dio la oferta, el reto para el resto de la semana fue tomar una decisión. Fue complicado, pero al final decidí ir a por ello.

Julia tiene razón. No seré una mujer explotada o algo por el estilo. Mateo me necesita tanto como yo a él, así que nos ayudaremos mutuamente en este trato. ¿Qué hay de malo en eso?

Este es un billete de camino al éxito, es lo que siempre he querido.

Siento que la experiencia me acercará a mi mamá, a quien nunca he conocido. Tal vez si tengo mi propio bebé y luego lo regalo, finalmente entenderé por qué lo hizo.

Y... no tengo muchas esperanzas de que esto suceda... pero desearía que mi padre saliera de su escondite y se acercara a mí, aunque sea un poco si llego a tener éxito en esta aventura.

Pero hay algo que me preocupa, y es mi evidente atracción por Mateo.

Obviamente sería más fácil mantener las cosas profesionales si no me humedeciera las bragas tan pronto como me habla con esa voz suave y sensual. Pero al mismo tiempo, ni siquiera habría pensado aceptar esta oferta si Mateo no fuera tan irresistiblemente guapo.

Ahora sólo hay una cosa que arreglar.

—Esto va a ser confidencial, ¿verdad? Nadie se va a enterar nunca.

Mateo se ríe a carcajadas. —Elena, eso es lo último que esperaba oír de ti, pero me alegro de que eso sea lo que te preocupa. —Mateo me da una sonrisa tranquilizadora. —Créeme, no quiero que nadie se entere de este acuerdo tampoco. Creo que ambos estamos de acuerdo en que yo tengo más

que perder en ese ámbito que tú.

Él tiene razón.

No soy nadie, al menos por ahora. La gente no se preocupa por mí. No quieren leer sobre mí en sus blogs de chismes favoritos.

Pero Mateo.... Incluso él saliendo a comprar un simple café con leche es noticia de los paparazzi que esperan afuera del edificio a que Mateo aparezca todas las mañanas.

—¿Así que esto nunca va a salir a la luz? —Pregunto de nuevo.

—Si tu no dices nada, nadie se va a enterar. Sólo tú lo sabes, y mi abogado que es quien redactó este acuerdo. —Mateo me mira con sus ojos azules y agudos. —¿Le has contado a alguien sobre nuestro acuerdo?

Me retuerzo. No esperaba que mi pregunta saliera mal. —Se lo dije a mi compañera de cuarto, pero no se lo diré a nadie.

—Eso es lo que siempre dicen —dice Mateo despectivamente. —Para que quede claro, negaré cualquier relación contigo públicamente si se sabe algo de esto. —Me señala a mí, y luego a sí mismo. —Estoy seguro de que entiendes por qué, y te recomiendo que hagas lo mismo si los medios de comunicación alguna vez van tras de ti para confirmar lo de nuestro trato. Para todos los demás, sólo soy tu jefe y tú eres mi asistente personal.

—Lo sé —digo secamente. Es un poco ofensivo, lo que está diciendo. De alguna forma está insinuando que se lo contaré a los medios de comunicación.

—Si alguna vez mencionas mi nombre y dices que somos más que eso, el trato se cancela. Incluso si pasan los años, vendré por ti con mi abogado si alguna vez decides escribir una nota sobre lo nuestro —dice.

—No estoy interesada en escribir de mi vida personal o profesional —dije.

—Tal vez lo reconsideres. Tal vez pienses que es una buena manera de comercializar tu trabajo. —Mateo se encoge de hombros. —Pero oye, no te pongas a la defensiva. No te estoy acusando de nada. Sólo estoy aclarando ciertas circunstancias que podrían ocurrir a futuro. La idea es que ambas partes estén de acuerdo con las condiciones del contrato. ¿de acuerdo?

—Sí. —Asiento con la cabeza. Debería dejar mis emociones fuera de esto. *Esto se trata estrictamente de negocios*, me recuerdo.

—Bien —dice Mateo con el tipo de voz que envía una emoción directamente a mi corazón. Habla con absoluta certeza. —Esto es lo que va a pasar. Te presentarás a trabajar por la mañana como siempre, pero trabajarás en mi oficina. Y como ya hemos discutido, será un trabajo diferente. —Su sonrisa es tranquila, pero su mirada hambrienta no deja lugar a dudas sobre lo que quiere decir.

Mientras asiento, me concentro en ignorar su mirada caliente y sus sucias palabras. Odio lo fácil que se vuelve sonrojarme. En una situación como ésta, en la que tengo que imponer un carácter intachable, es un gran desafío el contener mis emociones.

—Una vez que quedes embarazada, te mudarás a mi apartamento —continúa Mateo. —Irás a las citas médicas que se programarán, y comerás lo que mi chef personal cocine para ti. Quiero asegurarme de que darás a luz a un bebé sano.

Escucho las palabras de Mateo, pero ya sé estas cosas por el contrato que me envió hace unos días atrás. Sólo estamos repasando los puntos más importantes del contrato.

Pero me gusta lo minucioso que es. Me hace sentir como si pudiéramos lograrlo. Sí, este puede ser un plan descabellado, pero si cubrimos en detalle todas las bases expuestas en el contrato, podría funcionar.

—Cuando nazca el bebé, seguirás viviendo conmigo para amamantarlo. Una vez que él o ella sea destetado, podrás volver a tu antigua vida o a una versión mejorada de tu antigua vida . —Mateo se detiene para dejar que sus palabras sean procesadas con calma.

—Tendrás un nuevo trabajo como escritora de novelas románticas, y serás libre de planear tus días a tu gusto —dice. —No tendrás que levantarte por la mañana y quedarte atascada en una oficina, haciendo cosas que no te importan... por ocho horas. Podrás pasar tus días haciendo cosas que realmente te gusten.

—Demonios, puedes dejar de trabajar y jubilarte con el dinero que te daré. Puedes hacerlo sin problemas si lo inviertes de forma correcta y vives

con sencillez.

—¿Sabes qué? Eso es probablemente lo mejor que podrías hacer. Te presentaré a un amigo, quien es un gran planificador financiero. Te ayudará a arreglar y planificar tu inversión.

—Gracias —simplemente digo.

Reconozco su consideración, pero no la confundo con la bondad.

He trabajado con Mateo el tiempo suficiente como para saber que a menudo lanza algunas ofertas inesperadas al final de las negociaciones, sólo para cerrar el trato. Esa no fue una oferta espontánea.

La estrategia funciona bien, aunque siempre he pensado que los clientes de Mateo eran unos idiotas por comprar esta jugada barata.

Pero ahora, cuando me siento al otro lado de la mesa de negociaciones de Mateo, reconozco lo sincero que es. Piensa tanto en cada detalle que transforma la negociación como en algo personal.

A pesar de que puede ser despiadado con algunas empresas, Mateo es un socio de negocios cortés y confiable que cumple con su parte del trato.

Sé que estoy en buenas manos. Si se dedica a la paternidad como se dedica a su negocio, seguro que será un gran padre.

—Creo que eso es todo —dice Mateo con una pequeña sonrisa mientras desliza una copia del contrato por su escritorio.

—Sí.

Tomo el contrato y lo hojeo. Todo me parece familiar porque no he hecho nada en los últimos días más que leer cada cláusula, una y otra vez.

Pero en este momento crucial en mi vida, he tomado mi decisión. Tomo la pluma enchapada en oro de Mateo y firmo con mi nombre en la línea de puntos.

Allí. Ya está hecho.

Realmente estoy haciendo esto.

MATEO

—Vámonos —le digo en cuanto aparece en mi oficina.

Elena se ve deliciosa hoy, aunque siempre lo hace. Una delgada blusa rosa cubre su cuerpo, fijada a la piel de su escote por acción de la gravedad, lo cual deja al descubierto parte superior de su cuerpo de manera recatada. Su falda de encaje blanco muestra el resplandor de sus caderas.

Ella es mi asistente personal. No puedo esperar a quitarle la ropa de oficina y hacer mío el premio que lleva oculto tras esas prendas.

Su mano aún está en la manija de la puerta. Un espontaneo ceño fruncido aparece en su linda cara. —¿A dónde?

—Ya verás. —Puse mi brazo alrededor de sus delicados hombros y la saqué de la oficina.

Pero ella sigue insistiendo, y yo sigo negándome a responder.

—¿No te gustan las sorpresas, Elena? —Pregunto.

—No cuando planeaba pasar el día en la oficina —responde secamente.

Me río. Siempre ha sido muy organizada, lo que la convierte en una gran asistente personal. Arregla mi agenda como si hubiera nacido para ello.

—Sólo te dije que aparecieras en la oficina por la mañana. Nunca dije nada de *quedarte* en la oficina todo el día. Suena como si estuvieras ansiosa por empezar a hacer bebés —digo yo. —¿Te gustaría retomar las cosas donde las dejamos el otro día?

Sé que recuerda el beso que le di en mi oficina. Con sus brillantes ojos verdes, jadeaba y me rogaba por más.

Pero no es mi estilo engullirme todo lo que tengo enfrente, como si estuviera en un buffet barato.

No, menos a alguien como Elena.... Quiero probarla, saborearla de verdad. Una belleza exquisita como ella no aparece muy a menudo. Y no sólo es atractiva, he visto asombrado su inteligencia y sensualidad.

No puedo esperar a disfrutar de este arreglo.

Para mí, el sexo sin intimidad es como un plato sin especias. Pero tengo

la sensación de que estar con Elena va a ser como una explosión de sabores... y no sólo en mi boca.

Pero necesito esperar. Va a hacer falta un poco de preparación para que llegue al estado mental adecuado.

—Mantengamos esto profesional —responde ella, lo que sólo prueba mi punto de vista. Aún no está lista.

—El trabajo también puede ser divertido, Elena —le recuerdo.

—Hablas como un verdadero adicto al trabajo.

No puedo evitar reírme. —Me parece buen punto lo que dices.

¡Esta chica tiene garras!

—Sólo digo que está bien que disfrutes tu trabajo. Por eso quieres ser una escritora de novelas románticas, ¿no? ¿Porque te gusta el trabajo? —Pregunto.

—Sí —admite.

—Ya sabes lo que dicen sobre todo trabajo y nada de diversión.

—¿Es eso lo que es esto? ¿Diversión? —pregunta ella.

—Se puede decir que sí.

No acepto más preguntas y le pido a Elena que me hable de ella. Pero quiero saber más que la simple versión de que vive con una amiga que está dedicándose a inversionista...eso no revela mucho.

Cuando le pregunto sobre su familia, ella menciona tener una madrastra y hermanastros, pero he notado que eso la pone más reprimida de lo normal. Realmente me hace preguntarme cómo es su vida.

Deja de hablar de sí misma cuando entramos al estacionamiento del aeropuerto y aparcamos el coche. Ahora ella hace las preguntas.

—¿Por qué estamos en el aeropuerto? —pregunta con sospecha en su voz.

—No tienes que planear cada segundo de tu vida, Elena. Relájate un poco. Sigue la corriente, déjate llevar —le digo al salir del auto. Me sonrío cuando comenzamos a caminar en dirección al edificio del aeropuerto.

La mandíbula de Elena se afloja cuando un hombre con un traje elegante se acerca en un carrito de golf y nos lleva más allá de las líneas de los mostradores de facturación y los puntos de control de seguridad.

—¿Vamos a... volar a algún lado? —pregunta. La parte más ancha de sus caderas me roza el muslo mientras el carrito pasa al lado de otros viajeros.

—Para eso generalmente la gente va a los aeropuertos. Si tienes razón, para tomar un vuelo a algún lado. —Le doy una sonrisa.

Es tan divertido ver cómo intenta averiguar lo que estoy planeando. Casi puedo oír los engranajes girando en su mente. Pero ella no va a adivinar esto.

—No eres... Esto no es... no es tráfico de personas, ¿verdad? —pregunta con un suave tono de voz, como si se diera cuenta de lo ridículo que suena, pero aun así tiene que preguntar.

Me eché a reír a carcajadas. Cuando finalmente me calmo, le doy una mirada dramática y siniestra y le digo: —Si esto fuera traficante de personas, ¿crees que te lo diría?

—¿No?

—De ninguna manera. —Sacudo la cabeza.

—Realmente hiciste tu fortuna con el comercio de acciones, ¿verdad? —pregunta.

—Acciones, humanos... Lo que sea que haga dinero en grandes cantidades. ¿Cuál es la diferencia? —Me detengo para ver cómo decide si se ríe de mi chiste patético o corre en la otra dirección.

Deja salir una risa nerviosa. —Conozco a algunos nerds de las finanzas que son grandes fans de tu trabajo... Si fueras traficante de personas serías una gran decepción para ellos..

—No creo que se decepcionen. —Me bajo del carrito de golf apenas se detiene. —Y ese no es mi mayor secreto, aun no sabes a que otros trabajos me dedico.

Elena me alcanza rápidamente en el puente conecta la puerta del aeropuerto con un jet privado. —Ja, ja, ja. Muy gracioso. ¿Adónde vamos realmente?

—De compras. —Asiento con la cabeza a la azafata que nos da la bienvenida a bordo.

—¿Comprar qué? —Su tono de voz se vuelve cada más insistente después de obtener una respuesta para cada una de sus preguntas.

—Vino.

La azafata dirige a Elena a su asiento. Acomoda su delicioso trasero en el cuero y dobla sus piernas tonificadas con elegancia. No me quita los ojos de encima, esperando una explicación. —¿Dónde?

—Una bodega. —Sé que ella va a seguir haciendo la más preguntas, tratando de hacerme revelar más información sobre el lugar al que nos dirigimos. —Vas a trabajar horas extras esta noche. Probablemente sólo llegaremos a nuestro destino al final del día. —Hago una pausa. —¿O va a ser por la mañana cuando lleguemos allí, debido a la diferencia horaria? Nunca se sabe.

—¿Estamos volando tan lejos para que haya una diferencia horaria? —pregunta Elena con voz sorprendida.

—Sí. —Me abrocho el cinturón.

Normalmente me gusta este asiento grande y cómodo con mucho espacio para las piernas, pero ahora mismo odio que la amplitud del avión también signifique que haya un pasillo ancho entre mis manos y su pequeño y sexy cuerpo.

—Así que probablemente estemos volando al norte o al sur... —La voz de Elena se calla mientras piensa.

—Pregunta: vamos a volar sobre el Atlántico.

—¿Nos vamos a Europa? —Elena pregunta en una fascinante mezcla de incredulidad, aprensión y excitación.

—Sí —dije—. Van a pasar unas diez horas hasta que lleguemos allí. Será mejor que descanses. Recién vamos a estar aterrizando por la mañana.

—Vaya, no bromeabas cuando hablabas de 'horas extras' —dice Elena.

Me río. No suelo tener gente que me desafíe, y así es como me gusta normalmente.

Pero con Elena...

No lo sé. No lo sé. Incluso cuando está siendo una preguntona descarada, es entretenida. Hay una honestidad genuina y encantadora.

La mayoría de la gente quiere algo de mí. Dinero. Conexiones. Poder. Asistencia.

No digo que Elena no quiera todas esas cosas. No finjamos que no le pago para que esté aquí.

No estoy delirando. No he olvidado nuestro trato.

Pero actúa como si no *necesitara* todas esas cosas. Como si pudiera tomarlo o dejarlo. No sé si es orgullo o si está aquí por otra razón.

¿Es por mí por quien se queda? ¿Es algo más?

Me he destrozado las manos para construir mi negocio, una firma de inversiones completamente desconocida a una compañía internacional de administración de fondos de cobertura por valor de miles de millones de dólares.

Si hay algo que sé, es que puedo hacer que ocurra cualquier cosa si realmente me lo propongo.

Así que esto es lo que voy a hacer. Le romperé la armadura que protege a Elena y le mostraré lo divertido que puede ser esto, siempre y cuando se suelte y siga sus instintos.

Claro, este acuerdo se trata de que Elena dé a luz a mi bebé. Pero eso no tiene que ser lo único que podamos hacer.

He decidido que Elena será mi próximo proyecto.

Voy a domarla.

ELENA

Si el improvisado vuelo transatlántico en un maldito jet privado no es lo suficientemente loco, ahora nos encontramos en la pista de aterrizaje con un sedán negro completamente de lujo. La puerta trasera del coche está abierta, sostenida por un hombre con una gorra, un par de guantes blancos y una gran sonrisa amistosa. Esta situación parece sacada de una película.

—*Merci*, Donatien —dice Mateo mientras se acomoda a mi lado en el asiento trasero.

El hombre asiente con la cabeza y cierra la puerta del coche.

El interior del coche huele a lavanda fresca y vainilla. El asiento de cuero se siente suave como la mantequilla en mi piel, excepto por las pocas pulgadas entre Mateo y yo. Ese espacio que nos separa se siente eléctrico y prohibido, es como si supiera que corro mucho peligro si me acerco demasiado.

Esto se siente como un sueño, y no sólo porque de repente estoy en Francia. Nunca en mi vida he viajado fuera del país. Esto es irreal.

Para ser honesta, sin embargo, esta mañana... ¿O fue ayer por la mañana? La diferencia horaria me está afectando mucho.

De todos modos, cuando entré en la oficina de Mateo, estaba pensando seriamente en cancelar todo el trato.

¿A quién le importaría mi carrera como escritora romántica? Si estuviera destinada a serlo, ocurriría y no de esta forma.

Pero entonces Mateo me desequilibró por completo. ¿Quién demonios se lleva a una chica a otro continente para tomar vino?

Pero, ¿quién diablos contrata a una chica para tener su bebé?

La respuesta a ambos es Mateo Brusick.

No deja de dar sorpresas. No se trata sólo de que él tenga el dinero para hacer estas cosas, sino también de su espontaneidad.

Contrariamente a lo que le dije, me encantan las sorpresas.

Es sólo que yo ya me sentía en conflicto, y él me estaba haciendo difícil

cumplir con la decisión que había tomado anoche mientras daba vueltas y vueltas en mi cama.

Cuando lo vi, no pude terminarlo. No pude ponerle fin a tan tentadora oferta. Quería saber qué más tenía bajo la manga.

Al menos la falta de sueño me permitió dormir como un bebé en el avión hacia el norte de Francia. Esa es probablemente una de las razones por las que todavía me siento atrapada en un sueño surrealista.

—El lugar al que vamos es un pequeño viñedo orgánico. La mayoría de los viñedos de esta zona son de unas 100 hectáreas, pero éste es de sólo 6 hectáreas. La pareja que es dueña del lugar no usa fertilizantes químicos. Tienen asnos y ovejas como mascotas que los ayudan con eso. Así que estos animales sólo pastan entre las vides y fertilizan el suelo de forma natural — dice Mateo, de repente parlanchín después de esquivar mis preguntas sobre nuestro destino durante todo el vuelo.

—¿Leíste la guía de turismo durante el vuelo? —Pregunto en tono de broma.

—Algo así —admite con una sonrisa de niño. —Estuviste dormida mucho tiempo.

—Dijiste que descansara. —Me encogí de hombros.

—Claro —dice. —Disfruté viéndote dormir. Parecías tan tranquila.

No estoy seguro de que eso sea un cumplido. —Uh... ¿gracias?

—Tomé algunas fotos y videos, espero que no te importe. No pude evitarlo, especialmente cuando empezaste a decir mi nombre...

—¿Yo *qué*? —Pregunto, más fuerte de lo que pretendía.

Mateo se ríe y aparecen líneas de expresión alrededor de sus sorprendentes ojos azules.

—¿Realmente hice eso? —Pregunto de nuevo. Necesito saber.

—No —respondió, aun sonriendo de oreja a oreja.

El alivio y la ansiedad inundan mi pecho al mismo tiempo. Me alegro de no haberlo hecho, pero me molesta que Mateo me haya vuelto a engañar.

O tal vez he estado de mal humor todo el día. Sin saber lo que íbamos a

hacer, no se me ocurrió un desafío para hoy. Y ahora es.... Ya ni siquiera sé qué hora ni día es por la diferencia horaria.

—No has dicho mi nombre mientras dormías, Elena —dice mientras atrapa mi mirada con sus ojos inundados por la lujuria. —Pero lo gritarás en voz alta mientras estés despierta. Pronto. Ya lo verás.

Me quedo sin palabras ante su comentario.

Hasta que llegamos al viñedo.

El viñedo es encantador. Es como sacado de un cuento de hadas.

El edificio principal es una antigua casa de piedra, que sin embargo está equipada con todas las comodidades modernas, como Wi-Fi, que es muy importante para mí. Lo necesito para revisar las últimas notas de Julia sobre mi manuscrito, el cual actualizo en la nube cada vez que aparece la inspiración.

A nuestro alrededor hay otros edificios antiguos que probablemente han permanecido aquí durante cientos de años, vigilando el pueblo, generación tras generación. Las onduladas y verdes colinas que nos rodean han estado aquí aún más tiempo.

Todo es viejo. Antiguo. Es como retroceder en el tiempo, a una época en la que el mundo era pequeño y todos se conocían.

Los vinos son exquisitos, y la comida es fuera de este mundo. Todo es fresco de las granjas locales: los huevos, los panes, las mermeladas, la leche y la mantequilla.

He comido todos estos alimentos antes, pero no de esta manera. Tengo ganas de tomar en mis manos cualquier alimento y decir: *Esto sí que es pan* — o algo igualmente teatral. Son *así de buenos*.

La pareja dueña del lugar se sienta con nosotros mientras comemos. Nos hablan de sus viñas, de sus procesos tradicionales y de sus pequeños experimentos para mejorar las notas sutiles de los vinos. Es obvio que son apasionados por sus productos.

Todo lo que quiero en la vida es ser como ellos. Quiero hacer algo que me guste y ver a la gente disfrutar de mi trabajo.

Eso sería muy gratificante.

—Ya veo por qué has venido hasta aquí. Esta es fácilmente la mejor comida que he comido —le digo a Mateo cuando finalmente la pareja nos deja solos.

—En realidad, no esperaba que sirvieran comida. Pensé que sólo iban a ser los vinos. —Mateo toma otro sorbo de vino tinto.

Yo sigo el ejemplo. —Mi primer día, y ya estoy bebiendo en el trabajo.

—Y delante de tu jefe —añade Mateo.

—¿Qué puedo decir? —Le hago una sonrisa a Mateo. —Desayuno peligroso.

—En realidad, creo que a esto lo llaman *déjeuner*—, dice Mateo, señalando la comida que hay en la mesa entre nosotros. —Y significa almuerzo, no desayuno.

Me río al recordar aquella clase de francés que tomé hace ya varios años atrás cuando estaba en la secundaria.

No sé lo que esperaba, pero definitivamente no me imaginé a mí misma teniendo una cita tan fácil con mi jefe, la estrella en ascenso de Wall Street.

Claro, tiene buen aspecto y un montón de dinero. Pero no esperaba que también fuera tan culto, y eso es algo más impresionante para mí que todas las cosas que ha logrado.

Cuando el sol empieza a ponerse al final de la tarde, nos vamos de la ciudad, tristemente.

No sé por qué pensaba que nos quedaríamos esta noche. Probablemente porque nunca he volado a ningún lado solo para comer una vez. Pero siendo sincera, tampoco he tenido nunca un jet privado esperando a mi entera disposición.

Y así duermo todo el camino de regreso, mientras mi reloj natural está confundido por las zonas horarias que cambian constantemente.

Mi primer día se ha ido.

Me siento aliviada de tener más tiempo para pensar (aunque no me puedo molestar en calcular exactamente cuánto), pero al mismo tiempo, este romántico viaje transatlántico no es un buen augurio para mi determinación

de mantener las cosas estrictamente profesionales.

Me asusta un poco. Obviamente no debería apegarme porque esto es un contrato y tiene una fecha de caducidad. Una vez que mi trabajo con el bebé - el bebé de Mateo- haya terminado, no hay razón para que me quede más tiempo.

De una extraña manera el pensar en que el contrato llegará a un fin no me pone contenta. Al contrario, me hace querer pasar más tiempo con Mateo.

Parece que este va a ser mi reto durante muchos, muchos días a lo largo de este extraño arreglo nuestro: tratar de no enamorarme de mi jefe.

Nunca he fallado uno de mis desafíos, excepto cuando estaba tratando de decidir si debía firmar el contrato de Mateo.

Para ser honesta, estos retos se han ido haciendo más fáciles durante el último tiempo, desde que me mudé de la casa de Lucia, así que tal vez no sea mala idea desafiarme a mí misma nuevamente.

Mateo Brusick, lo he decidido. Eres mi próximo reto, y no voy a fallar este.

Voy a dejarte tener mi cuerpo como quieras, pero mi corazón pertenece a mis héroes de ficción.

Eres sólo un peldaño para que pueda presentarlos al mundo algún día.

ELENA

—¿Por qué has estado ignorando mis llamadas, Elena? —pregunta Lucia con cierto grado de enojo.

—No te he estado ignorando, Lucia, —Respondo cansada por mi teléfono mientras el gran logo de la empresa de Mateo Brusick aparece en la parte superior de un enorme edificio de oficinas. Estoy cansada de la forma en que Lucia siempre asume lo peor de mí. —He estado ocupada con mi nuevo trabajo.

—Eso no significa que puedas dejar tus responsabilidades. Se suponía que tenías que cuidar a Francisco ayer por la tarde.

—Nunca estuve de acuerdo en hacer eso. —Aprieto los dientes para no decirle que cuide de su propio hijo. No es mi responsabilidad, es de ella.

—Sabes que tengo clase de Zumba todos los martes.

—Sí, pero nunca dije que vería a Francisco todos los martes —respondo.

—Después de todo lo que he hecho por ti, ni siquiera puedes hacer un pequeño favor por mí —dice Lucia. —Eres igual que tu padre. Egoísta y malagradecida.

Dios, no quiero volver a escuchar este discurso. —Lucia, haré que alguien cuide a Francisco el próximo martes, ¿de acuerdo? Encontraré a una chica de la secundaria o algo así.

—¿Quién va a pagar por eso? ¿Tú? —pregunta Lucia, esperando obviamente que me resista.

—Sí —digo yo, usando la última pizca de paciencia que me queda mientras entro al edificio y espero junto a los ascensores con un grupo de otros oficinistas.

Lucia se detiene. —¿Desde cuándo tienes dinero?

—Es sólo una noche de niñera, Lucia. No es como si fuera a llevar a alguien de viaje alrededor del mundo —le digo, evadiendo su pregunta.

—¿Dijiste que tenías un nuevo trabajo? —pregunta ella.

—Sí. Tengo que irme, Lucia. Tengo que ir a trabajar. Adiós. —Subo al

ascensor rápidamente y termino la llamada antes de que pueda seguir preguntando algo más.

Con el corazón latiendo fuertemente en mi pecho, me acerco a la puerta de Mateo y llamo.

—Adelante —dice desde el otro lado de la puerta.

Extraño. He hecho esto muchas veces antes. He llamado a esta misma puerta más veces de las que puedo recordar, y siempre he escuchado la misma respuesta familiar de Mateo.

Pero hoy se siente diferente.

Porque Mateo ha dejado claro que esta mañana, ha despejado su agenda para mí.

No, no es eso. Me he equivocado, no la ha despejado para mí.

El despejo su agenda para su bebé. El que aún no ha nacido. El que debemos hacer.

Una punzada de celos me pica el pecho.

En toda mi vida, ni mi padre ni mi madrastra me han privilegiado en su agenda, y ni siquiera estaban *cerca* de ser multimillonarios ocupados como Mateo.

Y ahora, incluso antes de que naciera nuestro bebé, quiero decir que ya es mejor padre que esos dos.

¿Es Mateo excepcionalmente bueno en todo lo que hace, o son mis padres excepcionalmente malos en todo lo que hacen?

—Te ves muy bien hoy, Elena —dice Mateo alegremente.

Nunca solía hacer comentarios sobre mi apariencia, pero desde que firmamos ese contrato, me ha estado felicitando.

Es un poco raro que tu jefe te alague tanto, pero me gusta.

—¿Listo para irnos? —pregunta.

—¿Dónde?

Me echa una mirada que dice que *debería saber que no debo preguntar*.

—Lo sé, lo sé. No me lo repitas. Porque todos ustedes son misteriosos e

impredicibles —digo yo.

—En realidad.... Conozco un lugar genial para desayunar —dice Mateo.

Espontáneamente di una exhalación de alivio. No esperaba que su plan fuera tan *normal*.

—Oh, ya he desayunado. Pero iré contigo —le digo.

Tal vez me tome un zumo de naranja y charle con él.

No sé por qué, pero quiero saltar sobre el cuerpo de Mateo que es increíblemente atractivo, pero la idea de desnudarme delante de él, dejándole ver cada parte de mí... me hace sentir vulnerable.

Otros hombres nunca me han hecho sentir así. Realmente no tengo mucho sexo casual, pero soy bastante buena separando el sexo de las emociones. De hecho, a menudo me burlo cuando las chicas me dicen que no pueden "tener sexo como los hombres —porque lo hago todo el tiempo.

O al menos lo hice un par de veces.

Pero ahora... no lo sé.

Mateo apaga su computadora y se levanta de su silla. Su mirada se fija en mí: la piel expuesta de mis pantorrillas, las curvas ocultas debajo de mi combinación habitual de blusa y falda gris, y mi cara mientras lucho por decidir dónde mirar. Me está haciendo olvidar cómo actuar con normalidad.

Él sonríe mientras su mirada caliente marca su deseo en mi cuerpo.

De alguna manera, esa no parece el tipo de expresión que uno pone cuando va a desayunar...

* * *

—Dijiste que íbamos a desayunar. —Corro por el pasillo alfombrado del hotel para alcanzar a Mateo.

Eso hacemos. —Mantiene un ritmo relajado. Con sus largas piernas, no necesita *intentar* superarme.

—¿Por qué vamos a una habitación de hotel? —Miro la tarjeta de plástico en la mano de Mateo. Es la llave de una habitación, ¿no? Debe haberla cogido de la recepción de abajo.

—¿No has oído hablar del servicio de habitaciones? —Mateo pregunta mientras pasa la tarjeta de acceso y la puerta se abre.

—Después de ti —dice con una reverencia exagerada.

—Gracias. —Hago una reverencia. Le oigo reírse cuando paso a su lado y entro en la habitación del hotel. Le pregunto de nuevo: —Entonces, ¿desayuno?

La puerta se cierra tras nosotros con un siniestro clic.

—Dijiste que ya habías desayunado. —Los pasos de Mateo se acercan, mientras las suelas de goma son amortiguadas por la gruesa alfombra. — ¿Con el suspenso de esta escena se te ha olvidado que ya desayunaste y por eso tienes hambre nuevamente?

Le respondo con una risa nerviosa. —Tal vez.

—¿De qué tienes tanto miedo? —pregunta Mateo, su voz tan cerca que casi puedo sentir sus vibraciones.

—Nada —respondo.

Eso es una mentira. No es nada. Pero tampoco sé lo que es.

Sin decir una palabra, Mateo se acerca por detrás, su pecho duro casi tocando mi espalda. Me estremezco por su cercanía, y espero que no se dé cuenta.

Es cálido y sólido. Se siente seguro. Como un refugio en un día lluvioso, aunque sea temporal.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, me apoyo en él y cierro la brecha entre nosotros.

Mateo lo toma como una invitación. Sus brazos corren por mis costados y me envuelven.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo mientras su aliento se posa en mi nuca. Con el pelo recogido en una cola de caballo, Mateo tiene acceso total a esa parte sensible de mi cuerpo.

Cuando sus labios rozan mi piel, suaves y firmes al mismo tiempo, se me escapa un fuerte suspiro de la boca. Sólo hace que me bese más fuerte, su lengua y sus dientes se unen en el asalto a mis terminaciones nerviosas

receptivas.

A medida que mis suspiros se convierten en gemidos, se hace evidente que Mateo no tiene planes de detenerse en un futuro cercano.

Me muerdo el labio inferior para no hacer más ruidos que sólo estimulen a Mateo. Entonces, muerdo más fuerte para distraerme de las sensaciones pecaminosas que brotan de mi cuello y van directamente a mi entrepierna, haciendo que todo mi ser anhele su cuerpo.

—Mateo —digo, en un intento de interrumpirlo. Pero mi voz sale áspera y excitada, y suena como un grito de pasión.

—Te dije que te iba a hacer decir mi nombre —susurra antes de mordisquearme el lóbulo de la oreja, enviándome otro escalofrío por la columna vertebral.

Cuando me doy cuenta que necesito demasiado esfuerzo para corregir esta situación, voy al grano. —¿Qué tal si desayunamos?

Eres mi desayuno, Elena —dice con una ligera carcajada mientras arrastra su boca sobre mi hombro, empujando la tela de mi blusa con sus labios. Sus dedos trabajan hábilmente en los botones de la parte delantera de mi blusa.

Así que ha planeado hacer esto, todo el tiempo.

Mateo me quita la blusa y me da la vuelta. Me tira un beso intenso donde sus labios y lengua reclaman mi boca. Sólo puedo ceder y dejar que haga lo que quiera, mientras la presión en mi vagina se hace más fuerte e insistente.

No hay vuelta atrás. Estoy empezando a perder la cabeza, y estoy empezando a olvidar por qué necesito mantener las cosas profesionales fuera de mis sentimientos.

Quizá Mateo tenga razón. El hecho de que yo también esté ganando dinero con este acuerdo, no significa que no pueda ser divertido. Tal vez debería permitirme disfrutar de esto al igual como lo hace él.

Como dijo Julia, esto va a ser un buen material de conversación para una cena o una fiesta. Estoy segura de que hay mujeres que pagarían mucho dinero para saber lo que Mateo Brusick lleva debajo de sus trajes de

diseñador.

Pero ya ni siquiera puedo pensar. Las manos de Mateo vagan por mis caderas, mis tetas, mi culo.... Mi mente está llena de sensaciones hasta el punto de estallar en pequeñas explosiones de placer.

Ni siquiera presto atención cuando mi ropa cae al piso alfombrado una por una, hasta que estoy de pie sin un hilo en mi cuerpo, mientras Mateo desciende a sus rodillas, sus labios arrastrando besos por mi escote, mi abdomen y mis muslos.

Mis rodillas se sienten débiles. Mi espalda y mi trasero presionan contra la ventana de cristal. Estamos en un piso alto, pero técnicamente, cualquiera con una lente de zoom lo suficientemente poderoso puede ver mi trasero desnudo tal y como cuando nací.

Excepto que estoy haciendo algo de *adultos* ahora mismo. O, mejor dicho, me están haciendo cosas de adultos.

Mateo me abre las piernas y me mete los labios por los muslos. El mundo gira hacia un desenfoque sin consecuencias. Lo único que importa es lo cerca que está de donde yo quiero que esté, donde yo *necesito* que esté, esa parte de mí que está palpitando ahora mismo, deseándolo.

—Mateo —suspiro mientras me acerco para tocar su cabello, su sedoso y delicioso cabello. Pongo la palma de mi mano en su cabeza.

—¿Deberíamos... —Mi frase cuelga en el aire mientras mis palabras se convierten en un gemido prolongado. Lo intento de nuevo. —Tal vez deberíamos acomodarnos en la cama.

—No, estoy bien aquí. —Sonríe mientras me separa las piernas aún más y me envuelve con sus brazos alrededor de los muslos, lo que me hace perder aún más el equilibrio.

Me recuesto contra el cristal -ahora caliente por el calor de mi propio cuerpo- y me siento deslizarme hasta un punto en el que mis piernas ya no me sostienen. Sólo los brazos musculosos y las manos fuertes de Mateo me mantienen erguida.

—Mateo, yo... —Me muerdo el labio inferior mientras los labios de Mateo rozan mis labios vaginales, ligeros como una pluma. Dios. ¿Cómo

puedo tener la oportunidad de pensar en algo sin distraerme con su lengua ahí abajo?

—Sí... —pregunta en un tono inocente y casual antes de volver a torturarme, sus labios apenas tocan mis pliegues y su aliento acaricia la piel hipersensible que los rodea.

La presión dentro de mí aumenta hasta el punto en que tengo que recordarme a mí misma que respire.

—¿Dijiste algo? —Mateo pregunta con los labios entre mis piernas, enviando pequeñas chispas de placer con cada sílaba que pronuncia.

Antes de que se me ocurra algo que decir, la lengua de Mateo se desliza sobre mis labios inferiores, y sólo puedo jadear de sorpresa. Después de esa lenta burla, no esperaba que hiciera eso.

—Supongo que cambiaste de opinión y ahora ya no quieres moverte, ¿eh, Elena? —Mateo pregunta antes de volver a sumergirse.

Lame con tanta pasión mis labios vaginales. Siento que están extremadamente calientes y húmedos y... Ugh, ni siquiera sé cómo describir esta sensación. Sí, es cálido y húmedo, pero eso no hace justicia a lo *bien* que se siente.

Me estoy derritiendo. Mi interior se ha calentado tanto que no queda nada más que hacer que follarme.

Ya no me importa quién me mira desde fuera del edificio del hotel, o si mis piernas son lo suficientemente fuertes para soportar mi peso. Me dejé ir y puse mi peso sobre los brazos robustos de Mateo. —Puedes irte a la cama si quieres, Elena —dice Mateo. —Sin embargo, yo me quedaré acá. Pero eres libre de irte.

¿Está bromeando? Como si pudiera alejarme de esto. Incluso hablar se ha convertido en una lucha. Ambos sabemos que no voy a ir a ninguna parte.

Aunque Mateo no me retiene con sus manos, su boca me ha encarcelado. En lo único que puedo concentrarme es en su lengua alrededor de mi clítoris haciendo círculos cada vez más intensos.

Antes de saber lo que estoy haciendo, pongo mi mano en su cabeza y siento sus pequeños movimientos bajo mi palma.

Mateo Brusick. El genio de Wall Street que ha hecho una fortuna en la bolsa con sus audaces movimientos. El multimillonario que dirige una gran y exitosa compañía de administración de fondos de cobertura. Ese es el hombre arrodillado entre mis piernas ahora mismo, volviéndome loca.

Mis gemidos se hacen más fuertes a medida que la hábil lengua de Mateo juega con mi clítoris, frotándome sin piedad. La hora para burlarse se acabó, y ahora habla en serio.

Cada pequeña célula de mi cuerpo resuena, esperando que Mateo dé el golpe final. Mis músculos se tensan.

Y entonces, llega.

Comienza con una explosión en mi interior, que se extiende por todo mi cuerpo, hasta la parte superior de mi cabeza y las puntas de mis pies. Los escalofríos me atraviesan, y sólo puedo soltarme, confiando en que Mateo no me dejará caer.

A medida que desciendo de mi clímax, Mateo me sostiene mientras controlo mi respiración y recupero el equilibrio.

—Ese fue un desayuno delicioso, Elena —dice Mateo mientras se levanta y se limpia la humedad de su cara. —Necesito volver a la oficina ahora, pero puedes quedarte aquí el resto del día. Puedes pasar la noche también, si quieres.

—Oh... Umm... Gracias. —No se me ocurre nada mejor que decir, lo que me hace sentir tonta.

Pero, por otra parte, no es como si pudiera haberme preparado para esta situación buscando en Google "qué decirle a mi jefe después de que me hace sexo oral en un hotel" para que me dé sugerencias.

Me siento pequeña y vulnerable después de mi orgasmo violento. El hecho de que esté desnuda sólo magnifica mis sentimientos de autoconciencia.

Mateo aún lleva puesto su traje, chaqueta y todo eso. Excepto por unos cuantos pliegues más en las rodillas, parece perfectamente respetable.

Yo, en cambio.... Mi frente está salpicada de sudor, mis mejillas están enrojecidas y mi ropa está esparcida por todo el suelo.

Antes de que pueda controlarme, Mateo abre la puerta. —Hasta mañana, Elena.

Con eso, se va, dejándome desnuda y aturdida en una habitación de hotel de lujo completamente desconocida.

Cualquier idea de que esto va a seguir siendo estrictamente un trato de 'bebé por dinero' se ha evaporado.

Quiero decir, ¿qué tiene que ver eso con tener un bebé juntos? A menos que me haya informado mal, no es así como se hacen los bebés.

Sin embargo... no puedo decir que no me haya gustado. Me encanto, inmensamente. Y ya estoy deseando que se repita.

No sé cómo me voy a sentir después de que nazca el bebé y las cosas entre Mateo y yo lleguen a su fin.

Tal vez me parezca bien. Admito que es difícil cuando Mateo insiste en ser tan encantador y al mismo tiempo también es un amante generoso. Es una combinación letal y tal vez soy más débil de lo que temía.

O tal vez sólo estoy buscando excusas para mantener este loco plan en marcha, sólo porque no he tenido suficiente de él. Quizás estoy ignorando una gran señal de advertencia. Podría ser un error bajar la guardia y divertirme un poco con este trato.

Pero al preparar un baño caliente en la lujosa suite, no me doy cuenta de ninguna de las ideas que se me ocurren. Estoy haciendo esto por razones que ya no entiendo.

Es como antes, cuando Mateo me tenía atrapada contra los cristales de la habitación mientras estaba presionando sus labios contra mi vagina. Me ha hechizado, y ahora no puedo juntar la energía ni las ganas necesarias para marcharme. Ni siquiera quiero hacerlo.

Sumerjo mi mano en el agua caliente y espumosa de la Betsy.

Todo va a estar bien. Después de todo, eso era solamente sexo, ¿verdad?

Y sólo hay una regla: no te enamores.

MATEO

Aunque mi matrimonio fue un desastre, una cosa que me alegro de haber hecho fue el ajustar mi horario para así tener un equilibrio entre el trabajo y la vida privada.

Después del divorcio, habría sido fácil para mí volver a caer en viejos patrones y empezar a trabajar demasiado. Sabía que volver a ese ritmo de vida no iba a ser lo más saludable para mí, así que me resistí a la tentación de quedarme en mi escritorio más allá del horario tradicional de oficina.

El trabajo puede ser una distracción que consume mucho si se lo permites.

Puedo desentenderme del mundo cuando analizo los estados financieros y los movimientos del mercado, llegando al punto en el que solo veo estimaciones y cifras, y las cosas que no son lógicas como los sentimientos se olvidan.

Siempre hay trabajo por hacer. Nunca termina cuando eres tú quien dirige el negocio. Siempre se pueden llevar a cabo más proyectos, contratar a más personas y ampliar las operaciones.

A diferencia de otras adicciones, el adicto al trabajo es recompensado socialmente. La gente que trabaja hasta el punto de la obsesión tiende a ser buena en lo que hace. Y cuanto más lo hacen, más reciben: dinero, mujeres, mansiones, yates, coches rápidos, y la lista continúa indefinidamente.

Si eres lo suficientemente bueno en lo que haces, puedes comprar lo que quieras.

Pero ya he comprado todos los juguetes que siempre he querido. Lo único que no tengo es una familia propia.

Una vez pensé que finalmente iba a tenerlo todo. Una esposa y unos cuantos hijos habrían hecho mi vida un completo éxito.

En cambio, Sabrina tuvo que mandar a la mierda todos mis sueños.

Todavía no puedo creer que me haya perdido todas las señales y evidencias que me decían que ella era una simple caza fortunas. Mirando hacia atrás, ella no ocultaba con mucho reparo su amor por el dinero y no por

la familia.

Todos esos cumpleaños en los que pedía joyas abultadas en diamantes. Todas esas cenas en las que iba a por los platos más caros del menú. Todas esas veces que ella tomó el jet privado para ir de compras por todo el mundo, dejándome sin medios para viajar por mi trabajo, lo cual, por cierto, era lo que financiaba su costoso estilo de vida.

Pero a ella no le importaba. Lo que Sabrina quería, Sabrina lo consiguió. Incluso si tuviera que saltarme reuniones importantes y perderme ofertas multimillonarias por su culpa, a ella no le importaba. Solo le importaba su beneficio propio.

Cuando finalmente nos divorciamos, incluso con el gran trato que recibió, ella insistió en vaciar mis cuentas bancarias y reventar las tarjetas de crédito a mi nombre. Por suerte, tenía un gran equipo de abogados vigilando mi espalda.

Ahora suena obvio darse cuenta de que sólo me estaba usando, pero en ese momento no pude verlo.

Hubo momentos en que no era completamente egocéntrica, y la mantuve estúpidamente en mi vida durante esos raros momentos. Y entonces, ella me dejó tan pronto como nuestro matrimonio llegó a los tres años, que fue cuando recibió el gran pago, de acuerdo con nuestro acuerdo prenupcial.

Sí, lo sé, fue una cagada. Fui un imbécil.

Pero estoy más enojado conmigo mismo que con Sabrina. Fui increíblemente estúpido. En realidad, pensé que me amaba. Nada más lejos de la realidad.

¿Quieres saber cuál es la verdad?

Me llevó un tiempo aceptar que siempre voy a ser un objetivo tentador para este tipo de mujeres. Con mi riqueza y mis ganancias comerciales publicadas en los periódicos todo el tiempo, es casi como si alguien me hubiera pintado un blanco en la espalda.

Aunque no me pudo quejar de todo. Toda esa publicidad es buena para los negocios, incluso para los negocios como el mío.

Así que a pesar de mi molestia por lo entrometida que puede ser la

gente, sonrío y la soporto. Es sólo una parte de mi gran trabajo. Buena o mala, es parte de lo que debo aguantar. Nadie es completamente feliz con su trabajo, ¿verdad?

Pero por mucho que me guste mi trabajo, ya he tomado la decisión de trabajar menos y vivir más. Sé que eso es lo más saludable, con o sin esposa.

Sin embargo, no siempre es fácil atenerse a ese plan, especialmente después de un duro divorcio.

Traté de meterme en la lectura de novelas de variados géneros, pero los libros que elegí estaban invariablemente relacionados con mi trabajo, y el objetivo era pasar menos tiempo trabajando. Además, los autores de esos libros probablemente no estaban ganando tanto dinero como yo, así que ¿por qué debería preocuparme por lo que estaban diciendo?

No. Necesitaba algo de interacción humana para distraerme.

Así que empecé a pasar más tiempo con mis padres. Y sigo haciéndolo hasta ahora, dos años después del divorcio.

Presiono el timbre y me paro en el jardín mientras espero a que mamá abra la puerta.

—Te traje un poco de vino. —Sostengo las tres botellas por sus delgados cuellos.

Mamá me quita una de las botellas de las manos, obviamente preocupada de que se me caigan en las tablas de madera de su piso.

—Nunca había visto esta marca antes. —La mamá revisa la botella con sus manos. Se baja las gafas de lectura de la percha que tiene en la parte superior de la cabeza, lo que hace que se le caigan algunos mechones de pelo sobre la frente. Su boca se mueve mientras examina la escritura. —Todo está en francés.

—Lo compré en Francia. Por supuesto que está en francés. —Empujo la puerta para que se abra más y me deslizo hacia adentro.

Mamá cierra la puerta detrás de ella y me sigue. —¿Otro viaje de negocios?

—No. —Vi a papá acostado en el sillón frente al televisor. —Hola, papá. Veo que estás tomando en serio el consejo del médico de descansar. —

Me siento en uno de los sofás y coloco las botellas de vino en la mesa del comedor.

—Oh, ni siquiera me hagas recordar eso —dice mamá al entrar a la espaciosa sala de estar. —Ayer intentó cortar el césped. Tuve que amenazarlo, diciéndole que vendería la cortadora de césped si la tocaba. No creo que haya nadie más en el mundo que se emocione tanto pensando en volver a arreglar cosas en la casa después de estar tan grave en el hospital.

Papá me sonrío. —Ya sabes cómo soy. Quedarme quieto me pone nervioso. Me siento como una persona enferma.

—Eres una persona enferma —le advierte mamá.

—Sí, pero no me siento mal" Papá contesta.

—Prueba cortando el césped y verás lo enfermo que te sientes después de cinco minutos afuera. Ya oíste lo que dijo el doctor. Necesitas descansar mucho.

—No me mires —digo cuando papá me mira en busca de apoyo. —No voy a ir en contra de los médicos y menos en contra de mamá. Te quiero papá, pero como diría un gran amigo... haría cualquier cosa por amor, pero esto no lo haré.

—Mira lo que Mateo nos compró —dice mamá mientras le ofrece la botella a papá.

Al igual que mamá, papá se pone sus gafas de lectura y comprueba la etiqueta. Excepto que reconoce el nombre de la viña.

—No sabía que importaban estos vinos —dice frunciendo el ceño, con los ojos fijos en la etiqueta, como si no pudiera creer que está sosteniendo lo que está en sus manos. —He estado buscando este vino por todas partes.

—Lo sé. Mamá me dijo que planeabas visitar la bodega. —Me abstengo de decir "después de que te jubiles —porque papá no ha estado trabajando durante unos días, y sé que está deprimido por eso. No lo dice, pero probablemente le preocupa que no se recupere lo suficiente como para volver a trabajar.

Todos sabemos que papá probablemente se está muriendo. Claro, está el examen médico, pero es poco probable que funcione.

Como una cuarta persona en la habitación, la Muerte se sienta cerca de nosotros mientras charlamos. Está escuchando, esperando el momento adecuado para atacar. Extrañamente, hace que nuestra reunión se sienta menos privada, sabiendo que en cualquier momento podríamos necesitar invitar a una horda de paramédicos a nuestra sala de estar.

Aun así, no hablamos de ello. No es muy grato hablar de la probabilidad real de que papá muera.

Tal vez tengamos miedo de tentar al destino si hablamos de ello. O quizás sabemos que no hay nada que podamos hacer al respecto y preferimos tratar de disfrutar del poco tiempo que tenemos juntos.

—¿De dónde sacaste este vino? —Dice papá, todavía inspeccionando la botella como si fuera un detective, revisando hasta el más mínimo detalle en búsqueda de una pista como si de eso dependiera el resolver un asesinato. Casi puedo ver la gorra de caza en su cabeza y la pipa de fumar colgando entre sus labios.

—Del sur de Francia —le digo.

Mis padres no pueden ir allí por sí mismos debido a la enfermedad de papá, pero al menos pueden disfrutar del vino.

—¿Otro viaje de negocios? —pregunta.

—Sí, papá. Tenía negocios en ese pueblo rural olvidado por el tiempo. La tienda de comestibles más grande de la ciudad estaba con todos sus productos en oferta, por lo cual me lo pude permitir. —respondo sarcásticamente con una gran sonrisa.

—Que bien hijo, siempre tan ahorrador —dice papá, riéndose. Tose, y mamá frunce el ceño con una mirada de preocupación en la cara. Cuando deja de toser dice: —Gracias por el vino, pero no tenías que hacerlo.

Hace unos años, papá habría empezado a darme lecciones sobre el valor del dinero cada vez que lo gastaba de una manera que él veía como "imprudente. —En estos días, se ha calmado. Me pregunto si sabe que no le haré caso de todos modos, o si se está haciendo viejo.

—¿Listos para almorzar? Los llevaré a un lugar que les encantara" Pregunto.

Lleva un tiempo que todos se sienten en el auto, sobretodo el acomodar la silla de ruedas que le compré a papá. Pero pronto llegamos a su restaurante favorito del vecindario, un restaurante italiano que hemos estado frecuentando desde que tengo memoria. Como siempre, mamá pide los espaguetis al pesto, mientras que papá pide la pizza de pepperoni. Estoy comprando la mejor maldita lasaña del mundo; juro que ni siquiera Roma tiene mejor pasta.

La comida es buena, el vino es aún mejor de lo que mis padres esperaban, y por lo que dicen, es tan agradable como un almuerzo puede ser, cuando uno de nosotros se está muriendo.

Y entonces aparecen los paparazzi.

Al salir del restaurante, un enjambre de reporteros se apiña y nos ponen los micrófonos en la cara.

—Mamá, lleva a papá al auto —le digo mientras suelto las manijas de la puerta del local. Levanto la mano para llamar la atención de los reporteros y dejo que se reúnan a mi alrededor. —Mi padre está enfermo, así que les agradecería que dejaran a mis padres fuera de esto. No tengo mucho tiempo porque me están esperando, pero puedo responder un par de preguntas antes de irme. Rápido.

—¿Ha oído hablar del aumento del precio de las acciones de FusionMetrix? —pregunta un periodista.

Mierda. Esas son malas noticias. Tengo un gran déficit de acciones y perdería una fortuna si el precio sigue subiendo.

Pero eso puede esperar hasta que vuelva a la oficina. No hay mucho que pueda hacer desde aquí.

—Somos conscientes, por supuesto, y ya se nos están ocurriendo estrategias para afrontarlo. —No es una mentira completa. Estoy seguro de que la gente de la oficina lo tiene cubierto. Sólo contrato a la creme de la creme. Por eso mi negocio es tan exitoso.

—Mateo, hemos visto a una mujer entrando en un hotel del centro contigo. ¿Quién es ella? —pregunta una reportera. A juzgar por su pregunta, probablemente es de una revista de chismes.

Siempre parecen tener un fotógrafo o dos siguiéndome, e incluso más cuando algo sucede con mis inversiones porque saben que voy a aparecer en muchos de los medios de comunicación más importantes y también quieren captar algo de ese interés.

Un noticiario de farándula no es el tipo de publicación al que suelo prestar atención. Bajo circunstancias normales, ignoraría a esta mujer. No me importa lo que la gente piense de mí como persona. Todo lo que importa es que me vean como un inversionista competente y exitoso en quien pueden confiar su riqueza.

Pero esto es diferente.

Se suponía que tenía que mantener las cosas con Elena en secreto. Mi plan era contarles a mis padres sobre el bebé después de que Elena quedará embarazada, sin darles mucha información más allá del hecho de que el bebé es mío.

No quiero que intenten encontrar a Elena y convencerla a que les cuente sobre nuestro trato. Sé que no debo enredarme con una mujer, menos en este momento, especialmente cuando se trata de compartir algo como dinero, un jet privado o un bebé.

Así que no quiero que nada, ni la más mínima pista sea rastreada hasta Elena. Dejar que forje una relación con el niño significa crear un lugar vulnerable que puede ser usado como arma en mi contra.

Ahora parece simpática, pero ¿quién sabe cómo se comportará después? En diez o veinticinco años podría volverse desesperada o simplemente codiciosa. ¿Y qué va a impedir que me chantajee?

Nada. Eso es lo que pasa.

Así que Elena tiene que desaparecer cuando el bebé ya no la necesite. Cuando eso ocurra, tampoco la necesitaré. Y lo ideal es que ni el bebé ni yo volvamos a saber de ella.

La punzada que siento en mi pecho al pensar estas cosas me sorprende. Pero no me estoy desviando de mi plan original. Sé lo que pasa cuando pongo mis esperanzas en una mujer, y no voy a repetir ese error otra vez.

—Ella es sólo alguien que trabaja para mí —le respondo al reportero. —

Ahora, si me disculpan, mis padres me están esperando. Gracias.

ELENA

—¿Ya estás en la estación de metro? —Incluso por teléfono, la voz de Mateo tiene la misma autoridad de siempre. Este es un hombre que sabe lo que quiere y siempre lo consigue.

—Sí. —Mantengo mi voz suave mientras hablo a través de los manos libres de mis auriculares. Me preocupa que los otros viajeros vayan a oírme.

Por suerte, ya pasó la hora pico de la mañana. Me acompañan un montón de turistas, estudiantes universitarios y ancianos en el vagón. Un grupo de tres personas está tocando una alegre canción con guitarras y un acordeón.

Normalmente me gusta ver a la gente cuando hay música en lugares públicos. Me gusta ver a todo el mundo sincronizándose al ritmo de los instrumentos mientras la gente pasa. Pero ahora mismo, no puedo concentrarme en nada más que en la voz de mis oídos.

—Bien —dice Mateo con maldad que gotea de esta palabra inocua.

Jadeo cuando el pequeño juguete dentro de mí comienza a vibrar. Es un zumbido bajo, lento y silencioso, pero envía una sacudida por todo mi cuerpo. Si, Mateo me regalo un vibrador que se controla a la distancia, y él es quien lo controla a la hora a la que se activa y también intensidad de la vibración.

Sé que Mateo está sosteniendo el controlador ahora mismo y escuchando cada una de mis respiraciones, y el pensamiento me vuelve loca de excitación. La humedad se me escapa y se me moja la ropa interior.

Cuando llegué a la oficina esta mañana, Mateo me dijo que volviera a casa porque hoy tiene mucho trabajo.

Estaba a punto de reclamar, pero de repente se levantó de su asiento, se acercó, me dio un beso apasionado y metió su mano en mi ropa interior. Para luego sentir que algo frío se acomodaba en mi vagina. Cuando me di cuenta de que era un vibrador, ya estaba jadeando y agarrándome a sus duros bíceps.

El juguete sexual que Mateo puso en mi entrepierna es largo y cilíndrico, y está alojado dentro de mí, mantenido en su lugar por mis bragas.

La parte del juguete que sobresale de mí yace sobre mis labios vaginales y estimula mi clítoris.

—Eso suena parecido a un tren —dice Mateo por teléfono.

—Lo es, estas en lo correcto. —Me muerdo el labio inferior para sofocar un gemido.

Considerando el montón de cosas raras que pasan todos los días en las estaciones de metro y trenes de toda la ciudad, una mujer que lleva un vibrador entre sus piernas y que va rodeada de personas que viajan diariamente al trabajo no levantaría demasiadas sospechas.

Sin embargo, estoy nerviosa. Ni siquiera es parte de nuestro acuerdo que tenga que seguir todas sus demandas y deseos sexuales.

Pero esto ya no se trata del acuerdo.

Hay algo especial con Mateo. No puedo explicarlo, pero me pone tan caliente y molesta que haría

cualquier cosa por saberlo.

Es la forma en que me mira. La forma en que me habla.

—Sube al tren —ordena Mateo.

—Tengo que esperar al siguiente, este no me lleva a casa —digo, con la voz temblando de nervio.

Hablar es una lucha porque si no tengo cuidado, voy a sonar como si estuviera jadeando de excitación, y sería demasiado obvio para la gente que me rodea.

—Dije que te subas a ese tren —repite Mateo. —Te dije que te fueras a casa, pero no dije cuándo, ¿verdad?

—No —lo admito.

—Y el acuerdo también dice que tus horas son de nueve a cinco hasta que te quedes embarazada y te mudes conmigo.

Una parte de mí quiere decirle que el acuerdo no dice nada sobre actos sexuales que no tengan como objetivo un embarazo. Pero a otra parte de mí no le importa; mi cuerpo está palpitando y goteando de excitación, dispuesta a hacer cualquier cosa que Mateo ordene.

Así que me subo al tren.

Camino despacio. Mis piernas se sienten débiles y sé que en cualquier momento Mateo podría aumentar la intensidad de las vibraciones y hacer esto aún más difícil para mí.

Elijo uno de los asientos vacíos ubicado cerca de las ventanas del vagón. Cuando mi culo se ubica en la superficie dura y plástica del asiento, empuja el vibrador más profundamente dentro de mí. Miro hacia abajo para ocultar mi cara a medida que mi respiración se hace más pesada.

—Vale. Me estoy sentada —le digo, jadeando por teléfono. Sé que está escuchando. Probablemente puede sentir la excitación en mi voz.

—Bien —dice Mateo. —¿Estás mojada?

—Sí.

—Ojalá pudiera estar ahí para observarte. Me sentaría justo enfrente de ti y te vería retorcerte en tu asiento. Y si no fuera por estas malditas reuniones, te llevaría a un lugar tranquilo para poder hacer aún más que solo mirar. Apuesto a que estás completamente empapada ahora mismo.

Mi vagina se aprieta alrededor del vibrador dentro de mí mientras imagino a Mateo embistiéndome salvajemente una y otra vez. No puedo esperar.

—Aún recuerdo cómo te retorcaste por mí la semana pasada, Elena. Sólo pensaba en lo dulce que sabías y lo mojada que debes estar ahora mismo... —Mateo emite un gemido sexy que me hace querer derretirme en el asiento.

Pero soy una mujer adulta con autocontrol y no quiero llamar la atención. Así que escucho con frustración las sucias palabras de Mateo, tensando todos mis músculos para no hacer movimientos extraños en mi estado de extrema excitación.

—Espero que haya algo a lo que puedas aferrarte, Elena —dice Mateo —, porque este va a ser un viaje agitado.

Echo una mirada a mi alrededor. Si me muevo tres asientos a la derecha, hay un poste del que puedo agarrarme. Pero estaría sentada justo al lado de la puerta, por donde la gente entra y sale del tren.

Así que mantengo la mirada baja y agarro el borde de mi asiento con

ambas manos. Mis nudillos se vuelven blancos a medida que las vibraciones en mi coño crecen y crecen hasta que un escalofrío me atraviesa.

—¿Acabas de irte? —pregunta Mateo. Sin duda nota un cambio en mi respiración.

—Sí.

—Buena chica.

Suspiro con alivio mientras las vibraciones se disipan. A medida que desciendo de mi clímax, el calor se apodera de mi cuerpo, probablemente tanto por el orgasmo como por la vergüenza.

—Eso fue increíblemente sexy. Me has dejado duro como una piedra, Elena. No puedo esperar a mañana —dice Mateo antes de terminar la llamada.

Tengo que bajarme en la siguiente estación y hacer un largo desvío para finalmente llegar a casa. En el camino, sigo esperando que el vibrador empiece a moverse de nuevo, pero resulta que Mateo *está* bastante ocupado con sus reuniones.

Me pregunto cuándo vamos a tener nuestro encuentro sexual finalmente.

Técnicamente, si seguimos haciendo esto para siempre y nunca tenemos un bebé, no hay fecha límite para este arreglo.

¿O sí lo hay? No recuerdo exactamente cómo están redactadas las cosas en nuestro contrato.

Supongo que por eso no soy abogado. El lenguaje demasiado enrevesado me desconcierta. Prefiero la prosa simple de las novelas románticas, de las que no interfieren con la narración.

Tan pronto como abro la puerta de mi apartamento, salgo corriendo al baño. Saco el vibrador, que está recubierto de mis jugos, y me limpio.

Cuando termino, me dirijo a la sala de estar y me dejo caer sobre sofá barato que decora el lugar. Es lo suficientemente largo para acomodar mi cuerpo. Me acuesto y me estiro tranquilamente.

Es mediodía. Van a pasar otras seis horas hasta que Julia llegue a casa. Aunque estoy en casa temprano comparado con mi día normal de trabajo,

estoy exhausta.

Supongo que mi próximo reto es: no moverme de este sofá hasta que Julia llegue a casa. Sí, eso es realista, alcanzable y medible. Todos signos de una buena meta.

Alzo mi mano sobre la mesa de café y tomo una revista al azar de la colección de Julia.

Hmm.... Revista Famosos VIP. No es una mala elección para una lectura perezosa, supongo....

¿Leonardo DiCaprio tiene un nuevo amor? ¡De ninguna manera!

Con impaciencia abro la revista, buscando la historia de la portada. Pero antes de encontrarla, veo algo que hace que se me hiele la sangre.

¿Qué demonios...?

¿Ese es...Mateo?

¿Y esa soy... yo?

De ninguna manera...

Julia me lo hubiera dicho... ¿cierto?

Julia compra una tonelada de revistas, y a veces las deja apiladas en la mesa durante días hasta que finalmente las lee todas de una sola vez. Así que es posible que aún no lo haya visto.

Pero eso no es lo que importa en este momento.

No hay duda de que el cuerpo ancho y sólido junto con esos ojos azules y sonrisa malvada mezclada con arrogancia es de Mateo.

Es habitual verlo en los medios de comunicación, así que no me sorprende ver sus fotos aquí, excepto que creo que también reconozco a la mujer que está a su lado. Y creo que hay una alta posibilidad de que ella pueda ser... yo.

Julia dice que las faldas ajustadas hacen que mi trasero se vea bien. Ahora que por fin estoy viendo fotos mías por detrás, tengo que agradecerle por hacerme comprar un montón de ellas cuando conseguí este trabajo de oficina.

Reconozco el de encaje blanco que usé cuando fuimos a Francia. También reconozco mi blusa rosa.

Y mi pelo rubio en un simple y práctico bollo.

Esta foto fue tomada en el aeropuerto, cuando estábamos a punto de abordar nuestro vuelo. El brazo de Mateo se envuelve posesivamente alrededor de mi cintura, su mano fuerte se ve grande en mi cintura estrecha. Al lado del imponente marco de Mateo, me veo pequeña y delicada.

Le echo un vistazo al artículo. Contiene citas de "un amigo cercano de la pareja" y "un espectador. —Una excelente pieza de periodismo.

Mi corazón se acelera a medida que sigo leyendo, esperando leer mi nombre cada vez que paso a la siguiente línea. El artículo también menciona un 'avistamiento reportado' en un hotel local, aunque no hay imágenes de eso, gracias a Dios. Y no se menciona mi nombre en absoluto.

Estoy a punto de dar un suspiro de alivio cuando llego al último párrafo, donde leo una frase que salta de la página y me apuñala en el corazón.

—Ella es sólo alguien que trabaja para mí. —Eso es lo que Mateo dijo de mí.

—Si. —Dice Mateo— justo ahí. —No hace referencia una 'fuente confiable'.

Él dijo eso. Sólo soy alguien que trabaja para él.

Quiero decir, no está equivocado. Mateo tiene todo el derecho a decir eso. Yo trabajo para él.

Lo que me confunde es... ¿Por qué dolería saber que eso es lo que piensa de mí?

Se suponía que esto iba a ser por un intercambio de servicios. Bebé por dinero. Vale, entonces la parte del 'bebé' no ha pasado todavía, pero estamos llegando a ella.

Lo que quiero decir es que esto *no* debería herir mis sentimientos. Porque Mateo y yo nunca nos preocupamos por los sentimientos, sólo por el sexo. Oh, y el bebé también.

Pero tal vez no sea una reacción tan extraña... Quiero decir, si Julia

dijera de repente que sólo soy alguien con quien vive, también me sentiría herida. Pero eso no significa que esté enamorada de ella, ¿verdad? Es sólo que somos un poco más que eso, y duele cuando eso no se reconoce.

Sin embargo, no es que Mateo pueda reconocer la naturaleza real de nuestra relación en público. Ninguno de nosotros necesita esa clase de atención. Sólo perjudicaría nuestra reputación.

No puedo dejar de pensar en esa frase de la boca de Mateo. —Ella es sólo alguien que trabaja para mí. —Se repite una y otra vez en mi cabeza. Mi mente incluso lo re imagina en la voz de Mateo, tan vívidamente que se siente como si yo hubiera estado allí cuando lo dijo.

Cuando Julia vio la revista, me hizo preguntas y le di respuestas a medias. Le digo que no sé nada sobre lo del artículo de la revista, lo cual es obviamente no es cierto. Pero tampoco tengo ganas de hablar de esto, ni siquiera con ella.

Iba a mantener esta situación como algo estrictamente de negocios y parece que he fracasado. Pero debo controlar esto antes de que alguien se dé cuenta.

A la mañana siguiente, aparezco brillante y temprano en mi viejo escritorio, justo enfrente de la oficina de Mateo.

Otro asistente personal está a cargo de las citas de Mateo y de todas las demás cosas administrativas, pero como Mateo le ha dicho que sólo estoy temporalmente fuera de servicio para ayudarlo con cierto proyecto, ella se queda en su antiguo escritorio. Mi escritorio está vacío.

En cuanto aparezca Mateo, lo seguiré a su oficina.

No cometeré el error de entrar en su oficina sin él otra vez. La primera y única vez que lo hice, terminó leyendo mis sucias fantasías.

—Llegaste temprano, Elena —dice Mateo mientras entra a su oficina. —¿Me extrañas?

Le arranco la mirada de su lindo trasero y tomo mi asiento. No es momento de pensar en cosas sucias. Necesito tener una charla seria con él.

Pero mientras los dedos de Mateo se desabrochan el traje antes de sentarse, no puedo evitar imaginarme que se quite más botones hasta que esté

desnudo ante mí, o que *me* desabroche los botones y se suba encima de mí.

—Ayer fue un día caluroso —dice Mateo mientras se inclina hacia adelante en su silla y apoya sus manos en el escritorio entre nosotros.

El deseo brilla en sus ojos mientras su mirada acaricia mis caderas y mis tetas. Su mandíbula se aprieta a medida que su mirada se vuelve más obscena.

Él sonrío.

—No podía dejar de pensar en ti, sentada en el metro y acabando por mí, con gente a tu alrededor —dice. —Quería recogerte después del trabajo, pero eran más de las cinco y eso habría ido en contra del acuerdo.

El acuerdo. Cierto. De eso es de lo que he venido a hablar.

—¿Estabas mojada cuando llegaste a casa, Elena? ¿Jugaste contigo misma? —pregunta Mateo. —Anoche estuve duro como una roca, y pensé en ti cuando...

—Llegué a casa ayer... —Le corté el paso antes de dejarme llevar por las cosas asquerosas que dice. Me doy cuenta de que mi voz suena chirriante y me aclaro la garganta. —Llegué a casa ayer y vi mis fotos en una revista. Luego me conecté a Internet y vi más fotos mías -y tuyas, juntas- en los blogs de chismes de celebridades.

Mateo no parece sorprendido. —Pensé que iban a llegar a los kioscos locales pronto.

—¿Así que admites que sabías de esto? —Pregunto. Por supuesto que ya sé que habló con al menos un reportero.

—He sido abordado por algunos reporteros —dice con calma.

—¿Y no pensaste en decírmelo?

Mateo se encoge de hombros. —Tengo periodistas que me hacen preguntas todo el tiempo. No tenía ni idea de que esperabas que te informara de cada encuentro. Además, no creo que sepan quién eres.

—Pero tienen mis fotos —digo con incredulidad.

—Tomado con una cámara a larga distancia. Eso no se puede evitar, a menos que quieras vivir escondida. —Mateo se detiene mientras considera

sus propias palabras. —A veces me olvido de que la vida personal de todos se ofrece regularmente para el consumo público. Lo siento.

Estaba listo con un contraargumento para sus excusas. Iba a decirle que el acuerdo dejaba perfectamente claro que mi anonimato debía ser protegido.

Pero a pesar de su reputación despiadada de destruir negocios que no le gustan, Mateo respeta los contratos una vez que los ha firmado. Por mi corta temporada como su asistente personal, sé que hace todo lo posible para cumplir con sus obligaciones.

—Debería esforzarme más por proteger tu privacidad —continúa Mateo. —Podemos quedarnos aquí en la oficina si quieres. Eso significa que nadie nos verá juntos afuera.

—Eso suena bien. —Estaba a punto de sugerir algo similar, pero parece que no tendré que hacerlo.

—O puedes mudarte conmigo antes. —Mateo atrapa mi mirada con una sonrisa sesgada en sus labios.

—¿Qué tal esta noche?

MATEO

—Hummm... probablemente no sea una buena idea —dice Elena mientras está sentada allí, toda bonita y tentadora.

—Está bien. Fue sólo una sugerencia. —Me encogí de hombros.

No sé por qué le pedí que se mudara antes. Es una mala idea.

Pero tal vez tenga algo que ver con el hecho de que me quedé despierto sólo para masturbarme pensando que Elena venía por mí. ¿Qué tan jodido es eso? Ni siquiera miré un video porno.

—¿Así que nos quedaremos en la oficina de ahora en adelante? —pregunta de nuevo.

—Claro. Si eso es lo que hace falta para darte paz mental —digo yo, proyectando un aire de calma y agrado.

Por dentro, me sorprende que no use esto como arma para sacarme más dinero.

Supongo que estoy algo cansado de mis tratos con Sabrina.

A pesar de que ha obtenido más dinero del divorcio del que podría necesitar, todavía me llama de vez en cuando, pidiendo más.

Hace todo tipo de amenazas sin sentido. Una vez dijo que iba a hacer una declaración a los medios de comunicación sobre cómo le había dicho que mi negocio se estaba cayendo a pedazos, pero por supuesto que ese tipo de 'noticias' sólo llegaron hasta las portadas de revistas de chismes. Las publicaciones serias probablemente le pidieron pruebas y no se le ocurrió nada, así que se acabó.

Ya nunca le prestó atención.

He bloqueado su número y la he dirigido al departamento legal. Richard puede lidiar con ella... Le molesta muchísimo que ya no pueda molestarme directamente, lo que por supuesto significa que fue el movimiento correcto.

Otra cosa que hice de la que estoy orgulloso, fue sacar los lingotes de oro y las joyas de la caja de seguridad del banco.

Según el gerente de la sucursal, Sabrina y su abogado llegaron allí media

hora antes de que abriera el banco, y no lo creí hasta que vi las grabaciones de seguridad. Para ella, la puntualidad sólo importaba cuando se trataba de dinero, aparentemente.

Le exigió al gerente del banco que le abriera la puerta temprano, entró a la bóveda tan pronto como él se lo permitió y sólo encontró una nota mía en la caja.

La nota decía: —El que es codicioso siempre está en la búsqueda de la victoria. —Corto, sucinto y elocuente, pensé.

Sabrina no lo apreció, pero el gerente del banco se rió del trozo de papel el cual arrugó y lanzó por los aires.

Me alegro de haber terminado con ella.

No me arrepiento de haber perdido el dinero. He aprendido una lección importante de mi negocio. A veces hay que perder algo de dinero hoy para evitar perder aún más en el futuro.

Lo que realmente me irrita, sin embargo, es la sensación de que me ha hecho quedar como un tonto, y la verdad es si lo fui. Creí a ojos cerrados en sus engaños y mentiras.

Ahora tengo que evitar ponerme en esa posición de nuevo. Porque si sigo haciendo las mismas cosas una y otra vez, me veré atrapado en el mismo error.

Como diría mi querido abuelo, - Así no es como un Brusick maneja las cosas. Un verdadero Brusick aprende rápidamente y hace lo correcto-.

Si me ablando, terminaría casándome con diez mujeres y siendo estafado por las diez. Y luego me retiraría en la pobreza, como mi tío.

¿Qué estaba pensando cuando le pedí a Elena que se mudara conmigo cuando aún no es necesario? Ya me estoy desviando del guion por.... bueno, haciendo cosas que no darán como resultado un bebé.

El problema es que el contrato dice que no tendremos sexo una vez que Elena quede embarazada, lo que parecía razonable en ese momento. Pero una vez que la desnudo, una vez que miro sus suaves y deliciosas curvas, no puedo evitar querer adorar su cuerpo. Quiero sacarlo, tomármelo con calma y grabar cada pequeño sabor en mi memoria.

Sí, lo admito. Estoy deliberadamente prolongando esto porque quiero tener su cuerpo para mí por un tiempo más. Me odiaré a mí mismo si me la cojo una vez y se queda embarazada de inmediato.

Pero es hora de ser un hombre. Es hora de ser un verdadero Brusick. Mi abuelo estaría orgulloso de mí.

Pero primero... un poco de diversión.

—Ven aquí, Elena —le digo lentamente.

Se levanta y camina alrededor del escritorio, sus caderas se balancean con cada paso delicioso. Ella no pronuncia una palabra, pero sus labios están separados por el deseo, y sus ojos verdes se oscurecen por la necesidad.

—Dime lo que quieres. —Me recuesto en mi silla y la miro fijamente. Me aseguro de que sepa que estoy vigilando cada movimiento que hace.

—Quiero que me beses —dice con una sonrisa nerviosa.

Golpeo mi mano en la superficie de mi escritorio y digo: —Siéntate aquí.

—¿Eh? —Elena mira los pedazos de papel esparcidos sobre el escritorio.

—Ya me has oído. Pon tu sexy trasero en el escritorio.

Elena mueve suavemente los pedazos de papel a un lado antes de sentarse delicadamente en el espacio que ha despejado.

—Acuéstate —le digo.

La aprensión y la lujuria brillan en sus hermosos ojos. Abre los labios para decir algo, pero sabe que va a disfrutar de lo que sea que le vaya a hacer.

Mis labios se convierten en una sonrisa. —No dijiste *dónde* querías que te besara. —Pongo mis manos en sus rodillas y las deslizo por sus muslos, subiendo el dobladillo de su falda.

—¿En los labios? —pregunta. Es curioso cómo su expresión me dice claramente que ya no sabe lo que quiere.

—No, Elena. Acuéstate y lo descubrirás. —La empujo hacia abajo con la palma de mi mano en su abdomen.

Ella cede cuando pongo mis labios en la parte interior de su muslo, dejando que mi aliento caiga sobre su piel. Con un suspiro, se rinde y se acuesta de espaldas sobre el escritorio.

Hoy no lleva bragas. Justo como le dije. Mierda. Esto se ha vuelto mil grados más caliente.

Presiono sus labios vaginales contra mi boca, me burlo de su apertura, lamo su humedad, y finalmente, froto su clítoris con mi lengua hasta que pierde el control de su propio cuerpo. Ella es tan receptiva, y me encanta ver cómo jadea por aire y se pone su cara se pone roja a medida que se acerca al clímax total.

Me da ganas de raptarla. Llévala de vuelta a mi cueva. Hay un instinto primitivo y antiguo dentro de mí, rugiendo a la superficie como nunca antes lo había hecho.

Me he estado conteniendo, pero ya no puedo hacerlo más. Me levanto de mi silla y me coloco entre sus piernas. Le abrí los muslos de par en par y empecé a jugar con mi cinturón.

Pero antes de que pueda soltar mi miembro aprisionado en mis pantalones, Elena se apoya en su codo y pone su mano sobre la mía. —Es tu turno de sentarte —dice con una sonrisa traviesa en la cara.

Acostada boca arriba ha estropeado peinado, pero creo que se ve mejor así, con el pelo más suelto y los labios húmedos y rojos como la sangre. Realmente sexy.

No puedo decir 'no' a esa oferta. Simplemente no puedo.

Claro, hay una voz dentro de mí que dice: —¡Hey, hombre! ¿Qué hay de lo de hacer un bebé? ¿Has olvidado lo que estamos tratando de hacer aquí?

Pero esa parte de mí no está funcionando ahora mismo. No, lo único que manda es mi enorme pene completamente duro que está tensando la tela de mis pantalones en este preciso momento.

Elena se levanta del escritorio y salta al suelo. Sus talones golpeaban las baldosas con agudos y fuertes golpes.

Con la palma de su mano, empuja suavemente contra mi pecho hasta que me apoyo completamente contra mi silla.

Ella se para entre mis piernas y se inclina hacia abajo, dándome una alucinante vista de sus suaves y cremosas tetas mientras su blusa cuelga. Me pilla mirando y me hace una sonrisa malvada. —Mis ojos están aquí arriba.

—Sí, pero tus tetas están ahí abajo. —Le devuelvo la sonrisa.

Elena se ríe suavemente y pone sus labios sobre los míos. Su beso es suave y gentil. Pero antes de que me pierda, ella se arrodilla y me mira a los ojos mientras sus dedos ágiles desabrochan mi cinturón y sueltan la bragueta.

Sus ojos se abren de par en par cuando me saca el pene completamente duro y palpitante. Ella me mira sorprendida. Ya he tenido esa reacción antes. Muchas veces antes.

Sin romper el contacto visual, me agarra el pene. Su lengua se desliza a lo largo de él hasta que envuelve sus labios carnosos alrededor del glande.

Maldita sea. Este no es el tipo de sexo que pensé que tendría con mi asistente personal.

Si alguien me hubiera preguntado cómo sería el sexo con ella, antes de que descubriera su escritura, habría pensado que era el tipo de mujer que meticulosamente rastreaba sus ciclos y sólo quería tener sexo cuando su organismo que estuviera en condiciones óptimas.

Pero cuando ella envuelve sus dedos alrededor de mi miembro y comienza a moverlos hacia arriba y hacia abajo, me doy cuenta de que la había juzgado mal. Tiene un lado increíblemente sensual que normalmente no muestra. Se siente como un privilegio poder verlo.

Y mierda, este es el sueño de todo hombre, tener a una chica guapa sirviéndole en el trabajo. En una película porno que me imagine, Elena me la chupaba mientras un cliente de negocios charlaba conmigo sobre estados financieros, y tal vez hasta se unía a nosotros. Pero esta es la vida real, mi vida real, y no comparto lo que es mío. Incluyendo a Elena.

Planeo penetrarla contra el escritorio. Pero cada vez que trato de sacármela de la verga, ella me chupa más fuerte y me lleva más profundo. No toma mucho tiempo para que este método me lleve peligrosamente cerca de mi límite.

Puedo sentir el semen hirviendo en mis bolas. Agarro el cabello de

Elena, un montón de pelo desordenado que parecía un nido de un ave, y hago un último intento a medias para detenerla. Pero como lo hizo antes, sólo aprieta su agarre alrededor de la base de mi pene y hace girar su lengua alrededor de la cabeza, y ya no puedo resistir más. La suelto. Exploté, disparando semen lechoso en su boca hasta su garganta.

Sé que no hay óvulos para fertilizar allí. Sé que no nos estamos acercando a tener un bebé.

No hay problema. La dejaré ganar esta ronda. Esa mamada valió la pena el retraso. Puedo esperar otro día.

Pero a medida que pasan los días, se hace evidente que ninguno de nosotros quiere cruzar esa línea.

Tenemos una química tan explosiva que no es difícil imaginar que Elena sienta lo mismo que yo. Obviamente, sólo encajamos. Y cuando cada encuentro se siente como el pináculo de la experiencia humana, es difícil hacer algo para ponerle fin.

Pero el tiempo corre, y no tengo mucho tiempo. Necesito terminar este estúpido enfrentamiento.

Dijo que mudarse *probablemente* no era una buena idea, ¿verdad? Lo que significa que sólo quería que la convenciera.

Lo sabía entonces, pero no sabía lo que quería. Ahora lo sé. La quiero no sólo en mi casa, sino en mi cama. Quiero que su cuerpo esté disponible para mí por la mañana cuando me despierto y por la noche antes de irme a dormir.

Sólo necesita un poco de persuasión. Y soy un maestro de la persuasión. *No tienes ninguna oportunidad, Elena.*

ELENA

—Todos los contratos pueden ser renegociados —dice Mateo, frente a mi escritorio.

—Sí. —Asiento con la cabeza, aunque no tengo ni idea de lo que está hablando. Pero sé que está llegando a algún lado, y probablemente sea mejor seguirle el juego.

—Obviamente tenemos un problema que resolver —dice. —Sabes de lo que estoy hablando.

—Ni idea.

Mateo levanta una ceja. —Vale... —Se detiene. —¿No hay nada sobre el contrato que quieras discutir?

—No.

—Hay una cláusula en el contrato que básicamente dice que el sexo termina después de quedar embarazada. —Mateo observa mi expresión mientras empiezo a entender lo que dice. Él sonríe. —Tengo un problema con esa cláusula. ¿Qué hay de ti?

—Bueno.... recuerdo esa cláusula, pero no creí que fuera a importar —le dije.

Mateo parece sorprendido. —¿Por qué dices eso?

A pesar de que Mateo obviamente también quiere seguir teniendo relaciones sexuales conmigo después de quedar embarazada, me siento vulnerable al tener que admitirlo ante él.

—Pensé que seguiríamos haciéndolo mientras se sienta bien —digo en voz baja. Me detengo un momento y añado: —He oído que el embarazo te pone muy caliente.

Mateo se ríe a carcajadas. Sus ojos azules brillan con más intensidad cuando está sonriendo.

Dios, se ve tan guapo cuando está así. Estoy viendo un lado de él que no veía antes de que firmáramos este acuerdo, y eso lo hace parecer cien veces más atractivo para mí. Y ya era irresistible antes.

—Sí —dice Mateo con una gran sonrisa que se extiende de oreja a oreja mientras se levanta y acecha alrededor del escritorio para acercarse a mí, "También he oído hablar de las hormonas del embarazo que ponen cachondas a las mujeres. Y, por supuesto, estaré encantado de ayudarte con eso.

—Uh.... ¿Gracias?

Mateo se ríe. —De nada. —Se para a la derecha de mi silla y se inclina hacia abajo, apoyándose con sus manos en mi reposabrazos. —Entonces, Elena, si eso no es un problema, ¿por qué has insistido en acabar conmigo en tu boca?

El calor se desliza por mi cuello y llena mi cara. Apuesto a que parezco un cangrejo hervido ahora mismo.

—No me malinterpretes —dice Mateo—, me encanta que tus lindos labios se envuelvan alrededor de mi verga. Abecés cuando estoy en casa, me masturbo pensando en ti, mirándome fijamente con mi verga dura dentro de tu boca.

Las palabras de Mateo sólo avivan el fuego en mi corazón. No puedo evitar pensar en Mateo con su puño afirmando su gruesa verga, fantaseando conmigo. Dios, sería un espectáculo para recordar.

—Me encanta cuando te tragas hasta la última gota de mi semen. Parece que lo disfrutas —dice Mateo.

—Lo disfruto. —Normalmente no me gusta hacer mamadas, pero con Mateo, es diferente.

En primer lugar, tiene la verga perfecta. Lo sé, lo sé, lo sé. No existe el pene perfecto porque cada uno de ellos es un mundo diferente. Pero Mateo tiene el Único y Verdadero mundo que necesito. Un mundo capaz de gobernarlos a todos. Es como describir la verga perfecta.

Es grande, grueso y duro como una roca. La piel aterciopelada, la cabeza esponjosa, las venas abultadas a lo largo de todo el pene... Es el espécimen perfecto y único en su clase.

Y los ruidos que hace.... Jesús, esos gruñidos y gemidos. Me persiguen por las noches y me obligan a bajar la mano entre mis piernas en la oscuridad.

Parece que ambos sufrimos por la noche cuando estamos separados. Tal vez su idea de vivir juntos no sea tan mala. Lo voy a hacer de todos modos tan pronto como me embarace. ¿Cuál es la diferencia si lo hacemos ahora?

Mateo se inclina más cerca y nivela su mirada hacia mí, mirándome directamente a los ojos como si tratara de leerme. —Me alegra oír que te gusta, Elena, porque a mí también me gusta. Pero dime una cosa, ¿por qué no hemos tenido sexo todavía?

—Oh. Yo... Uh... Estaba esperando a que... Umm... —Tartamudeo.

—¿Estabas esperando a que te lo pidiera, así como así? —pregunta Mateo.

—No —digo yo. Esta no es la forma más sexy de iniciar el sexo.

—Porque cuando me lo chupabas y yo te alejaba, lo hacías más difícil y me hacías venir. —¿Te importaría explicarlo? —Mateo me mira profundamente a los ojos, buscando respuestas. —¿Quizás te estas arrepintiendo? ¿Has cambiado de opinión sobre tener el bebé? Porque necesito saber si lo has hecho.

—No —respondo rápidamente. —No he cambiado de opinión. No me voy a echar atrás.

En todo caso, estoy deseando experimentar la magia del embarazo y el parto. No puedo esperar a ver cómo sería un bebé mitad Mateo y mitad yo.

—¿Entonces qué pasa? —pregunta de nuevo.

—Nada. —Levanto mi mirada para encontrarme con la suya. —Yo sólo... quería que... me... lo hicieras.

Puedo notar sorpresa en los rasgos faciales de Mateo. Sus ojos azules se abren de par en par y sus cejas gruesas saltan y sus labios se acurrucan en una sonrisa sexy y hambrienta.

Ese es el depredador que he estado esperando. Sabía que se estaba conteniendo, y quería que desatara sus deseos más primitivos sobre mí.

Sin decir una palabra, Mateo rodea mi silla. Mientras mueve su mano a lo largo de mi reposabrazos, sus dedos rozan mi brazo y mi hombro.

Detrás de mí, Mateo se inclina hacia adelante hasta que sus labios casi

tocan el lóbulo de mi oreja. Puedo sentir su aliento caliente en mi cuello, y me pone la piel de gallina.

—Creí que habías dicho que no eras como la chica sumisa de tu historia.
—Mateo susurra.

—No pensé que lo fuera. Pero tal vez lo soy, sólo un poquito.

Siento una bocanada de aire caliente en la nuca mientras Mateo se ríe. Arrastra sus labios a través de mi piel, despertando mis terminaciones nerviosas con una fuerte dosis de puro placer.

Entonces es cuando Mateo dice: —Ahora estás en problemas, Elena.

¿Qué pasa ahora?

Mateo me agarra el pelo de la nuca y me da la vuelta para besarlo. Su mano libre viaja por mi frente, soltando mis botones uno por uno y me agarra las tetas antes de quitarme el sostén.

Con una mano tirando de mi pelo y la otra pellizcándome el pezón, Mateo dice: —Ponte de rodillas, Elena.

Los azulejos de mármol se sienten duros y fríos bajo mis rodillas, pero no es precisamente a eso en donde estoy prestando atención. Observo impaciente mientras Mateo se desabrocha el cinturón y los pantalones.

—Tócate, pellizca tus propios pezones —dice.

Todavía llevo puesta mi falda y sólo estoy desnuda por encima de la cintura. Por alguna razón, esto se siente más indecente que estar completamente desnuda.

Mi jefe está de pie en su traje de negocios, completamente vestido, excepto por la abertura en sus pantalones, justo donde reposa su miembro. Y yo estoy de rodillas con mi ropa de oficina, completamente despeinada. Se siente caliente y excitante.

Mateo me mira y me invita a acariciar su pene duro y completamente erecto. Su otra mano descansa sobre mi cabeza, guiándome hacia adelante. —Abre la boca —dice, casi gruñendo.

Trago un poco de saliva y separo mis labios. Con mis dedos en mis propios pezones, no puedo aferrarme a los muslos de Mateo ni empujarlo si

es demasiado profundo.

Esto se siente como un acto de sumisión, y nunca he hecho algo así. Pero hay algo en Mateo que me hace desear ser dominada. Sé que puede darme lo que necesito, y hasta ahora me está dando la razón.

Mateo presiona la cabeza de su pene contra mis labios. Una clara bola de pre-semen se ha acumulado en la punta, y saco mi lengua para lamer el líquido espeso y salado. Se siente sabroso.

—Mierda —dice Mateo con su voz ronca de lujuria.

Ese es el tipo de ruido que alimentará mis fantasías de medianoche. Mi entrepierna se aprieta mientras la excitación gotea por mis piernas

—Así que quieres que sea más fuerte contigo, ¿eh, Elena? —pregunta Mateo.

Lo miro y asiento con la cabeza, dejando que mis labios se deslicen hacia arriba y hacia abajo por su pene mientras lo hago, llevándolo cada vez más adentro en mi boca.

—Ten cuidado con lo que deseas. —Mateo me agarra el pelo y mete su pene duro dentro. Me empuja dentro y fuera de mí. Su largo pene se vuelve cada vez más resbaladizo al ser cubierto por mi saliva.

Dejé que Mateo controlara la profundidad y la velocidad, mientras que yo me quedaba allí de rodillas mientras su pene entraba y salía de mi boca.

Me está usando, y así es exactamente como me gusta. La forma en que su pene tiembla contra el interior de mi boca... Me vuelve loca, sabiendo que lo estoy volviendo loco. Puedo sentir su pulso con mi lengua.

Como siempre, cuando Mateo se acerca a venir, se aleja y toma distancia. Empiezo a chupársela más fuerte, pero sabe que hoy quiero que me dominen.

Me tira del pelo antes de que tenga la oportunidad de hacer que derrame su semen en mi lengua.

—Levántate —dice con un tono de voz bajo y oscuro.

Mis piernas están débiles por haber estado de rodillas, pero obedezco.

—Desnúdate. Quiero verte en plenitud —dice, con la mirada que recorre

mis curvas, quemando su deseo en mi carne.

Bajo su atenta mirada, me acerco por detrás y me bajo la cremallera de la falda. La dejé caer al suelo, y luego me bajé las bragas también.

Mi cara se calienta mientras Mateo me mira como si fuera mi dueño y yo su propiedad. Su mirada permanece en mi pecho, que sube y baja con cada respiración. Luego cambia su atención a la unión de mis piernas, donde ha escapado algo de humedad.

Mateo me empuja contra la pared y se tira al suelo. Antes de darme cuenta de lo que está haciendo, me pasa la lengua por encima de mis pliegues mojados, haciéndome jadear. Con cada lamida, la excitación crece dentro de mí.

—Sabes tan bien, Elena, pero es hora de que mi pene entre ahí —dice Mateo.

Se levanta y me acorrala. Su cuerpo robusto me bloquea y sus manos en la pared me encierran.

—Voy a follarte duro, te haré gritar de placer y también quedarás embarazada —dice Mateo con una sonrisa sesgada.

En un movimiento suave, agarra mi muslo y lo tira hacia arriba contra su costado, luego dobla ligeramente sus rodillas para que su pene esté justo en mi abertura.

Soy tan hábil que sólo tiene que empujar suavemente para deslizarse dentro de mí. Jadeo al momento que entra en mí. Su mirada atrapa la mía mientras sus embestidas me quitan el aliento. Mis labios se abren con deseo y lo miro, rogándole con mis ojos que me dé más.

Pero me tortura, manteniendo sus movimientos lentos y dándome un poquito más de él cada vez que me empuja. Mateo sólo sonríe mientras empujo mis caderas hacia adelante, ofreciéndole más de mí misma. Me muerdo el labio inferior y gimoteo de frustración.

—Mateo, por favor... —Digo sin aliento.

—¿Qué quieres, Elena? —pregunta Mateo. —¿Por favor qué?

—Por favor... —Mi sentencia cuelga en el aire mientras me interrumpo con un gemido.

—Dilo claramente —dice mientras se aleja de mí de nuevo, despacio, agonizando.

—Por favor, Mateo... —Lo miro a los ojos, pero me doy cuenta de que me va a hacer decirlo. —Por favor, hazme completamente tuya.

—Di que me lo estás suplicando —dice, claramente disfrutando de esto. Sus ojos azules se oscurecen peligrosamente.

—Te lo ruego. Por favor, cógeme —digo entre gemidos.

Mateo sonrío y me mira a la cara mientras me embiste lentamente. Pero esta vez, no se detiene a mitad de camino. Me clava las bolas hasta el fondo, estira las paredes de mi vagina y me empala con su pene a tal punto que siento sus testículos golpear parte de mi trasero.

Ha tocado fondo. Bien. Estoy llena hasta el borde. Si fuera más grande, me partiría en dos. Como dije antes, es el pene perfecto.

Dejé salir un gemido, y Mateo puso su mano sobre mi boca. —Cállate, Elena. La gente puede oírte si haces mucho ruido.

Me muerdo el labio inferior hasta que me duele, hasta que suprimo el impulso de gritar. Pero Dios mío, la forma en que su pene acaricia mis entrañas... Su pene frota deliciosamente contra los puntos sensibles de mi vagina. No sé si ese es mi punto, ni siquiera sé si es real, pero ahora mismo toda mi vagina se siente como una gran zona erógena.

He estado esperando por mucho tiempo que Mateo tome el control de mi cuerpo, y ahora que lo ha hecho, se siente incluso mejor de lo que jamás podría imaginar.

Mateo observa atentamente como empiezo a temblar mientras mis músculos de la vagina se aprietan como una ventosa alrededor de su pene. — Así es, Elena. Ven. Vamos. Sé que quieres sentir mi leche ahí dentro. — Disminuye su velocidad y empieza a penetrarme más fuerte, enviándome al límite, casi al colapso.

En el borde de mi conciencia, me doy cuenta de que Mateo también está por llegar al orgasmo. Me agarra con fuerza de las caderas y me tira en dirección a su pene, incluso cuando me embiste salvajemente. Cada penetración es crítica. La necesidad de liberación domina todo lo demás.

—Entra, Mateo. Libéralo dentro de mí —me quejé. Mi cuerpo tiembla involuntariamente.

Mateo se entusiasma con mis palabras, sus dedos se clavan en mi carne casi dolorosamente. Siento que me deja en el abandono, persiguiendo su propio placer. Gruñe mientras suelta un golpe ensordecedor. Su respiración es errática mientras explota dentro de mi vagina empapada de una mezcla de jugos mutuos.

Mateo se tensa y rechina contra mí antes de que baje de su clímax. Luego, suavemente, me empuja hacia sus brazos y apoya su frente contra la pared. —Mierda, Elena, eso fue increíble —dice.

—Lo sé —digo yo, igual de impresionado que él.

—¿Te vienes a vivir conmigo? —pregunta.

—De acuerdo —digo, sin pensarlo dos veces.

—¿Esta noche?

—Iré a casa y haré las maletas.

—Te recogeré al final del día.

ELENA

—Dime cómo es... en la cama —dice Julia excitada al otro lado de la línea. —Por cierto, no puedo creer que no lo hayas atacado antes. Si hubiese estado en tu lugar, hubiera entregado mi cuerpo sin firmar ningún contrato.

—No lo sé. Es bueno, supongo —digo en mi teléfono.

Me parecía bien darle a Julia todos los detalles sórdidos al principio. Pero desde que me mudé al apartamento de Mateo, me he estado conteniendo en los detalles que cuento.

No sé por qué. Nunca antes había tenido problemas para contarle a Julia todo sobre mis conquistas, pero de alguna manera esto se siente diferente.

Tal vez sea porque Mateo es famoso y podría ser un gran escándalo si la historia sale a la luz. No puedo arriesgarme. Confío en que Julia mantenga esto en secreto.

Siento que... Mateo tiene una personalidad tan pública que los extraños saben muchas cosas pequeñas sobre él, cosas que yo ni siquiera sé de él. Así que cuando aprendo algo sobre él que sólo yo conozco... quiero guardármelo para mí.

—¿Eso es todo? —pregunta Julia. —Vamos chica reservada.

—No puedo hablar ahora, Julia. Acabo de tener una buena idea para mi historia y quiero escribir la siguiente parte ahora, antes de que se me escape. Mi reto del día es escribir cuatro mil palabras.

—Vaya, eso es mucho.

Estoy fracasando en mi otro desafío, que es permanecer indiferente a Mateo, así que necesito intensificar mi trabajo de alguna otra manera para compensarlo.

—Si, es bastante —dije—. Debo irme ahora. Gracias por los detalles de la cuenta bancaria, por cierto. Conversare con el agente del banco para que lo configure como un pago automático y asi recibas mi parte del alquiler cada mes.

—Gracias, Elena. Espero encontrar pronto una nueva compañera de cuarto para que no tengas que seguir haciendo eso. Pero, por otro lado, no quiere que llegue ese momento. Eres, como, la mejor compañera de cuarto de todos los tiempos. Sé que es temporal y ni siquiera he conocido a las candidatas, pero ya presiento que me llevare una decepción.

Me río. —Estoy segura de que encontrarás a alguien agradable, Julia. ¡Pronto nos veremos! —Le digo antes de colgar.

Lo siento, Julia, pero Mateo es el mejor compañero de cuarto del mundo.

No me malinterpreten. Julia es genial. Viví con ella durante años y no tuve ninguna queja. Me mudaría con ella de nuevo en un abrir y cerrar de ojos.

Pero ella no es Mateo.

Aparte del hecho de que Mateo me deja quedarme en su escandalosamente espacioso y elegante ático con vistas del horizonte de la ciudad de Atlanta sin pagar un centavo de alquiler, también tiene pómulos increíblemente altos y una mandíbula que ha sido cincelada por los propios dioses.

Con esas ventajas, puede salirse con la suya sin lugar a dudas. En serio. Cuando me mira con esos ojos azules, me olvido de todo y, como hipnotizada, le sigo la corriente con la cabeza en lo que él me ordene.

Y no olvidemos el hecho de que me ha estado follando como siempre he querido que me follan, como ningún hombre me ha follado antes. No sé cómo volveré a tener sexo normal después de Mateo.

Después de sólo un par de semanas, ya me he sentido como en casa en este apartamento. Me gusta estar aquí, y eso no es sólo porque es un lugar bonito, sino también porque es el hogar de Mateo. Su aroma impregna el lugar, marcando todo lo que hay dentro del apartamento como suyo. Me pregunto si yo también tengo ese mismo olor.

Sé que todavía falta mucho, porque estaré aquí durante los nueve meses de embarazo y los primeros meses después para amamantar, pero estoy empezando a temer volver a casa para vivir con Julia de nuevo.

Sí, prefiero la compañía de Mateo a la de mi mejor amiga.

Es extraño. No conozco a Mateo tan bien como conozco a Julia, pero Mateo es como si fuera un agujero negro hambriento. Todo lo que tiene, hasta la marca de jabón que usa, es interesante. No puedo evitar mi curiosidad. Y cada pequeña cosa que aprendo de él sólo alimenta mi deseo de más.

Como ahora mismo.

Mateo me acaba de contar por qué tuvimos que comprar ese vino del sur de Francia. Su padre tiene un tumor cerebral y, a pesar de que había sido sometido a una cirugía por los doctores más calificados del país, quienes le aseguraron que la operación había sido un éxito y no volvería a presentarse en un futuro, no fue así. El tumor volvió y con mayor intensidad. Su padre siempre quiso probar este vino, así que Mateo se lo compró, por si acaso nunca llegaba al sur de Francia.

Creía que los ricos no tenían problemas, pero supongo que me equivoqué. Algunas cosas no se pueden resolver con dinero.

Me envuelvo una manta de lana alrededor de mi espalda. La mayor parte del día hace calor porque estamos en pleno verano, pero el viento comienza a soplar bastante fuerte aquí arriba en la cima de los edificios para el atardecer. El azul del cielo se está convirtiendo en un bonito púrpura.

—¿Les gustó el vino? —Pregunto, cambiando el tema de la enfermedad de su padre a algo un poco más alegre.

—Sí —dice. —A mi padre siempre le han gustado los vinos, así que una buena botella siempre es una elección segura para su regalo.

Sonrío. —Tienen suerte de tenerte como hijo.

—Yo también tengo suerte de tenerlos como mis padres —dice Mateo.

He disfrutado en magnitud de nuestras conversaciones. Todas las noches, estoy sentada aquí, ya sea revisando los catálogos de autores románticos exitosos o trabajando en mi propia novela. Y cada noche Mateo me encuentra aquí y me habla de su visita rutinaria a sus padres.

Lo hace todos los días después del trabajo, lo que creo que es muy dulce de su parte. Ojalá tuviera a alguien como él en mi familia, alguien que me

mostrara ese nivel de preocupación.

—¿Y tu familia? —pregunta.

—Te lo dije. No quiero hablar de eso.

—Vamos —dice, dándome una sonrisa mientras tuerce su cuerpo en el sofá que estamos compartiendo, así que está frente a mí. —Te hablé de la mía. Es tu turno de contarme de los tuyos.

—Nunca estuvimos de acuerdo en eso —respondo.

—Con un poco más de práctica, serías una excelente negociadora, Elena —dice riendo. A medida que los colores del cielo se hacen más profundos, las pupilas de Mateo se dilatan, oscureciendo sus ojos azules. Él dice: —Pero tienes que saber que yo también soy bastante bueno. ¿Qué tal si me dices una sola cosa sobre ellos? Puede ser cualquier cosa.

Di un suspiro. Sé que no va a dejar pasar esto. A veces puede ser como un perro con un hueso. Pero una parte de mí se alegra de que él sienta tanta curiosidad por mí como yo por él, a pesar de que mi vida es evidentemente mucho más ordinaria que la suya.

—Mi padre era escritor. Era. En realidad, no lo sé —digo finalmente, mirando a lo lejos a los imponentes edificios con superficies de vidrio que reflejan el del resplandor del cielo y los últimos rayos de sol.

A pesar de que estamos hasta aquí, me siento como si estuviéramos en un jardín secreto debido a los exuberantes arbustos que crecen en grandes macetas colocadas en toda la terraza del lugar. Siento que todo lo que diga aquí se quedará aquí.

—¿No sabes si tu padre sigue escribiendo? —pregunta Mateo.

—Ni siquiera sé si sigue vivo. —Capto la mirada de compasión en los ojos de Mateo y, antes de que pueda decir 'lo siento' decido decirle algo alegre. —Solía leerme cuentos para dormir. Cuando empecé a escribir mis propios cuentos de hadas, él los revisaba y me daba sus críticas y sugerencias. Nos divertimos mucho escribiendo historias juntos. —Hago una pausa. —Dijimos que íbamos a hacer una gira de padre e hija juntos.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé. Desde que tengo memoria, siempre habíamos inventado

historias juntos. Hasta la noche en que desapareció, cuando dijo que iba a ir a la tienda. Probablemente había encontrado una nueva novia y solamente me dejó. —Me río con desilusión para mí misma.

—Siento que no esté aquí contigo —dice Mateo.

—No necesito tu compasión. Me va bien sin él —digo, omitiendo deliberadamente la parte en la que espero que mi padre me encuentre una vez que sea un autor de éxito, porque sé que suena a locura.

—Por supuesto que sí —dice Mateo, para mi sorpresa. —Eres inteligente, capaz e independiente. Puedes cuidar de ti misma.

Me callo y le digo: —Gracias. Eso significa mucho para mí.

—¿De verdad? —pregunta Mateo.

—Sí.

—¿Quieres decir que no sabes que tienes un talento especial para mantener las cosas bajo control?

Hago un gesto de dolor cuando un recuerdo desagradable invade mi mente. —Mi madrastra solía culparme por todo lo que salió mal. Me llevó un tiempo darme cuenta de que estaba equivocada, y a pesar de eso, sigo tratando de convencerme todos los días que no fue mi culpa.

Mateo no dice nada, pero se acerca a mí en el sofá y me pone el brazo en los hombros.

Me callo cuando me doy cuenta de lo mucho que le estoy contando. No quise decir todas esas cosas, pero este lugar -o tal vez este hombre- me hace sentir que es hora de compartir el secreto, porque mi carga ha sido pesada y finalmente he encontrado a alguien con quien compartirla.

—Dije que no quiero tu compasión ni lastima —repito secamente.

—No es lástima, Elena.

—Debo parecer patética desde su punto de vista. Suena como si tuvieras la familia perfecta.

—Elena, no puedes elegir la familia en la que naces. Tuve suerte con mis padres. Algunas personas no tienen tanta suerte. —Sonríe irónicamente. —Es más vergonzoso equivocarte con la familia que eliges para ti.

—¿Estás hablando de tu matrimonio? —Mi corazón late rápidamente mientras levanto los oídos para escuchar. He tenido curiosidad sobre esto, y no sólo porque fue un divorcio de alto perfil e impacto mediático. Ahora quiero saberlo, porque es algo que le pasó a Mateo, y quiero saber todo lo que tenga relación con él.

Este es exactamente el tipo de información privilegiada y jugosa que Julia y sus amigos estarían interesados en saber. Pero no puedo decírselo. Afortunadamente no le he estado diciendo mucho últimamente así que no será un gran problema mantenerlo en secreto.

Mateo se ha estado abriendo a mí y ha mostrado su faceta más vulnerable. No puedo romper su confianza hacia mí.

—Sí —dice—. Realmente pensé que lo lograríamos. Pero ahora, mirando hacia atrás, me doy cuenta de que había algunas señales de advertencia que no noté. Así que este fracaso no se lo puedo culpar al destino ni a nadie más.

—Quien diga que eres un fracasado está loco, y tú también estás loco si crees eso —digo yo.

Mateo se ríe mientras me envuelve con su otro brazo y me jala contra su pecho. —Tú eres la loca por pensar que alguien cree que no puedes manejar la vida por ti misma.

—Tal vez ambos estemos locos. —Le acaricio el pecho. La tela de su traje de negocios se siente suave en mi mejilla.

—Claramente —dice Mateo mientras besa mi frente. —Ninguna persona cuerda haría lo que nosotros estamos haciendo.

—Por otro lado, si lo logramos, nadie se enterará nunca, así que la gente pensará que nunca se ha hecho —digo yo, sintiéndonos de repente como si fuéramos socios en un macabro y elaborado crimen.

—Eso es cierto. Tal vez millones de personas han hecho esto y nadie lo sabe —dice Mateo mientras sus manos comienzan a bajar de mis hombros y acarician mis costados, rozando mi pecho y asentándose en mi cintura. — Pero apuesto a que no mucha gente ha tenido sexo en la cubierta de un ático de Atlanta mirando el atardecer.

Las esquinas de mis labios se convierten en una sonrisa. Sé a dónde dirigida va esta conversación y la verdad es que me gusta. —Sería genial ser un bebé concebido en la terraza de un ático de Atlanta.

Pienso añadir una frase sobre cómo el niño puede jactarse de ello en la escuela con sus compañeros de curso, pero me muerdo la lengua. Es demasiado triste imaginar al niño creciendo y a Mateo criándolo sin mí.

He estado tratando de fingir que eso no sucederá, aunque sé muy bien que así será. Pero tal vez si no lo pienso, pueda convencerme de lo contrario y llevar una vida un tanto normal como autor de novelas románticas.

Debería estar emocionada por esa nueva vida, pero mientras la tristeza se apodera de mí, no puedo dejar de admitir que me he dejado llevar. Más de la cuenta.

A medida que Mateo me reclina hasta que me acuesto en el sofá, alejo todos esos pensamientos.

No lo tendré para siempre. Nuestro tiempo es limitado. Debería hacer que valga la pena.

Mateo mete sus rodillas entre mis piernas, forzándolas a separarse, empujándose contra mí como si quisiera estar dentro de mí. No sabe que ya ha penetrado mi armadura y se ha filtrado a través de mi piel.

Va a doler cuando esto termine, cuando llegue el momento de sacármelo de encima. Pero todo termina, ¿verdad? Es sólo cuestión de tiempo.

Me encantaba tener a mi padre cerca cuando era más joven, hasta que se fue.

No tuve más remedio que quedarme con Lucia, hasta que finalmente tuve el valor de irme.

Vivir con Julia había sido genial, hasta que me fui. Tal vez termine volviendo a vivir con ella cuando esto acabe, tal vez no. Quizás para cuando quiera volver, Julia ya tenga una pareja e incluso hijos... ¿quién va a querer vivir con su amiga cuando tiene su propia familia conformada?

Lo que quiero decir es que todo en la vida tiene una fecha de caducidad. Sólo tengo que hacer las paces con eso, de lo contrario sería imposible disfrutar de todo lo que la vida tiene para ofrecer.

Y así, me abro a sus dedos, acogiendo el placer presente y el dolor que seguramente vendrá en el futuro.

—Estás tan mojada —dice, medio gimiendo con urgencia.

—He estado pensando en ti todo el día. —Le doy una sonrisa coqueta.

—Pensé que hoy ibas a trabajar.

—Sí. Estaba escribiendo lo que hicimos en tu oficina.

—Oh, ¿Marta y el Sr. Díaz se acostaron? —pregunta Mateo.

No puedo creer que recuerde los nombres de mis personajes.

Empiezo a reírme, pero se convierte en un fuerte jadeo cuando empuja sus dedos dentro de mí y explora mi parte más íntima. Sabe lo que está buscando, y sabe que lo ha encontrado cuando mi cuerpo se tensa. Me mira con esa mirada de satisfacción que dice que le gusta volverme loca de excitación.

No puedo esperar más. Me agacho y siento su pene. Ya es duro como una roca. Siento una chispa de orgullo femenino, sabiendo que se está poniendo duro para y por mí.

—Mateo, por favor... —Se lo suplico. —Te necesito.

—Mierda —maldice. —Eres increíblemente sexy.

Lo guío a mi entrepierna, y él empuja hacia adentro. No tarda mucho en encontrar el mismo punto que acarició con los dedos antes. A medida que la presión dentro de mí aumenta hasta el punto de hacer temblar cada músculo de mi cuerpo, cada impulso de Mateo se vuelve más insistente y menos refinado. Cuando agarra mis caderas con fuerza, sé que está cerca. Su pene se hace un poco más grande y duro dentro de mí a medida que sus movimientos se vuelven espasmódicos y salvajes.

—Hazme un bebé —digo yo, antes de que una explosión de placer nos alcance a los dos.

Si. No me equivoque en elegir a Mateo sobre Julia. Esto no habría pasado con mi anterior compañera de cuarta.

MATEO

—Gracias, Ernesto. Te lo agradezco mucho. —Me levanto para estrecharle la mano. Es el director ejecutivo de una gran editorial y acabamos de firmar un contrato para que yo gestione su cartera. Pero ese no es el verdadero motivo de nuestra conversación.

Hago favores a la gente todo el tiempo para que hagan lo mismo por mí cuando los necesito. Ahora estoy pidiendo uno de esos favores, pero esta vez no lo hago por mi negocio.

—Honestamente, no es ningún problema —dice Ernesto. —Todo lo que hice fue reenviar tu correo electrónico. Les encantará el manuscrito.

—Estoy seguro de que el hecho de que el propio Gerente le pidiera que lo hiciera también influyó en su decisión. —Le doy a Ernesto una sonrisa mientras ambos nos dirigimos hacia la puerta de mi oficina.

—Probablemente sí —dice Ernesto con un encogimiento de hombros y una sonrisa enorme. Las líneas de la risa aparecen en su cara y se mezclan con sus arrugas.

Me gusta Ernesto. No suelo ver a tipos tan relajados como él convertirse en Gerentes, pero el tipo es tan simpático que puedo ver a la gente trabajando muy duro para él sólo porque se *lo pide amablemente*. Su secreto del éxito es probablemente algo jodidamente cómodo, como tratar bien a sus empleados.

—Entonces, supongo que este autor emergente es alguien especial para ti, ¿no? —Ernesto pregunta con un levantamiento de cejas descarado cuando nos detenemos en la puerta.

—Es una amiga. —Le doy a Ernesto una sonrisa diplomática.

—Ah, amiga. Ya veo. —Ernesto guiña el ojo. —Sabes, cuando mi esposa y yo nos conocimos, le dijo a su amiga que sólo era una aventura. Cuarenta años después, sigue conmigo. Bastante bueno para una aventura, ¿eh?

No puedo evitar sonreír. No dudo que un joven Ernesto pueda encantar a cualquier mujer que quiera con esa personalidad tan encantadora.

—Si esta amiga es la razón por la que has estado tan feliz últimamente,

deberías mantenerla cerca —dice Ernesto.

—En serio, es sólo una amiga.

—Y yo sólo soy tu cliente. Pero también soy un anciano que sabe un par de cosas sobre el amor. Últimamente te has estado divagando mucho durante nuestras reuniones. Y sonriendo para ti mismo. Conozco los síntomas querido amigo. —Ernesto hace una pausa. —Cuando tu secretaria llamo a mi editorial e indico que querías una reunión personal conmigo, esa fue mi confirmación. Estás enamorado, hijo.

El latido de mi corazón crece más rápido cuando me doy cuenta de que he cometido un error. Pensé que Ernesto estaba lo suficientemente desconectado de la situación como para pedirle ayuda. Pero es muy perceptivo. Ahora siempre me preguntaré si Ernesto conoce la identidad de la madre de mi futuro hijo.

—Te equivocas, Ernesto.

—No te preocupes. No se lo diré a nadie —dice Ernesto rápidamente, como si pudiera leer mi mente. —Me gusta cuando las historias de amor tienen finales felices, especialmente si tengo algo que ver con el romance. No pude evitar darte un consejo. Mi esposa me hace feliz, me caes bien, y la gente que me cae bien merece tener esa clase de felicidad también.

Parece tan seguro, que probablemente no es una buena idea protestar y tratar de convencerlo de que no estoy enfermo de amor. Yo simplemente digo: —Gracias, Ernesto. Tú también me caes bien. —Lo cual es cierto.

—Es un placer hacer negocios contigo, Mateo —dice Ernesto antes de salir de mi oficina, *silbando*.

Lo que sea que ese tipo esté tomando por las mañanas, lo quiero. Pero no, creo que nunca seré *tan* feliz, *nunca* pasearé y silbaré en una oficina después de una reunión de negocios.

Si alguien conoce el secreto de la felicidad, probablemente sea Ernesto. ¿Pero podría tener razón? ¿Estoy *enamorado* de Elena?

No es el momento de pensar en eso. Tengo un trabajo que hacer ahora. Uno desagradable.

Ahora que lo pienso, mi día de trabajo se está llenando rápidamente de

cosas relacionadas con Elena. Ella ha estado viviendo conmigo durante casi un mes, y antes de que me dé cuenta, ha invadido todas las partes de mi vida. Incluso hago un pequeño desvío para recoger sus cosas cuando paso a comprar algunos comestibles.

Yo era bastante bueno en mantener mi trabajo en la oficina y no llevarlo a casa cuando estaba con Sabrina. Pero ahora, estoy fallando en mantener mi vida personal en casa y no llevarla a la oficina. Esto nunca había sucedido antes. Hasta un cliente se ha dado cuenta. Realmente necesito hacerlo mejor.

Pero primero, hay otra cosa de la que necesito ocuparme.

—Hola —Richard contesta su teléfono.

—Richard, ven a mi oficina ahora. —Antes estaba de buen humor, pero en cuanto oigo la voz de este hijo de puta, quiero golpear algo.

—Hoy no hay novedades del departamento legal —dice.

—No se trata de eso. Necesito verte por otra cosa. Ahora. —Yo cuelgo.

Me acomodo en mi silla mientras espero a que Richard llegue a mi oficina.

¿Cuánto tiempo se tarda en tomar el ascensor y subir dos pisos? Mis puños me pican al ver su cara.

Pero la violencia nunca ha sido mi estilo. Causa más problemas de los que resuelve.

No, voy a golpear a Richard donde más le duele: en su cuenta bancaria.

—Mateo, ¿querías verme? —Richard dice que mientras abre la puerta.

—Eso es lo que dije.

Parece nervioso. Se mueve más de lo normal, y su cara está mucho más pálida y temblorosa de lo que recuerdo haberla visto alguna vez. Tal vez sepa que algo de lo que está pasando.

O tal vez finalmente se está dando cuenta de lo profundo que es el maldito agujero que ha cavado para sí mismo. Porque lo voy a enterrar al maldito y no tendré ninguna gota de compasión.

Lanzo la revista en mi escritorio la cual se desliza sobre la superficie de madera hasta que se detiene justo delante de Richard. Casi puedo oír cuando

traga su saliva.

Sí, sabes que la has cagado.

—¿Te resulta familiar? —Le pregunto a él.

Claro que le resulta familiar.

Anuncios sensacionalistas en la parte superior. Los grandes titulares amarillos. Las fotos de gente famosa con mucho maquillaje. Y luego estamos Elena y yo.

Esta es sólo una de las muchas revistas que muestran nuestras fotos en sus páginas ruidosas y llamativas. Pero las fotos son las mismas. Fueron tomadas en el aeropuerto.

Mucha gente nos vio pasar por delante de ellos en el carrito de golf ese día, pero aparentemente fueron tomadas con un lente de zoom profesional desde un área en la que sólo personal del aeropuerto puede ingresar. En otras palabras, estas fotos fueron tomadas por los paparazzi, que nos estaban esperando exactamente en ese lugar en ese momento en particular. ¿Qué coincidencia no?

Alguien había filtrado los detalles de mi vuelo a los medios de comunicación. Después de un poco de investigación, me enteré de que era Richard.

—Si esa revista no te refresca la memoria, quizá esto te ayude. —Volteo el monitor de mi computadora para que vea las fotos que le tomó a Elena, dentro y fuera de la oficina. —Eres un maldito traidor, Richard. Eres un maldito desgraciado.

A mis palabras, su mirada se abre de mi monitor a mi cara. Bien. Ha estado en silencio el tiempo suficiente. Quiero oír lo que tiene que decir. Esto debería ser bueno.

—¿Sí? ¿Soy yo el desgraciado? —pregunta Richard. —Tú eres el que tiene un contrato con ella.

Qué cara tiene este tipo.

—Todo entre Elena y yo es consensual. Ella entró en el contrato por su propia voluntad —digo con calma, manteniendo mi furia latente bajo control.

Richard mueve la cabeza lentamente. —Elena no me haría eso. Debes haberla obligado a firmar.

¿Ella no *le* haría eso? ¿Qué mierda...?

—Consigue ayuda, hombre. Ni siquiera la conoces —le digo. —Y lo que hiciste, tomarle fotos sin que ella lo supiera, podría considerarse acoso en el lugar de trabajo. Y sabes que no lo toleramos.

—A la mierda con el acoso. ¿Qué hay de cómo la atrajiste a tu trampa? —pregunta Richard.

Vale, algo está muy mal con este tío.

—Estás delirando. —Ojalá me hubiera dado cuenta antes de pedirle que redactara el contrato entre Elena y yo. —Iba a hacerte unas preguntas, pero ahora sé todo lo que necesito saber. Obviamente, hay algún problema mental que necesitas ver con un profesional.

—Tienes que dejarla ir —dice Richard.

—No la retengo contra su voluntad —le digo. —Ahora, te están esperando en Recursos Humanos. Te sugiero que...

—Tienes que dejarla ir —repite Richard, más fuerte esta vez.

—¿Qué parte de 'consensual' no entiendes?

—Vas a pagar por esto, por lo que le estás haciendo —dice.

Dios, es como si ni siquiera me oyera.

—Si te preocupas tanto por ella, ¿por qué dejaste que los paparazzi le tomaran fotos? Como mínimo, podrías haber tomado las fotos tú mismo y ponerle unas putas barras negras en la cara antes de enviarlas a los medios de comunicación. Pero no tienes las pelotas —digo yo, incapaz de contenerme por más tiempo. —Estaba muy molesta porque su anonimato estaba comprometido.

—¡Mentira! —Richard grita, volviéndose completamente desquiciado. —Si la gente no ve su cara, ¿cómo van a poder rescatarla? Sólo tienes miedo de que ella tenga el valor de dejarte.

Mierda, no me está escuchando, y su historia suena cada vez más extraña.

Empiezo a sentir lástima por él.

Parece creer que Elena está en peligro.

Pero al mismo tiempo se está agitando y me preocupa que pueda volverse violento. Presiono el botón oculto en la parte inferior de mi escritorio para llamar al personal de seguridad.

—Te lo digo, Richard, las cosas no son como tú crees —le digo con calma mientras pongo las manos bajo el escritorio.

—¡Por supuesto que dirías eso, maldito imbécil! —Richard grita.

—Mira, siento tener que hacer esto, pero tienes que irte, ¿de acuerdo? No estoy seguro de que estés en condiciones de quedarte más tiempo. Olvídate del viaje a Recursos Humanos y vete directo a casa. Una vez allí, te sugiero que llames a un psiquiatra y hagas una cita. Necesitas ayuda.

Mientras dos tipos de seguridad fornidos con uniforme negro aparecen en la entrada, Richard se gira para mirarlos. Luego me mira a los ojos y me dice: —Juro que te haré pagar por esto.

—Por favor, llévenselo —les digo a los de seguridad, ignorando la amenaza de Richard. ¿Qué es lo que va a hacer? ¿Decirle a los paparazzi que me tomen más fotos?

Una vez que se haya ido, llamaré a Recursos Humanos para que sepan lo que ha pasado. Quitarán el nombre de Richard de la lista de empleados activos y lo pondrán en una lista negra. No encontrará otro trabajo en una compañía de este calibre nunca más.

Estoy seguro de que he hecho lo correcto, pero aun así me molesta.

Lamento que Richard se haya ido. Solía ser un abogado brillante. No sé qué le ha pasado.

Tal vez siempre ha sido inestable, pero solía ser bueno escondiéndolo, hasta que Elena aparentemente desencadenó algo dentro de él.

No puedo culpar a un tipo por volverse loco por ella. Ella es algo más. Es especial.

Y no puedo culpar a nadie por querer proteger a esa belleza que parece perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

Sé que eso no parece tener sentido a primera vista, pero el hecho mismo de que sea tan independiente me hace querer que confíe en mí, que comparta parte de su carga conmigo. Eso se sentiría como un privilegio. No confiaría en cualquier hombre con ese tipo de responsabilidad.

Demonios, esa chica puede hacer que un mal hábito se vea bien. Solía odiar cuando se mordía los labios. Pero ahora, cada vez que lo hace, normalmente mientras se concentra en escribir su novela... me muero. Es como si mi corazón se desmoronara y mis pulmones colapsaran por un segundo.

...

Ah, mierda.

Ahora sí que lo he hecho. Lo mismo que dije que no haría.

Me tomó mucho tiempo darme cuenta, tanto tiempo que hasta Ernesto lo vio primero.

ELENA

—Me encanta esta última entrega de tu historia. Las cosas se están calentando entre Marta y el Sr. Díaz. Esto se pone cada vez más interesante"

Sonrío mientras leo el correo electrónico de mi autora favorita de novelas románticas. Ha estado en la lista de best-sellers tantas veces que ya nadie se le compara. Y ha sido lo suficientemente amable como para criticar mi manuscrito.

Todavía no puedo creer que seamos amigas. Desde que fuimos a la primera cita de café que Mateo arregló, hemos estado en contacto. ¡Incluso me deja leer su manuscrito inacabado e inédito!

La fanática del romance dentro de mí sigue enloqueciendo, mientras que la autora que hay en mí hace todo lo posible por mantenerla tranquila para que por lo menos yo pueda obtener algo de conocimiento y experiencia de ella.

Francisca, mi amiga y escritora famosa, me dijo que Ernesto, el CEO de la editorial, le había enviado un correo electrónico un día, pidiéndole que leyera mi manuscrito si tenía tiempo.

Ella recibe cientos de correos electrónicos de este tipo cada semana, la mayoría de sus fans. Pero como esto era del director ejecutivo, a pesar de que no *tenía que* leer el manuscrito, su curiosidad se despertó.

Al principio Francisca no tenía ni la más mínima intención de abrir el archivo adjunto al correo ya que, en sus propias palabras, 'Si el CEO te recomendaba, probablemente eras una mocosa malcriada que se había graduado de la universidad con un título mediocre en literatura y que pensaba que eso era todo lo necesario para escribir un libro o novela'. Esperaba que fuera malo. Pero de repente había terminado el primer capítulo y no había visto nada *extraño*. Así que leí otro capítulo, y luego otro, y antes de darme cuenta, me quedé despierta toda la noche para terminarlo.

Esas palabras son algunas de las mejores cosas que mis oídos han tenido el placer de escuchar.

Francisca me ha dado mucha información sobre cómo trazar y caminar

este viaje. He leído muchos libros de ficción, así que tengo una idea general. Pero es mucho mejor que un profesional analice mi trabajo y señale mis puntos débiles con claridad.

Ahora veo en qué me he equivocado y por qué me han rechazado. En el futuro, estoy segura de que recibiré noticias de algunos editores, incluso si no tengo las conexiones de Mateo, aunque no es que quiera renunciar a ellas. He tenido desventajas y problemas en mi camino toda la vida. Ya es hora de que yo sea quien disfrute de una ventaja competitiva injusta.

Pero en cierto modo, Francisca también cuenta como una de las conexiones de Mateo, ¿no?

Realmente, le debo mi progreso a Mateo.

Me da el tiempo y la libertad que necesito para escribir y ahora me presenta a un mentor de primera.

Me hace cosas asquerosas que escribo en mis escenas de sexo, que ahora son mil grados más calientes que antes.

Pero no se trata sólo de la progresión de la carrera y el sexo caliente.

Toma nota de las marcas de artículos de higiene personal que uso y cuando están próximas a acabarse siempre lego con nuevos suministros. Esto me ha ahorrado grandes dolores de cabeza.

Sé que es una estupidez, pero cuando vivía con Lucia, tenía que ser yo quien llevara la cuenta de todo en la casa.

Se esperaba que siempre mantuviera algunos artículos esenciales en stock, aunque Lucia nunca me dio dinero para los jabones, la leche, los huevos o cualquier otra cosa que tuviera que comprar. Tuve que usar el dinero que gané en mi trabajo mal pagado de camarera y salario mínimo en una cafetería de mala muerte.

Y como si eso no fuera suficiente, Mateo también despidió a Richard tan pronto como se enteró de que había sido responsable de la filtración de fotografías a los medios de comunicación. Supongo que en parte lo hizo por sí mismo porque también estuvo en esas fotos conmigo.

Pero por la forma en que habló de ello, sentí que lo había hecho por mí, porque Richard había arriesgado mi anonimato. Nadie me había defendido así

antes.

Y cuando llegó al punto de la historia en el que el equipo de Informática encontró una carpeta oculta en su ordenador que contenía fotos mías, podría jurar que parecía *obsesivo*.

Las cosas han sido diferentes desde la semana pasada, cuando Mateo volvió a casa después de despedir a Richard.

Me gusta el nuevo Mateo. Es más atento y más cariñoso.

Pero eso también me hace difícil separar mis emociones de este trato.

Cada vez que salgo del apartamento -siempre separada de Mateo para evitar las cámaras- es como si hubiera una cuerda tirando de mí, tratando de llevarme de vuelta a casa, y cuanto más lejos voy, más fuerte tira de mí hacia atrás.

Pienso en Mateo constantemente. Cuando escribo, lo imagino como el héroe de mi historia. Y luego, mientras pienso en la historia a lo largo del día, reflexiono sobre los rasgos de personalidad de Mateo, sus fortalezas y debilidades, cómo reaccionaría en ciertas situaciones ficticias....

La tranquilidad es el aire que respiro. Al principio pensé que era porque *habíamos* pasado mucho tiempo juntos. Pero ahora, me doy cuenta de que probablemente es también porque algo de él se ha incrustado dentro de mí, y está creciendo dentro de mí. Lo que estoy diciendo es que tal vez me siento de esta manera porque mis hormonas del embarazo se están disfrazando de emociones genuinas.

—¿Qué pasa? —La voz de Mateo me lleva de vuelta a la sala de estar, donde acaba de unirse a mí en el sofá después de cambiarse con sus cómodos pantalones y su descolorida y vieja camiseta.

—¿Eh? —Pregunto, aún medio dormido.

—Dijiste que querías decirme algo.

—Así es. —Le doy a Mateo una sonrisa mientras puedo notar como internamente se asusta. *¿Ya tengo percepciones de embarazada?*

—¿Me querías cerca? Porque podrías haber dicho eso mientras estaba en la cocina. —Mateo sonrío mientras se acerca al sofá hasta que su brazo se extiende alrededor de mis hombros. Me picotea en la mejilla.

Viste pantalones de pijama y una remera de hilo suave, ideal para una noche calurosa. Ahora está a mi lado, descansando en el sofá junto a mí.

Actuamos más como una pareja de ancianos que como dos personas adultas que hicieron un acuerdo estrictamente comercial.

—Mateo, estoy embarazada —dije antes de pensarlo y dar muchos rodeos.

La sonrisa de Mateo desaparece. Sus ojos azules se abren de par en par y su mandíbula se cae. —¿Hablas en serio?

—¿Es eso una sorpresa? Esto es exactamente lo que hemos estado tratando de lograr. No debería sorprenderte. —Lo empujo suavemente con una sonrisa. —Yo no bromearía con esto. De verdad estoy embarazada.

Mateo me mira con una expresión plana que no puedo interpretar.

—Mateo —le digo, "no has cambiado de opinión, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —dice Mateo rápidamente. —Yo sólo.... no pensé que pasaría tan pronto, y tan fácilmente.

—Bueno, aparentemente ambos somos bastante fértiles. —Me encogí de hombros.

Mateo hace muecas. —Es raro usar la palabra 'fértil' para describir a la gente, pero por ahora voy a dejar pasar eso. ¿Cómo te enteraste?

—Me hice un test de embarazo y salió positivo. Luego me realice 4 test más para asegurarme del resultado. -"Me detengo a disfrutar del suspenso - y todos fueron positivos.

—Oh, wow. Oh, Dios mío. Mierda. —Mateo emite una serie de palabras aleatorias que contienen maldiciones y apelaciones a lo divino. —¡Voy a ser padre!

—Sí. —Le doy una sonrisa irónica.

Está en lo correcto. *Va a ser padre y yo no saldré en la foto familiar. Gracias por recordármelo, Mateo.*

Este embarazo sólo significa que la fecha para mudarme se está acercando. Viviré aquí durante nueve meses, luego daré a luz al bebé, lo amamantaré y luego... me iré.

Habré dado a luz a un bebé -mi bebé- y probablemente me habré enamorado de él o ella, al igual que me he enamorado de su padre.

—Oye, ¿qué pasa? —Mateo pregunta con preocupación en sus ojos. Desapareció la gran sonrisa que tenía en su preciosa cara hace sólo unos momentos.

—¿Eh? —Es difícil hablar. Es como si mis labios estuvieran pegados y mi garganta bloqueada.

—¿Estás bien, Elena? —Mateo me pone la mano en la mejilla y me frota el pulgar en la piel.

A medida que las gotas fluyen por mi cara, me doy cuenta de que estoy llorando.

—¿Por qué lloras? Vamos a ser padres —dice con voz tranquilizadora.

—No, *tú vas a ser padre* —digo, forzando mi voz a través del nudo en mi garganta. No puedo seguir guardando esto dentro de mí. —Voy a ser una extraña tanto para el bebé como para ti.

—No, Elena. Por favor, no llores. Como te dije antes, todo puede ser renegociado —dice Mateo mientras me quita el pelo de la cara y acaricia mi mejilla húmeda.

—¿Esto es algo que quieres renegociar? —Pregunto con una voz interrumpida por los sollozos. Pienso en los términos del contrato. —¿De qué estamos hablando? ¿Vamos a renegociar tu consentimiento para permitirle al chico o chica que nos enviemos e-mails, algún tipo de horario de visitas, o qué?

—Tal vez renegociación es la palabra equivocada para lo que quise decir.

Miro a Mateo con expectación mientras mis hombros siguen temblando. Quiero escuchar esto. Si hay alguna manera de permanecer en la vida del niño y en la vida de Mateo, lo quiero. Ni siquiera me importa si el chico sabrá que yo soy su madre. Puede llamarme tía Elena por lo que a mí respecta, pero no quiero perderlo.

—He estado pensando en ello durante unos días, Elena. Quería decírtelo antes, pero quería estar seguro.

—¿De qué estás hablando? —Pregunto.

—Sabía que tenías problemas, pero me contuve. Es sólo que.... No hiciste nada malo. Pero ya me han engañado antes y sólo quería estar seguro, porque esto es algo que juré que no volvería a hacer nunca más en mi vida.

—¿De qué estás hablando? —Repito, mi corazón latiendo fuerte en mi pecho.

—Supongo que debo decirlo. —Mateo respira hondo y me mira fijamente a los ojos. —Te quiero, Elena. No quiero un maldito acuerdo de negocios. Pensé que eso era lo que necesitaba, pero me equivoqué.

Lo miro con la mandíbula floja y la boca abierta.

—Quiero todo esto, pero sin papeles de por medio. Quiero una relación. Quiero una familia. Tal vez incluso una boda, siempre y cuando tú también quieras una. Haré todo lo que quieras. Daré todo por ti.

Por unos segundos intensos, ninguno de los dos dice nada. Nos miramos fijamente, tratando de descubrir la verdad y el sentido de lo que nos pasa.

—¿Estás seguro? —Pregunto cuando finalmente encuentro mi voz. Mis lágrimas han dejado de caer por mi cara. No puedo creer lo que Mateo acaba de decir, pero la esperanza empieza a echar raíces en mi corazón. —Esto es tan repentino, Mateo. ¿Estás seguro de que no lo dices para que deje de llorar? —Me río un poco. —Mira, ya no lloro más. Sólo dímelo sin rodeos.

—Lo digo en serio —dice Mateo, sinceridad en sus ojos. No hay duda de ello, está diciendo la verdad. —Te amo —dice.

—¿Estás seguro de que no es sólo porque sientes como mis hormonas de embarazo revolucionan el ambiente? —Me muerdo el interior de la mejilla al considerar la situación.

—No sé lo que es, pero me enamoro de ti cada vez que te muerdes las mejillas. No me malinterpretes, es un mal hábito que tienes que dejar, pero te encuentro tan adorable cuando haces eso. Mi corazón se aprieta y quiero besarte.

—Pues, bésame.

—Primero dame una respuesta. Te quiero, Elena. ¿Qué tienes que decir a eso? —pregunta Mateo, su voz suave y vulnerable. Sus ojos se fijan en mi

cara mientras observa cada pequeña micro-expresión que hago.

—Yo también te amo —le digo. Y así como así, una pesada carga es levantada como si nada y un secreto es compartido. —¿Pero estás seguro de que no es sólo porque estoy embarazada?

—He estado pensando en tener esta charla contigo durante días, y aún no lo he resuelto todo. Pero si hay algo de lo que estoy seguro es de que te amo, y tú acabas de decir que me amas. Y estás viviendo en mi apartamento, llevando a mi bebé. Parece bastante obvio lo que deberíamos hacer aquí, ¿no crees? —pregunta Mateo, dirigiendo su mirada hacia mí.

Respiro hondo y fortalezco mi determinación. —Sí. Deberíamos darnos una oportunidad. Este bebé se merece la mejor familia que pueda tener.

—No es sólo para el bebé —dice Mateo mientras se acerca y finalmente me da un suave beso en los labios. —Es para mí y para ti también.

—Sí —digo mientras cierro mis ojos y dejo que Mateo me haga olvidar todo con sus labios pecaminosos, sus manos hábiles y ese hermoso bulto entre sus fuertes muslos.

ELENA

—Puedo asegurar que le gustas —dice el papá de Mateo, Andrés, mientras toma un sorbo del vino que le compramos en la licorería local.

—¿Qué lo delató? ¿Mi barriga gigante? —Sonrío. A los cuatro meses mi vientre es apenas visible, pero definitivamente se nota que hay un hermoso bebe formándose en mi interior.

—Soy un hombre anticuado. No sé nada sobre el embarazo. En mis tiempos, eso era asunto de mujeres. —Mientras Andrés me da una sonrisa descarada, el brillo de sus ojos azules me recuerda a Mateo.

Con eso, para ser más específico, quiere decir que el embarazo era asunto de Rosa. La madre de Mateo está preparando el postre. Puedo oír el ruido de ollas y sartenes en la cocina. Me siento inútil aquí sentada con los dedos torcidos, pero Rosa insiste en que no necesita mi ayuda.

Parecía descolocada cuando se dio cuenta de que le faltaba un ingrediente importante, así que Mateo se ofreció para ir a comprarlo.

Me encanta cómo Mateo trata a su familia. Cada vez que rellena el vaso de agua de su padre, me quiebro. Sigo pensando en cómo seremos cuando lleguemos a viejos, con quien sabe cuántos hijos. Moriría feliz si nuestros hijos nos trataran como él trata a sus padres.

Yo quería ir con Mateo a la tienda, pero Andrés me pidió que me quedara y bueno, no puedo decirle "no" al futuro abuelo de mi hijo que está por nacer, ¿verdad? Especialmente cuando tiene una enfermedad terminal.

Así que ahora sólo estamos Andrés y yo, descansando en la sala de estar, Andrés en su sillón reclinable y yo en el sofá frente a la mesa que está llena de fotos y recuerdos de su vida.

—Es el vino —dice Andrés mientras levanta su vaso, perturbando el vino tinto que hay dentro.

—¿Qué hay con el vino?

—Este es un buen vino.

—Lo sé. Tengo buen gusto para el vino —digo sonriendo.

—Mentira —dice, agitando su pálida y frágil mano despectivamente.

Abro los ojos de par en par, canalizando una imagen de inocencia. —
¿De qué estás hablando?

—Este vino tiene Mateo escrito por todas partes. Me estás mintiendo, jovencita. Pero ahora sé la verdad. —Los labios de Andrés forman una sonrisa sesgada, no muy diferente a la de Mateo, y él dice: —Él escogió el vino, ¿no es así? Y te dijo que me mintieras.

Exhalé una gran cantidad de aire y levanté las manos en señal de derrota. —Me has pillado.

—Puede que no sepa nada sobre el embarazo, pero conozco mis vinos. Y este vino tiene un fuerte trasfondo de mi hijo ayudando a una chica a impresionarme.

Algo sube por mi garganta y se escapa a través de mis ojos como lágrimas. *Dios, este embarazo.... estoy tan emocionada últimamente.*

—Papá, ¿por qué la hiciste llorar? ¿Qué le hiciste? —Mateo dice en voz alta cuando entra en la habitación. Se me une en el sofá, me envuelve el brazo alrededor de los hombros y me seca las lágrimas con sus dedos cálidos y suaves. Le sonrío a Andrés. —Sólo bromeaba. Sé lo fácil que llora estos días. Las cosas más pequeñas la hacen explotar.

—No tienes que decírmelo. Cuando tu madre estaba embarazada de ti, tuve que salir arrastrándome de casa para respirar a un volumen normal.

—Creí que no sabías nada sobre el embarazo —le dije.

Andrés levanta las cejas. —Rayos. —Mira a Mateo y dice: —Ya veo por qué te gusta ésta chica.

—Así que realmente, ¿qué hizo? —Mateo me pregunta.

—Él, uh, dijo que te gusto —digo con una suave voz.

Mateo se ríe a carcajadas. —¿Cómo pudiste, papá?

—Parece que todos se están divirtiendo —dice Rosa mientras saca una bandeja y la coloca en la mesa de centro. En la bandeja hay pequeñas galletas con crema blanca y trocitos de kiwis y fresas encima. —Estos son pastelitos horneados con yogur y frutas. Extraña combinación, lo sé. Pero he estado

tratando de cocinar más sano y saben bastante bien juntos.

Marta coge uno de los cuadraditos y se lo da a Andrés.

—Esto es mejor de lo que esperaba, querida —dice Andrés.

Le doy una mirada a Mateo. *¡Tus padres son adorables!*

Mateo me da una sonrisa extraña que no puedo descifrar.

Es sólo mucho más tarde, después de muchas más cenas con sus padres, cuando me entero de la verdad.

Cuando estoy embarazada de treinta semanas, Mateo me dice algo que nunca hubiera adivinado sobre sus padres.

Acabamos de tener una cena encantadora juntos, como una *familia*. Dios santo, me encanta el hecho de que pueda decir la palabra "familia" y sentirme bien al respecto en estos días.

Nos despedimos en la puerta de la casa de Sara y Andrés, luego Mateo y yo salimos a la fría noche de invierno. El cielo es de un rojo brillante y la nieve cubre el suelo.

Me aferro al brazo de Mateo para mantener el equilibrio mientras bajo las escaleras. Es difícil preocuparse de ser elegante con un bulto gigante en el vientre.

—Tus padres son maravillosos —le digo por centésima vez.

—Mis padres... —Las esquinas de los labios de Mateo se jalan hacia arriba, ahí está esa extraña sonrisa otra vez. —Las cosas no siempre han sido así con mis padres.

—¿ah?

—Sí. Solían.... Cuando yo era pequeño, estaban separados —dice Mateo.

—Es difícil para mí imaginarlo. Parecen tan felices juntos.

—Sí. La separación duró tres años. No podían estar separados por mucho tiempo. Fue una estupidez.

—¿Cuántos años tenías? —Pregunto, sintiendo la pizca de dolor en la voz de Mateo.

—Alrededor de siete —dice Mateo, sin ofrecer más información.

—¿Vivías con tu madre o con tu padre? ¿O continuaron viviendo juntos?

—Vivía con mi abuelo. El padre de mi padre. —Mateo emite un suspiro. —Supongo que mis padres me tuvieron demasiado joven. Tuvieron que dejarlo todo y convertirse en adultos. Eventualmente, se sintieron bajo presión, supongo.

—¡Mateo! —Oigo a Rosa llamar desde detrás de nosotros. Me retuerzo para verla agitando algo en el aire, algo negro y familiar. —Dejaste tu bufanda.

Mateo mira a su madre y luego se vuelve hacia mí. Me dio las llaves de su coche y me dijo: —Hace frío. Será mejor que entres al auto primero. Esto puede tardar un poco. Mi madre puede ser muy habladora.

Mientras Mateo camina enérgicamente de regreso al jardín que acabamos de dejar, me soplo en las manos, tratando de mantenerlas calientes. Presiono el botón para abrir las puertas del coche de Mateo, luego empiezo a caminar hacia el sedán azul oscuro.

Cuando doy un paso, me doy cuenta de que algo anda mal. No hay fricción. Mi pie se resbala más allá del punto en el que puedo recuperar el equilibrio. Con mi barriga enorme por el embarazo, mi centro de gravedad a cambiado y es difícil corregir mi postura.

Al igual que en cámara lenta, caigo directamente en el suelo. Las planchas de cemento gris están cubiertas por una fina capa de hielo resbaladizo. Emití un grito. Desde el raballo de mis ojos, puedo ver a Mateo mirándome.

Y luego, me golpeé fuertemente con el frío y duro suelo. Me duele todo el cuerpo. Pero lo peor de todo es que, mientras el sonido de los zapatos de Mateo golpeando la acera resuena en el fondo, siento que algo caliente se me escapa y veo sangre manchando la entrepierna de mis pantalones.

ELENA

—¿Reposo completo en cama? —pregunta Julia desde el otro extremo de la línea.

—Eso es lo que dije. —Envuelvo mi mano alrededor de la taza de té caliente, sin cafeína y la elevo a mis labios.

Tomo un sorbo.

—Jesús, como si no estuvieras descansando lo suficiente. —dice Julia. —¿Qué hay de mí? Trabajo como 75 horas a la semana. Necesito un certificado del médico para poder faltar al trabajo y quedarme en la cama todo el día y aun así sé que será peor porque tendré que recuperar esas horas perdidas de trabajo..

—¿Crees que quiero esto? Jesús, juro que me estoy muriendo de desesperación. Ni siquiera puedo lavar la ropa o ir a la tienda —me quejo. — Leí en un sitio de internet que los descansos o reposos en cama son una pésima idea en la mayoría de los casos ya que podría causar coágulos de sangre y reducir la masa ósea.

—¿De verdad?

—Sí. Lo investigué y encontré este estudio científico. Se lo mostré a Mateo. Incluso vi a otro ginecólogo/obstetra para obtener una segunda opinión. Dijo que el reposo en cama no tiene ningún beneficio comprobado. —Dejé escapar un suspiro de irritación. —Pero Mateo no quiso escuchar. Quiere que esté recostada las 24 horas del día, excepto unos 15 minutos al día.

—Sabes, si hubieras dicho eso hace unos meses, habría sonado sexy. Pero ahora, contigo prácticamente incapacitada y con esa enorme panza... No lo sé.

—Es muy amable de su parte, insistir en que continúes con el reposo en cama y hacer todas las tareas por ti. Nunca hubiera pensado que el despiadado y frío Mateo Brusick fuera tan blando.

Me río. —Sólo es despiadado cuando se trata de sus inversiones. Conmigo y sus padres es súper dulce. Ni siquiera era malo cuando yo era su

asistente personal, sólo un poco distante.

—Estoy muy contenta de que esto haya funcionado para ti, Elena. Cuando me dijiste que estabas empezando a enamorarte, pensé que iba a terminar en un desastre.

—Sí. Estábamos todos condenados a la ruina —digo yo.

—Pero claro, como no. Ustedes dos tenían un acuerdo, un contrato legal, que detallaba las reglas de su relación. Se suponía que eras un proveedor de servicios, y que él era un cliente. No se suponía que se convirtiera en una relación real. No esperaba que miraran la puesta de sol tomados de la mano.

—Eso es cierto. Pero, de nuevo, ¿qué es el matrimonio, si no es sólo otro contrato legal?

—Eso también es cierto —admite Julia. —Así que ahora que ustedes dos son una pareja legal y van a tener un bebé, ¿también se van a casar?

—No lo sé —le dije—. He estado pensando en ello. Pero se siente como si muchas cosas estuvieran sucediendo rápidamente, todas a la vez. Tal vez deberíamos tomárnoslo con calma.

—Hey amiga, el reposo te está haciendo mal. Estas embarazada, sufriste un accidente, tu pareja es el hombre más codiciado de la ciudad ¿y quieres tomar todo con calma.

Me río. ¿Qué puedo decir? Julia tiene razón. Además, si no fuera por sus llamadas, habría perdido todo contacto con el mundo exterior.

Los días pasan en una dicha que me agrada.

A pesar del reposo en cama, la vida no apesta. Y puedo agradecerle a Mateo por eso. Ha sido lo suficientemente amable como para manejar todos los quehaceres, recados y comidas; no hace esas cosas él mismo porque tiene que trabajar, pero contrata a gente para asegurarse de que yo no tenga que mover un dedo.

Y aunque una de las razones que cité para mudarme aquí fue para poder tener sexo durante los meses calientes de mi embarazo, eso tampoco está sucediendo. Mateo tiene demasiado miedo de hacerme daño.

Por otro lado, me siento en conflicto.

El cuidado atento de Mateo me hace sentir amada. Me trata como si fuera algo precioso, y nunca lo había tenido antes.

Pero por el otro lado, quiero gritar porque sé que todo este alboroto no es necesario. Y me siento como una de esas vacas que se alimentan con pasto de primera calidad y reciben masajes regulares, sólo para que tengan buen sabor cuando finalmente las lleven al matadero.

Espera. Tal vez no quise decir eso.

Mateo no me llevará a ningún matadero, por supuesto. No me haría daño a propósito. Pero a veces se siente como si estuviera haciendo todas esas cosas no porque se preocupe por mí, sino porque se preocupa por el bebé. Su hijo.

Sé que es una estupidez, pero una parte de mí todavía tiene miedo de que Mateo sólo se quede conmigo porque estoy embarazada de su bebé, de que me deje una vez que todo esto haya terminado. Lo que es tonto, por supuesto. Me ha llevado a ver a su familia y todo eso. Y puedo sentir la sinceridad en cada una de sus palabras, en cada pequeño toque.

Entonces, recibo la llamada. Julia me llama y estúpidamente pienso que estamos a punto de tener otra charla sin mayor importancia.

—¿Dónde estás? —pregunta Julia.

—En el parque de patinaje, practicando el triple mortal con patada diagonal. —Me río. —¿Hola? ¿Descansar en cama? Postrada...

—Tienes que encender tu televisor. Canal cinco. Ahora. —Parece urgente. Ella ni siquiera me deja terminar de hablar o reírme de mi broma. Claro, no es mi mejor broma, pero no es tan mala tampoco.

—Vaya, hoy estás mandona. ¿Estás en tus días? —Pregunto mientras me inclino hacia adelante en el sofá y tomo el control remoto de la mesa. Suena fácil, pero con una barriga del tamaño de una pelota de playa... es una hazaña de fuerza de voluntad y determinación.

—¿Qué has estado haciendo que no te diste cuenta? —pregunta Julia.

—¿Sobre qué? He estado escribiendo. ¿No te dije que eso es lo único que aún puedo hacer? —Pregunto mientras presiono el botón rojo para encender el televisor. —A Mateo ni siquiera le gusta que me quede en el sofá

como ahora, porque quiere que esté en la cama.

El canal cinco aparece en la TV y mi mandíbula se cae. —¿Qué demonios...?

—Supongo que lo estás viendo ahora mismo. —pregunta Julia.

—¿Qué está haciendo? —No puedo creer lo que estoy viendo.

—Parece que se va —dice Julia. —Eso es inteligente. No creo que sea un buen momento para que haga una declaración.

—¿Una declaración sobre *qué*? —Veo, estupefacta, mientras veo a Mateo abrirse paso entre la multitud de reporteros en la pantalla de televisión. Esto parece una gran noticia.

—Sobre ti y el bebé —dice Julia con un tono de simpatía en su voz.

MATEO

Me paso los dedos por el pelo mientras miro el título de una noticia en un blog en el monitor de mi gran ordenador, para ver mejor mi problema.

Internet está lleno de actividad, y las estaciones de televisión también. Pronto, las revistas se pondrán al día cuando publiquen sus últimas ediciones.

Me pregunto cuáles serán sus titulares. ¿Qué tan mal se pondrán?

El ganador del peor título de la historia es *de un canal local*, un famoso programa de televisión de chismes. El título ganador:

—Acoso sexual en vivo y en directo en Inversiones Brusick.

Si un programa de chismes puede tener un título como ese, estaré jodida tan pronto como los periódicos se enteren de esto.

—Mateo, tenemos que tomar una decisión —dice Ivania. Ella es una veterana ejecutiva de relaciones públicas, que ha manejado múltiples crisis en el pasado. Parece tensa, lo que probablemente no sea una buena señal. —Si nos quedamos callados, será tomado como que estamos admitiendo y asumiendo la culpa. Parecerá que tienes algo que ocultar.

—No sé qué más tiene esta gente contra mí, Ivania. Juro que soy inocente, pero de una u otra forma tienen que inventar algo sucio sobre mí que usan para dañar mi reputación y credibilidad.

Normalmente me gusta mi oficina. Pero hoy se siente como si las paredes se estuvieran cerrando sobre mí, a pesar de que este lugar es igual que siempre.

—Si eres inocente, es mejor confesar —dice ella frente a mi escritorio. —Sé honesto y dale un giro positivo a las cosas. Que la chica declare que no hay acoso sexual y que todo volverá a la normalidad.

—No —digo rápidamente. —No voy a dejar que haga ninguna declaración, o que aparezca de alguna manera en los medios.

—¿Por qué? ¿Porque puede tener una historia diferente a la tuya? —pregunta Ivania, entrecerrando los ojos hacia mí.

—Jesús, Ivania. —No puedo creerlo. —¿Cuánto tiempo llevas

trabajando para mí? ¿Alguna vez me has visto hacer que alguien haga algo en contra de su voluntad?

—¿Así que estás diciendo que todo es consensuado? —pregunta Ivania. —Si lo es, no tienes de qué preocuparte. Pero como dije, la chica tendrá que aparecer. Porque de lo contrario, sólo tendrás tus propias palabras para respaldarte. ¿Y en mi experiencia? Las palabras de los hombres acusados de delitos sexuales no significan nada para el público.

Entiendo su punto de vista.

Por otro lado, me está pidiendo lo imposible. No puedo hacer desfilar a Elena frente a las cámaras para que los extraños no me culpen por ningún crimen que imaginen que haya ocurrido.

En primer lugar, está en reposo en cama.

Y segundo, prometí mantener su anonimato en nuestro contrato. Las cosas son dramáticamente diferentes ahora que estamos juntos de verdad, pero quiero mantener esa parte del trato por ella.

Quiero que permanezca en las sombras, al menos hasta después de que publique su primer libro y se convierta en un gran éxito, lo que sin duda sucederá. Sé lo importante que es para ella que no sólo se la conozca como mi novia, o incluso como la madre de mi hijo.

No, no quiere que la gente lea su libro y adivine qué aspectos de la historia han sido tomados de su vida real. Quiere que su historia se base en sus propios méritos. Ella quiere que la gente tome su libro y lo juzgue por su valor artístico, no por su asociación con figuras públicas.

—Mateo —dice Ivania, recordándome de nuevo que tengo que tomar una decisión, "el reloj está corriendo. Cuanto más tardemos en emitir una declaración, más sospechoso parecerá.

Junto mis manos y me giro para mirar a Ivania. —Diles que no se metan en lo que no les importa.

—Bien. Podemos decir algo como... les pedimos que respeten su privacidad. Tal vez también mencione el hecho de que estos rumores provienen fuentes no confiables. La única información que tienen es lo que Richard les está diciendo.

Mi sangre hierve al oír ese nombre. —Lo juro, si vuelvo a ver a ese tipo...

—Y por eso me enfrentaré a los medios de comunicación por mi cuenta —dice Ivania. —Tienes que mantener la calma, Mateo. Normalmente eres bueno en eso.

Eso es probablemente porque mis problemas usualmente no involucran a Elena.

Incluso en los días en que he cometido errores multimillonarios, no me afecta, la verdad que no. Ya tengo más que suficiente dinero para el resto de mi vida. Las pérdidas como esa no me molestan.

Pero si alguien lastima a Elena, usaré todo lo que esté en mi poder para hacer de la vida de esa persona un infierno.

Algo zumba en mi escritorio y me pongo de pie mientras se enciende la pantalla de mi teléfono.

Es Elena. No habría llamado a este número si no fuera importante.

Ella lo sabe, mierda.

—Disculpa —le digo a Ivania antes de contestar el teléfono. —Hola.

—Mateo, ¿qué está pasando? —pregunta Elena con voz de pánico.

—No hay nada de qué preocuparse —digo suavemente. —Lo tengo todo bajo control.

—¿Lo tienes bajo control? —pregunta Elena. —No lo parece. Te vi tratando de pasar a la fuerza a través de la multitud de periodistas en la televisión.

—Era un público normal para mí después del almuerzo —miento. Sólo recibo esa clase de atención cuando pasa algo grande.

—Sí, claro. Solía ser tu asistente personal, Mateo. Dime la verdad.

—Todo está bajo control, Elena. Esa es la verdad.

Elena se queda callada unos segundos antes de decir: —Debería decir algo.

—¿Qué?

—No para ti. Quiero decir que debería decir algo a los medios.

—Absolutamente no —digo yo. —Estás en reposo en cama.

Noto movimientos en mi visión periférica, y me doy cuenta de que Ivania ha estado agitando sus brazos, tratando de llamar mi atención. Está apuntando urgentemente a la pantalla del televisor que está al otro lado de la habitación. Richard está diciendo algo.

—Pero Mateo...

—Si eso es todo, tengo que irme para poder manejar esta situación —le digo. —Lo siento, Elena. Te veré en casa. Sólo apaga la tele y duerme una siesta, ¿vale?

Cuelgo el teléfono y veo impotente cómo Richard les dice todo: el nombre completo de Elena, así como el contrato. Sí, *ese* contrato. El que tiene todos los detalles sórdidos de nuestro acuerdo, incluyendo cuánto sexo está involucrado.

Todo el mundo va a ver esto y sabrá el nombre de Elena. Mi mente se remonta al día en que Richard se volvió loco en mi oficina. Dijo que iba a salvar a Elena de mis malvadas garras, y ahora supongo que ha decidido que su seguridad es más importante que su anonimato.

Y peor que eso, mis padres verán esto y pensarán que Elena y yo hemos estado tratando de engañarlos.

—Mierda —digo yo, casi al mismo tiempo que Ivania.

ELENA

—Hola, Ivania —digo por teléfono mientras mi corazón late con fuerza en mi pecho. Sé que no debo hacer esto.

No es ilegal ni nada, pero Mateo no estará contento.

Bueno, qué pena, porque lo estoy haciendo de todos modos.

—¿"Elena"? pregunta Ivania en voz baja.

Nos hemos visto y hablado unas cuantas veces en la oficina, por supuesto. Pero no estamos cerca y ambas sabemos que sólo estamos hablando porque hay una emergencia y es posible que podamos ayudarnos mutuamente. Eso es lo que espero.

Y ambas sabemos que no podemos hablar delante de Mateo.

—¿Es seguro hablar? —Pregunto.

—Sí. Estoy de vuelta en mi escritorio. —Algo hace temblar a Ivania al final de la línea. —En realidad, estoy dejando mi escritorio ahora. Probablemente sea mejor si me muevo a otro lugar para hablar contigo.

Mientras los tacones de Ivania hacían clic en el suelo de baldosas de la oficina, le pregunté: —¿Qué está pasando *realmente*?

—Richard se ha vuelto loco. Ha ido a los medios de comunicación y les ha contado cómo Mateo aparentemente está cometiendo acoso y agresión sexual en tu contra. Incluso les mostró tu contrato —dice Ivania.

Eso lo sé por la televisión, pero no es lo que estoy preguntando. Me muerdo la mejilla mientras camino lentamente por el pasillo. Las baldosas de mármol se sienten heladas bajo los pies, como mi sangre. Se forman gotas de sudor frío en mis sienes.

Oigo el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose, y sé que probablemente está parada en el balcón donde la gente suele fumar.

—Sí, lo sé. —Lo trago y pregunto: —¿Está todo bajo control?

Ivania se ríe. —No, Elena. Todo se ha ido a la mierda.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que no tenemos un plan. *Nada*. —Ivania respira hondo. —Mateo quiere decirles que respeten su privacidad, o algo así. Aún no he pensado en la redacción correcta. Pero no creo que haya suficientes palabras en el diccionario para que su declaración suene bien. La gente quiere respuestas, y Mateo básicamente está doblando su política de no hacer comentarios.

Hago un gesto de dolor. —Eso no suena bien.

—No, no es nada bueno. Lo está tratando como solía tratar sus escándalos sexuales, ya sabes, desde antes de casarse.

Me aprieta el pecho, pero me las arreglo con un pequeño 'sí'. No es momento para celos.

—Sí —dice Ivania. —Esto es completamente diferente, sin embargo. Esas chicas no trabajaban para él, y obviamente eran buscadoras de oro profesionales, o de la alta sociedad, como prefieren que las llamen. —La mirada de Ivania es casi audible.

—¿En qué es diferente esta vez? —Pregunto.

—Es diferente porque esto concierne a la compañía —dice Ivania. —Esto podría terminar dañando nuestra reputación y credibilidad, especialmente porque el estilo comercial de Mateo es ir tras compañías poco éticas. Tenemos enemigos, y necesitamos mantener nuestra imagen limpia si queremos mantener nuestra marca como inversores éticos.

—Nuestros clientes, no sólo nos eligen porque hacemos crecer su dinero, sino también porque lo hacemos de una manera que les permite dormir tranquilamente por la noche. Y ahora, Mateo está siendo pintado como un monstruo, que se aprovecha de su inocente y joven asistente. ¿Cómo van a estar tranquilos nuestros clientes con la idea de que su riqueza vaya a apoyar a alguien así?

—No lo harán —dije cuando me di cuenta. —Van a cambiar a otra compañía.

—Exactamente. —Ivania hace una pausa. —Ya hemos estado callados demasiado tiempo. La noticia salió por la mañana y ya pasó la hora del almuerzo, así que han pasado casi cuatro horas de silencio.

Ivania se ríe irónicamente. —Dios, no puedo creer que haya dicho eso. Pero es verdad. Después de Twitter, la gente espera respuestas en cuestión de minutos. No solía ser así en los buenos tiempos. Podríamos tomarnos un respiro y formular cuidadosamente una respuesta en ese entonces.

Ivania tiene más de 50 años, lo que significa que no creció con Twitter. También significa que ha estado haciendo relaciones públicas durante más de dos décadas, y sabe lo que hace. Si dice que las cosas están jodidas, probablemente tenga razón.

—¿Hay algo que podamos hacer para arreglar las cosas? —Pregunto mientras mi corazón palpita. Haría cualquier cosa para contener esta situación.

Ivania se queda callada. —¿Es una pregunta sería?

—Sí, por supuesto. *¿Por qué no iba a serlo?*

—Bueno... —Ivania deja que su voz cuelgue en el aire, intensificando el suspenso. *Yo no puedo arreglar este lío... pero tú sí.*

—¿Yo? —Frunzo el ceño.

Nunca he tratado con los medios antes. Y ahora que las cosas están tan mal que ni siquiera Ivania puede arreglarlas, se supone que soy la heroína que va a la batalla para salvar a todos?

¿Qué puedo hacer?

Soy un don nadie. No soy Mateo, con su riqueza, poder y alto perfil, ni Ivania, con sus años de experiencia como profesional de las relaciones públicas.

—Sí, eres la única que puede salvarnos ahora —dice Ivania. —¿Hablas en serio?

—Sí —digo en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo dices en serio, ¿verdad? ¿No estás diciendo lo que crees que quiero oír? —pregunta Ivania con urgencia. —Porque, aunque estoy segura de que esto va a funcionar, también significa que tendrás que ponerte ahí fuera para que la gente lo escudriñe y juzgue.

—Sí —repito. Estoy haciendo esto. Están atacando a Mateo, lo que

significa que están atacando a la única familia que tengo. Y no puedo quedarme aquí sentada bebiendo mi té sin cafeína y frotando mi barriga embarazada.

Ivania emite un gran suspiro de alivio. Cuando habla, la tensión ha desaparecido de su voz, reemplazada por el afán. —Eso es perfecto. Estás salvando a toda la compañía, Elena. Estás haciendo lo correcto. Estás ayudando a mucha gente a mantener sus trabajos.

—¿Qué tengo que hacer?

Ahora Ivania es todo negocios. Habla con la certeza de alguien que tiene un plan sólido. —Tendrás que decirles la verdad. No sé nada sobre tu buen trabajo en la relación, ocultándolo, por cierto. No tenía ni idea. Pero conozco a Mateo, y te conozco a ti. Estoy segura de que todo entre ustedes dos es consensuado y real.

—Por supuesto —le digo.

—Seré honesta, tenía mis dudas. Pero verte tan dispuesta a arriesgar tu pellejo para salvar a Mateo cuando insistió en no arrastrarte en esto.... puedo decirte que los dos tienen algo real que muy pocas parejas logran tener.

—¿Insistió en qué? —Pregunto, curiosa. Es la primera vez que escucho esto.

—Bueno, yo sugerí que la única manera que podía existir para resolver este problema era que tu hiciera una declaración para aclarar todo. Pero dijo que eso estaba fuera de discusión.

No sé qué pensar de esta información.

Por un lado, se me hincha el pecho al pensar que Mateo me protege tanto.

Por otro lado, este es mi problema también, maldita sea. Y si puedo ayudar a resolverlo, lo haré.

Hasta luego querido *reposo en cama*.

MATEO

~ ~ ~ *Días después* ~ ~ ~

Todo es perfecto cuando despierto.

Abro los ojos para ver a una hermosa mujer acostada a mi lado. Ella es completamente suave, femenina y mía.

Oh, y también lleva a mi bebé en su vientre.

Nunca pensé que ese trato me daría todo lo que siempre desee.

Empiezo a levantarme, pero Elena toma mi mano.

—Vuelve a dormir, Elena —le digo mientras le pongo un suave beso en la sien.

Ella hace un gemido sexy y somnoliento y mi corazón se mueve, mi pene también se mueve. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me cogí a esta preciosa mujer. El impulso de reclamar su cuerpo y hacerla mía de nuevo se está acumulando.

El cuerpo humano es tonto a veces. Tener sexo no servirá para ningún propósito procreativo, pero mierda, daría mi brazo izquierdo por hacerlo.

Pero no puedo. Tengo que pensar qué es lo mejor para Elena y nuestro bebé. Ojalá mi maldito pene recibiera el mensaje igual que mi cerebro. Dios mío, ya estoy duro como una roca y pulsando contra mis pantalones de pijama. Puedo notarlo por la tienda de campaña que he montado entre mis piernas.

Esto me recuerda a aquella vez que tuve una erección instantánea en una fiesta en la piscina de un chico de la escuela. Tuve que deslizarme por el borde y esconderme en un baño antes de volver a salir.

Elena pone mi brazo alrededor de su cintura y me acerco hasta acurrucarla, excepto que tengo que sacar el culo para que mi pene no la empuje. Eso haría *muy* difícil para mí evitar frotarme contra ella.

Hace calor debajo de la manta, pero *ella* está más caliente. Mientras la envuelvo con mis brazos, mis dedos rozan la parte inferior de sus tetas las cuales se han agrandado con el embarazo. Huele a vainilla y canela, como su

jabón líquido. Me acerco para absorber más de su olor, y mientras mis labios rozan la parte posterior de su cuello, me congelo.

-*No la beses*- dice mi cabeza.

Mis labios y la lengua en su cuello seguramente le provocarán algunos gemidos y algunos retorcimientos. Lo sé porque ese movimiento nunca me ha fallado con Elena.

Maldito sea este reposo en cama.

Elena se gira hacia mí mientras sus ojos se notan pesados. Sus labios se curvan para formar una sonrisa. —No oí tu alarma.

—Aún no ha sonado. Pensé en darme una ducha ahora, ya que desperté unos minutos antes.

—No, quédate —dice con voz dulce a la que no puedo decirle 'no'.

Así que pasé mis manos por su espalda, suavizando los pliegues de su camisa. En ese momento ella gime. Su gemido es lo más parecido a estar haciendo el amor, pero solamente son masajes. El problema es que mi pene ya no sabe diferencia uno del otro.

Te lo juro, después de que llegue este bebé, le haré trizas la ropa y me enterraré dentro de ella.

—¿Cuánto tiempo tienes? —Elena me pregunta mientras se muerde el labio inferior y me mira desde debajo de las pestañas mientras el deseo oscurece sus grandes ojos.

—No... —Miro como ella separa sus labios y suelta un gran suspiro. Mierda, estoy en problemas. —No me tientes, mujer.

Elena se ríe. Me pasa su delicada mano por el costado y mi pene se erecta aún más elevando mis pantalones. Juro que mi cuerpo ha olvidado su propia edad; estoy reaccionando más como un adolescente que como un adulto de treinta años.

Los ojos de Elena se abren de par en par al ver el abultamiento de mis pantalones. Una pequeña sonrisa juega en sus labios. —Vamos. Sabes que tú también lo quieres.

—Mierda, lo sé —digo desesperado. ¿No ve lo mucho que la deseo?

—Déjame chuparlo...solo un ratito —dice con hambre en la voz. ¿Cómo tuve suerte de encontrar a esta mujer? Ofrece mamadas sin que yo tenga que pedir las.

No hemos hecho nada en semanas, y la energía sexual acumulada dentro de mí es insoportable. Por la noche, cuando Elena duerme, me escabullo al baño para masturbarme. Sin esa liberación, no podría dormirme junto a sus tentadoras curvas.

Lo peor es que Elena ha sido una ninfómana absoluta. Ella me toca todo el tiempo, dándome *esa mirada* -la de la mirada intensa, la sonrisita y la ceja ligeramente levantada. Después de ducharse, camina desnuda hacia el dormitorio y luego se toma su tiempo para escoger las prendas de vestir y volver a ponerlas en el armario antes de que finalmente se cubra con el primer atuendo. No tiene ningún sentido el show de la ropa. Apenas sale del apartamento.

Parece una diosa con el vientre abultado. Está resplandeciente. No sé si es por su embarazo o por poder pasar su tiempo haciendo lo que le gusta en casa, pero me gusta.

Después de contenerme tanto tiempo, mi fuerza de voluntad se está agotando.

Además, el doctor dijo que se le permite tener algo de estimulación externa, siempre y cuando no haya penetración.

—Ok —Es lo único que puedo responder.

Elena se da la vuelta y yo salgo de la cama. Rápidamente me quito la ropa, luego me pongo de rodillas, a horcajadas sobre la cabeza de Elena.

—Mmm.... —Elena mira ansiosamente a mi pene, con los labios abiertos.

Me bajo y levanto la mirada hacia el techo cuando la boca caliente y húmeda de Elena envuelve la cabeza de mi pene. Su lengua se mueve y arremolina sobre mi glande, haciéndome gemir.

Giro mi tronco y meto la mano en las bragas de Elena. Con su enorme barriga y el bebé en camino, no podemos hacer un sesenta y nueve. Pero mis dedos aún pueden hacer magia en el cuerpo de esta mujer.

No tardamos mucho en llegar a nuestras cimas. Termino con una intensa y prolongada vibración de su clítoris, mientras ella me hace venir con una combinación de su hermosa boca y su mano que bombea.

—¿Crees que el bebé sintió eso? —Elena pregunta mientras se frota su redonda y apretada barriga sobre su camisa.

—Espero que no. —Respondo mientras hago una mueca.

Elena se ríe. —Relájate. Él no sentirá nada de esto, el doctor me lo dijo.

—¿Te refieres al médico que no cree en el reposo en cama?

—Sí. —Elena se encoge de hombros. —No sé por qué no crees lo que dice. Es un médico de fiar.

—Lo sé, pero prefiero asegurarme antes que arrepentirme.

—Lo dice el hombre que se gana la vida tomando riesgos multimillonarios —dice Elena.

—Tú lo dijiste. Me gano la vida tomando riesgos monetarios. —La acerco y le doy un beso rápido en los labios. —¿Contigo? ¿Y nuestro hijo? No me estoy dispuesto a arriesgarme.

Los labios de Elena se convierten en una gran sonrisa. A pesar de sus protestas y reclamos, sé que le gusta cuando me preocupo por ella y el bebé.

—Me daré una ducha, ¿de acuerdo? —Empiezo a levantarme.

Elena pone su mano en mis abdominales, luego traza las líneas de mis músculos con sus suaves dedos. —Me uniré a ti.

—Estoy algo atrasado. —Le hago una sonrisa mientras salto de la cama. —Y contigo en la ducha, ni siquiera podría ir a la oficina. Vuelve a dormir, amor.

Elena levanta la manta para cubrir sus hombros y se pone cómoda. Me hace querer unirme a ella. Sería un paraíso acurrucarse en la cama todo el día con Elena y nuestro bebé. Pero no puedo hacer eso.

Hay un momento para todo, y ahora es el momento de ducharse.

Una vez que consigo liberarme de mi pequeña seductora favorita, hago mi rutina del día. Me ducho, tomo un gran vaso de leche y unas tiras de tocino con huevo para desayunar, y conduzco hasta la oficina.

El día pasa como cualquier otro día, hasta que Ivania llama a la puerta de mi despacho con una urgencia inusual. No le toma mucho tiempo explicar lo que está pasando, y a mí tampoco me toma mucho tiempo decidir qué hacer.

Cuando alguien en una reunión menciona casualmente una conferencia de prensa en la planta baja del edificio, me doy cuenta de que debería haberme metido con Elena bajo la manta esta mañana y haberme saltado este día de trabajo.

Ivania no me ha contado nada sobre la conferencia de prensa, lo que significa que está haciendo algo a mis espaldas. Y considerando su sugerencia de esta mañana de que Elena haga una declaración, supongo que eso es lo que va pasar.

Si estuviera en casa, al menos podría haber evitado que Elena viniera hasta aquí, o incluso que se enterara de esta crisis con el mundo público.

Pero ahora que ya está aquí, todo lo que puedo hacer es minimizar la cantidad de información que comparte con los medios.

Dicho esto, ya saben su nombre y reconocen su rostro. No es como si pudiera mantener su identidad oculta por más tiempo.

Pero tampoco puedo dejar que reciba esta bala por mí. Además, se supone que debe estar en reposo y completamente libre de estrés. Seguramente hacer una conferencia de prensa puede ser clasificado como tipo de "actividades extenuantes" que no debe hacer y/o debe evitar a toda costa.

—Disculpe, Sr. Walker. Ocurrió una emergencia. Tengo que salir de esta reunión —digo mientras me levanto de mi silla. Todos los ojos se vuelven hacia mí, especialmente los de mis propios empleados. Saben que nunca me pierdo una reunión importante con uno de mis mayores inversores.

—Pero volé hasta aquí para verte, más de 15 horas desde mi país. ¿No podemos terminar esto antes de que te vayas? —La desaprobación en sus ojos oscuros no me hace cambiar de opinión.

—Lo siento, tengo que irme ahora —digo yo, sosteniendo el pomo de la puerta con una mano. —Carlo ha manejado numerosas cuentas como la suya, y estoy seguro de que puede ayudarle con todo lo que necesite. Revisaré personalmente el detalle de la reunión una vez que regrese a la oficina.

Con eso, me apresuro a bajar por el pasillo y reventar el botón del ascensor hasta que la puerta finalmente se abra.

Necesito detener a Elena antes de que cometa un gran error del que se arrepentirá durante toda su vida.

ELENA

Me siento en la primera fila, agarrando un trozo de papel con mis manos temblorosas las cuales apoyo sobre mi pesada barriga. Al menos el podio en el escenario esconderá mis temblores.

No es fácil bloquear mentalmente todo lo que sucede a mi alrededor. Los reporteros están atentos a mis movimientos, armando su equipo y apuntando con sus cámaras al lugar donde estaré de pie dentro de cinco minutos.

Menos mal que Ivania me dio una pequeña lista de apuntes, en lugar de una larga declaración. Esto será una tortura, pero sólo durará uno o dos minutos.

Dios, y pensé que mi primera conferencia de prensa iba a ser sobre el lanzamiento de mi primer libro.

Miro a mi alrededor, imaginándome sosteniendo mi primer libro en vez de esta estúpida lista. Esto es sólo un salón de reuniones en el edificio de inversiones de Mate. No me puedo dejar intimidar. Los reporteros parecen ansiosos.... Oh, si tan sólo estuvieran aquí por mi libro, esperando con entusiasmo saber de dónde saqué mi inspiración, y si ciertos personajes secundarios van a aparecer en mis futuras historias.

Mientras visualizo la habitación, mis ojos se posan sobre una figura alta e imponente justo afuera del salón de actos. Se mueve con confianza y determinación, como si estuviera en una misión.

Mierda.

Trato de levantarme, presionando mis palmas contra el cojín de mi asiento para salir de él. *Maldita sea, ¿por qué tengo que ser tan gorda?*

Sí, sé que sólo estoy embarazada. Pero es difícil no sentirse grande cuando mis pantorrillas se han fusionado con mis tobillos.

Me muevo rápidamente, tan rápido como se puede mover una mujer embarazada, subo los tres escalones y finalmente logro llegar al podio.

Inmediatamente, todos los ojos y lentes de la cámara se giran para mirarme atentamente. Las conversaciones se detienen a medida que la gente

abandona todo lo que está haciendo para prestarme toda su atención.

Whoaaa. Nunca había tenido tantos ojos sobre mí al mismo tiempo. Y pensar que habrá aún más cuando esas cámaras pongan mi cara en la televisión y en los sitios de internet, sin mencionar los periódicos. Si esto se hace lo suficientemente grande, probablemente la gente me reconocerá en donde quiera que vaya.

El micrófono del podio está demasiado alto, así que lo bajé. Un fuerte chillido atraviesa la habitación, y todos se estremecen como si estuvieran sufriendo.

—Lo siento —digo en el micrófono cuando el ruido finalmente se detiene.

Ivania me mira con ojos grandes como platillos y una expresión facial que, sin usar palabras, dice, *¿qué mierda crees que estás haciendo?*

Esto no es lo que hemos planeado. Se suponía que Ivania me presentaría y se quedaría a mi lado mientras hablo, pero creo que tendré que improvisar.

Capto la mirada de Ivania en dirección a Mateo, que está a punto de entrar en el salón de reuniones. Tiene la misma expresión que Ivania, pero con más ira. Su mirada posesiva me dice que cree que puede decirme qué hacer.

Bueno, señor, he estado haciendo pacientemente lo que usted quiere que haga. ¿El reposo en cama? Ni siquiera era necesario. Pero lo hice de todos modos. Esto va para ti.

Probablemente no debería admitir en este momento que el reposo en cama no fue del todo horrible. Quiero decir, ¿quedarme en casa y sentarme sobre mi culo para escribir todo el día? Creo que no es tan malo como lo creía.

Ivania sigue mi mirada y se fija en Mateo. Parece sorprendida. Pero entonces, se ajusta las gafas y comienza a marchar hacia él. Ella bloquea su camino e intercambia palabras con él.

No le llevará mucho tiempo a Mateo pasar a Ivania. No sé qué planea hacer Mateo para interrumpir esta conferencia de prensa, pero no voy a esperar a averiguarlo. Necesito usar estos valiosos minutos antes que sea

demasiado tarde.

—Gracias por venir hoy —le digo al micrófono. Me detengo un segundo, distraída por el eco mientras sostengo la hoja con apuntes frente a mí. —Tengo que hacer una breve declaración sobre las noticias que circulan sobre Mateo Brusick y yo.

No creí que fuera posible, pero ahora tengo aún más atención. Las cámaras se congelan, apuntando directamente hacia mí. Todo se detiene. Ni siquiera noto que alguien respire.

Así que me tomo un respiro y disfruto del silencio por un momento. Hace calor aquí, bajo la intensa iluminación de las cámaras que me señalan. Una fina capa de sudor se forma en mi piel.

—Entiendo que mi nombre ha sido mencionado como víctima de Mateo Brusick. Mi nombre es Elena Monsalve, por cierto. —Me siento tonta presentándome de esta manera. ¿Es demasiado tarde para hacerlo? No lo sé. Se suponía que iba a ser la parte de Ivania, pero ahora sólo estoy improvisando. —De seguro algunos de ustedes ya lo sabían por el contrato que mostro esta mañana el señor Richard O..

Algunos de los reporteros que están sentados frente a mí garabatean cosas en sus cuadernos, y me pregunto qué partes de mi declaración llegarán a los artículos que saldrán directo al público.

—Me gustaría decir que no ha habido ninguna conducta inapropiada, y mucho menos acoso, por parte de Mateo Brusick, en todo el tiempo que trabajé para Brusick Inversiones —digo fuerte y enérgicamente por el micrófono.

Los susurros se convierten en un zumbido bajo entre mi audiencia y sé que estoy perdiendo el control de la situación. Un hombre habla. —Elena, ¿estas esperando un bebé de Mateo?

—Sí —lo admito, ante el shock de casi todos en el salón. Puedo ver los ojos abiertos y las mandíbulas caídas, como si hubiesen visto un fantasma. —Estamos juntos, y vamos a tener un bebé. No hay nada extraño aquí. Sólo una pareja que ha decidido formar una familia.

—¿Qué hay del contrato? —Un reportero dice alzando su voz un poco más fuerte que el resto de ellos.

—El contrato era sólo por diversión. No era algo en serio —digo yo, de la manera más informal posible. Fácil y alegre. Me sonrío y levanto las cejas, como si les estuviera preguntando, *¿pueden creer que Richard pensara que era real? Ese tipo está loco.*

—Elena —una mujer dice mi nombre. —¿Empezaron a verse cuando aún trabajaban en Brusick Inversiones?

—Nos conocimos porque era la asistente de Mateo. Pero tan pronto como empezamos a salir, decidimos que no era una buena idea que siguiéramos trabajando juntos, aunque no hubiera una política en contra de las citas entre colegas en esta oficina. —Sonrío.

Esto es más fácil de lo que pensé. Sólo diles la verdad, ¿vale? Yo puedo hacer eso. Tengo que improvisar un poco, pero también soy bastante buena cuando se trata de ficción.

Mi reputación está ardiendo, y no hay manera de que mi nombre no se asocie para siempre con este escándalo.

Pero no me importa. De alguna forma esto se siente liberador.

Finalmente puedo hacer lo que quiera, sin preocuparme de que la gente me juzgue.

Ya ni siquiera me importa Lucia, porque ahora tengo mi propia familia. Dios mío, no puedo creer lo mucho que me preocupaba por lo que ella pensaría cuando no debería haber importado ni lo más mínimo.

Ha estado haciendo muchas preguntas sobre cómo voy a contratar a una niñera para que cuide a su hijo por mí. Supongo que ahora se enterará.

—¿Cómo es estar embarazada? —pregunta otro reportero.

—Oh, es bonito, pero no es mágico como algunos creen. Me siento engañada, honestamente. —Empiezo a sentirme bien conmigo misma, habiendo hecho reír a un montón de reporteros.

Ahí es cuando alguien se me acerca, haciéndome saltar de sorpresa. Por la forma en que mi piel chisporrotea al tocarlo, sé quién es. Ni siquiera tengo que ver su preciosa cara para saber que es él.

Mateo envuelve su brazo musculoso alrededor de mis hombros y me acerca. Sonríe a la multitud de reporteros, pero el fuerte agarre de su mano en

mi brazo me dice que está enojado.

Mateo me mantiene en su lugar mientras ajusta el micrófono. El chillido en los altoparlantes hace que todos vuelvan a hacer muecas, pero él no se disculpa. —Damas y caballeros, me temo que es todo el tiempo que tenemos hoy. Gracias por venir aquí.

Mateo me tira de su costado y dice, en voz baja: —Sonríe.

Me erizo bajo la suposición de saber que soy una pequeña mujer que hace lo que Mateo me ordena. Pero lo hago de todos modos. Sonrío. Esta pesadilla ha terminado por fin, gracias a la breve y concisa nota de Ivania.

Cientos de luces parpadean a nuestro alrededor, casi cegándome, mientras los reporteros se deleitan con una sesión de fotos improvisada.

ELENA

—¿Qué crees que estás haciendo? —Mateo pregunta cuando la puerta se cierra automáticamente atrás de nosotros y el ascensor nos lleva hasta el edificio.

—¿'Yo'? —Lo pregunto con indignación. —¿Qué crees que *tú estás* haciendo?

—Salvándote —dice, sin una pizca de ironía.

—No necesitaba que me salvaran. ¡Lo estaba haciendo bien por mi cuenta! —Insisto.

—Obviamente no conoces los límites de tu propio cuerpo. Por eso tengo que ser yo quien tenga la cabeza fría .

—Te lo he dicho una y otra vez, no soy tan frágil como lo crees. Y conozco mis límites. Mi médico, que es tan bueno como tu médico, me dijo que no necesito descansar en cama. —Lo reto con una mirada. —¿Qué, no puedes admitir que hay una posibilidad de que estés equivocado?

—Sé que podría estar equivocado —admite Mateo. —En mi trabajo siempre tengo presente las posibilidades de equivocarme. Nunca hay un 100% de probabilidades de que esté tomando la decisión correcta.

—¿Entonces por qué no me dejas tomar mis propias decisiones? — Pregunto, frustrada. —Soy una mujer adulta. Puedo cuidar de mí misma.

—Te lo dije esta mañana, cuando se trata de ti y de nuestro bebé, quiero ir por lo seguro. —La forma en que dice 'nuestro bebé' hace que mi corazón se derrita instantáneamente -deben ser las hormonas del embarazo- pero yo sigo adelante.

Esto me ha estado molestando por un tiempo. Desde que me caí frente a la casa de los padres de Mateo, nunca me han permitido tomar el tipo de decisiones que la mayoría de los adultos dan por sentadas.

Durante el día, puedo escribir y hacer lo que sea en el apartamento, así que no está tan mal. Pero cuando Mateo está en casa, no puedo hacer nada. Solo nos acostábamos en el sofá o en la cama, convirtiéndonos en unos completos sedentarios.

Hay momentos en que la protección de Mateo me hace sentir preciosa y amada, algo que siempre he deseado desde que mi padre nos dejó sin una explicación. Pero al mismo tiempo, después de haber confiado en mí misma durante tanto tiempo, me erizo cuando alguien trata de decirme qué hacer, y Mateo hace mucho de eso.

—Sé que quieres mantenerme a salvo y saludable, y te lo agradezco. Pero sigo siendo un ser humano, Mateo, no un adorno o una mascota que puedes confinar a tu casa.

Mateo frunce el ceño. —¿Es así como lo ves? ¿Crees que te he estado tratando como a una cosa, o como a un animal? —Se pasa los dedos por el pelo, dejándolo caer desordenadamente por la frente. —Mierda, nunca he tratado a nadie mejor de lo que te trato a ti, ¿y eso no es suficiente?

—Eso no es lo que estoy diciendo. —Subo mi volumen. —Me prestas suficiente atención y afecto. Demasiado, diría yo. Yo sólo...

—¿Demasiado? ¿Demasiado? —Ahora le toca a Mateo levantar la voz. Con la palma de su mano, golpea el botón de parada de emergencia en el panel plateado de la puerta.

El ascensor se detiene y tengo que agarrar la barandilla de madera para mantener el equilibrio.

—¿Qué estás haciendo? —Pregunto, alarmada.

—No hemos terminado de hablar, y hay alguien en mi oficina. Un cliente de Polonia.

—¿El Sr. Walker está aquí? —Pregunto.

He hablado con su equipo, y me han dicho que ha estado planeando su visita durante mucho tiempo.

Aceptó dejar que Brusick Inversiones se encargara de su cartera de inversiones antes de siquiera conocer a Mateo, decidiendo elegir esta compañía en base a su reputación y trayectoria.

—Sí —dice Mateo.

—Deberías volver en este momento y subir a verlo. Ha viajado por largas horas para verte.

—No hemos terminado aquí. Y yo decido qué hacer con mi negocio —dice.

—Ni siquiera estaba... —Me detengo y respiro hondo, preocupada de decir algo de lo que me pueda arrepentir. La ira hierve a fuego vivo justo debajo de mi piel. —Incluso tú debes ver lo injusto que estás siendo. Quieres que me quede callada sobre cómo manejas tu negocio, pero me obligas a hacer todo tipo de cosas y esperas que obedezca sólo porque tú lo dices.

—Es todo por tu propio bien —dice Mateo.

—Oh, ¿ahora sabes qué es lo mejor para mí? —Pregunto, mi irritación crece a pesar de mi deseo de poner fin a este argumento. —¿Sabes lo que necesito, incluso mejor que yo?

—Cuando se trata del descanso en cama, sí. Obviamente, es más seguro para ti y para nuestro bebé quedarse en casa.

—No es tan obvio como crees. ¿Qué hay de mi segunda opinión?

—Como dije, sólo quiero ir por lo seguro —repite Mateo. Ahora estamos dando vueltas en círculos. Las palabras están empezando a perder su significado.

Un lado de este ascensor es de cristal transparente que nos permite ver en plenitud la ciudad. Debería hacer que este espacio se sienta agradable y enorme. Pero ahora mismo, no sé si es porque estoy enfadada o porque hemos estado atrapados aquí demasiado tiempo, pero el lugar se siente demasiado pequeño, llegando al punto se volverse asfixiante.

—¿Pero es la seguridad lo único que importa, Mateo? —Pregunto. —¿Y qué hay de lo que yo quiero? ¿Eso no tiene importancia en lo más mínimo?

Quieres un bebé sano, ¿no? —pregunta Mateo, su aguda mirada me atraviesa.

—No lo entiendes —digo en voz baja.

—¿Qué es lo que no entiendo? Todo lo que hago es tratar de protegerte, pero eso te enfurece. —Mateo mueve la cabeza. —Lo siento, me preocupo por ti.

—¡No lo entiendes! —Exclamo, se me acaba la paciencia. —No soy sólo una incubadora de bebés, Mateo. Soy una persona a la que

supuestamente amas. Deberías preocuparte por lo que yo quiero.

—Sí —dice Mateo en voz baja. Se acerca y me toca el hombro, pero yo me alejo.

No quiero... No quiero que nadie, ni nada me toque ahora mismo. Este ascensor ya es demasiado pequeño. Y tengo ganas de salir ahora, ya.

—Déjenme salir de aquí —digo con una suave voz mientras mi respiración se hace más difícil. Probablemente estoy pálida ahora mismo.

—¿Estás bien? —Mateo pregunta mientras presiona el botón del ascensor por mí.

Me quedo callada hasta que la puerta del ascensor se abre en la planta baja. Todavía hay reporteros dando vueltas, probablemente intercambiando notas y pidiendo más información a la gente que trabaja en el edificio.

Mateo no puede hacer una escena ahora. Sabe que terminará en los medios de comunicación y nos hará daño a ambos, incluido al bebé.

—Me voy.

—Te veré en casa —dice Mateo, con un evidente tono de preocupación. —Te llamaré un taxi, ¿de acuerdo? ¿O debería llevarte a casa? Te llevaré a casa. Quédate aquí, ¿de acuerdo? Sólo quiero subir y decirles que me voy a casa. No tardaré mucho.

Asiento con la cabeza, sabiendo que hay menos posibilidades de complicaciones de esta manera.

Pero no tengo intención de hacer lo que él dice. De ninguna manera. Esta vez, no.

Estoy cansada de vivir según las reglas de Mateo. Quiero vivir mi propia vida.

Tan pronto como Mateo se va, voy de un lado a otro del vestíbulo mientras los reporteros observan y toman algunas fotos más.

Afuera, tomo un taxi y le digo al conductor que me lleve a casa de Julia.

No voy a ir a casa a Mateo esta noche. Tal vez vuelva a su casa. Nunca más.

ELENA

—Amiga, el papá de tu bebé está aquí —dice Julia mientras mira la pantalla del visor conectado a la puerta principal.

Levanta una ceja engreída.

—Sí, lo sé —digo yo. —Pero ignóralo.

—Los de mi oficina enloquecerían si supieran que Mateo Brusick está interesado en entrar a mi apartamento. —Mientras Julia se da la vuelta, ve mi expresión de disgusto. —Es broma. No se lo contare a nadie.

—¿Sobre qué? —Dice Patricia, quien es la nueva compañera de cuarto de Julia que acostumbra a deambular por el pasillo.

—Elena estaba hablando de lo práctico que es el visor de la puerta —dice Julia.

—Oh, sí, fue idea mía. —Patricia se ríe.

—Tenía demasiados pretendientes tratando de subir aquí, y esta cosita me permite filtrarlos.

—Patricia es una especie de zorra —dice Julia con una sonrisa burlona.

—¡Hey! —Patricia protesta. —No me avergüences.

Patricia trabaja en el mismo lugar que Julia, y gana mucho dinero. El video portero no es la única modificación que han hecho desde que me mudé de este apartamento.

—Además, no es sólo para divertirse. Es por nuestra propia seguridad —dice Patricia.

—Y cuando habla de seguridad, quiere decir que es para asegurarse de que nadie siga al tipo que le entrega la hierba.

Patricia sonrío descaradamente cuando entra en la sala de estar, donde Julia y yo estamos sentadas en el sofá que compramos juntas hace más de un año atrás. Se da cuenta de que la pantalla del video portero sigue encendida y se detiene en su camino. —Mmm.... Este buen hombre es bienvenido en cualquier momento.

Es mío, perra.

Por suerte, sólo lo dije en mi cabeza. Aun así, me sorprende mi propia respuesta instintiva. El impulso de reclamar mi derecho a Mateo surge rápida y abrumadoramente.

—Ese hombre que está ahí afuera es el papá del bebé de esta mujer, así que yo me retiraría si fuera tú —dice Julia con una sonrisa. Ella ha notado mi repentina irritación.

—Oh, no sabía que estaba ocupado. Lo siento —dice Patricia con una sonrisa. —Oh, hey, me pareces familiar, por cierto. ¿Te he visto antes?

—No lo creo. Pero quizá aún haya una foto mía en la repisa de la habitación. Yo vivía aquí.

—Oh, eres Elena... ¿verdad? —pregunta.

—Esa soy yo.

—Tengo que decir que tienes un gran gusto para los hombres, Elena —dice Patricia. Se acerca más a la pantalla que sigue brillando. —De hecho, también me resulta familiar. —Ella hace una pausa mientras estudia el pequeño y pixelado video en blanco y negro. —Oh mierda. —Ella me mira fijamente. Señalando la pantalla y me pregunta: —Ese es Mateo Brusick, ¿verdad?

Me giro para mirar a Julia, que se encoge de hombros.

Considero mis opciones. En este punto, ¿cuál es la diferencia si otra persona sabe de Mateo y de mí?

—Sí —lo admito al mismo tiempo que mi corazón palpita fuertemente. De alguna manera, decirlo en voz alta es estimulante.

—Estás en todos los blogs de chismes de Internet en este momento —dice Patricia con asombro.

—Sí. —Le doy una sonrisa cortés.

Esto se siente extraño. Nunca antes nadie se había sorprendido al verme. Pero tampoco nunca antes había estado en el centro de una tormenta mediática.

Patricia se da la vuelta para volver a mirar la pantalla en donde estaba Mateo. —Oh, hey, se ha ido.

Entrecierro los ojos para mirar la pantalla. No puedo ver el video con claridad, pero puedo ver lo suficiente como para decir que ya no hay nadie de pie frente a la cámara.

¿Se ha ido? ¿Así de fácil?

Por mucho que me odie por querer que se *esfuerce más por encontrarme*, no puedo evitarlo. Mi corazón se aprieta, y de repente, *lo extraño*.

Me pregunto si esto se debe a las hormonas del embarazo.

Entonces, se oyen tres suaves golpes, y las tres nos giramos para mirar fijamente a la puerta.

¿Es él?

Una vez más, aunque odio sentirme así, mi corazón salta de alegría.

Todas nos congelamos. Julia y Patricia se giran para mirarme.

—¿Qué? —Respondo.

—¿Abrimos la puerta? —Julia susurra.

—No lo sé.

Patricia camina de puntillas hacia la puerta y mira a través de la pequeña mirilla. Señalando a la puerta, ella dice: —Es él.

Más golpes.

Luego, una voz familiar que me hace revolotear el estómago. —Sé que hay alguien en casa. Puedo ver sombras moviéndose detrás de esta puerta.

No se le escapa nada.

Patricia me hace una mueca de disculpa.

Respiro profundamente. Sí. Creo que estoy lista para verlo.

—Sólo abre la puerta —digo con voz normal.

Mi corazón me golpea en el pecho mientras Patricia alcanza el mango con su mano y abre la puerta.

Y entonces, lo veo.

Su cabello está más desordenado de lo normal, cayendo suavemente

sobre su frente de una manera que me hace querer pasar mi mano por él para arreglarlo. Lleva un abrigo negro largo sobre su acostumbrado traje de negocios.

Tan pronto como la puerta se abre, Mateo mira más allá de Patricia, ignorando su coqueto saludo. Su mirada arrolladora me encuentra. En un segundo, la ansiedad en sus ojos azules desaparece, para ser reemplazada por el alivio. Pero aun así puedo notar que aún hay algo de tristeza en sus ojos.

—¿Puedo entrar? —pregunta Mateo, mirándome fijamente, aunque Patricia sigue bloqueando su camino.

Patricia se retuerce para mirarme.

Le hago una seña con la cabeza.

Mientras los elegantes y carísimos zapatos de cuero de Mateo golpeaban el piso de madera, Julia dice: —Mejor los dejaremos solos. —Antes de que Patricia pueda decir, Julia la arrastra a uno de los dormitorios.

El cojín del sofá se sumerge cuando Mateo se sienta a mi lado.

Le doy una mirada seria.

—Pensé que ibas a estar en casa. Estaba tan preocupado cuando no te encontré allí. —La mirada de Mateo se posa en la mesa, donde está mi teléfono celular. —Tampoco contestaste ninguna de mis llamadas. Pensé que algo te había pasado.

—Como puedes ver, estoy bien. —Cruzo mis brazos sobre mi pecho y los apoyo sobre mi vientre hinchado. El bebé pateo al oír su voz y me pregunto si sabe que Mateo está aquí.

—¿Estás lista para irte a casa? —pregunta Mateo. El tono condescendiente de su voz me reprende. No es lo que dice lo que me irrita, sino cómo lo dice.

—¿Estás listo para disculparte? —Le respondo rápidamente.

Parece verdaderamente sorprendido. La sorpresa se registra en sus rasgos faciales.

—¿Disculparme? ¿Por qué?

Lo miro fijamente. —¿De verdad?

—¿Quieres que me disculpe por querer mantenerte a salvo? —pregunta Mateo.

—No —digo rápido. Antes de que pueda pronunciar otra palabra, le digo: —Por tratarme como a un niño. Puedo tomar mis propias decisiones. Puedo hacer lo que quiera, ir a donde quiera. Puede que sea más joven que tú, pero soy una mujer adulta, y puedo cuidar de mí misma.

—De acuerdo. —Mateo frunce el ceño, pero no sé si está enojado o confundido. —Pero también estás embarazada, y necesitas tomártelo con calma.

—¿Quién eres tú para decirme eso? —Pregunto, poniéndome más nerviosa. A pesar de su tono tranquilo, Mateo sólo me dice que haga lo que él dice, una vez más.

—Acordamos que harías todo lo que el doctor te recomendara.

—Sí y ya estoy aburrida de eso. Paso todo el maldito día acostada —digo yo. —¿Pero no puedes admitir que, dada la situación de hoy, tenía que hacer algo?

—No tenías que hacer *nada*. Ivania iba a manejarlo por su cuenta.

—¡Ivania estaba enloqueciendo porque no sabía si podía salvarte de ésta! —Casi grito.

—Lo tenía bajo control.

—Obviamente no lo tenías bajo control —digo con voz fuerte y aguda. —Si lo hubieras hecho, Ivania no se habría sentido tan aliviada cuando le dije que iba a aparecer en esa conferencia ante los periodistas.

Por un momento, me pregunto si tengo suficiente dinero para ganarme la vida por mi cuenta como madre soltera. Mateo ya me ha pagado una parte del dinero que me prometió.

Probablemente me alcance para quedarme en casa y no trabajar durante los primeros años de la vida del niño. Puede que incluso me quede suficiente dinero para ahorrarlo para cuando vaya a la universidad, no quiero que empiece su vida adulta cargado de préstamos estudiantiles como yo.

Dicho esto, si Mateo decide llevarme a juicio para luchar por la custodia de este niño, podría gastar todo lo que tengo en el banco solo para pagarle a

un abogado que me represente, y aun así perderé al niño. Probablemente terminaré sin un centavo y en la calle.

—Al hacer una declaración, lo convertiste en una historia más grande. Se habría extinguido rápidamente si lo hubiéramos dejado en paz. Sin emitir ninguna declaración. —insiste Mateo.

—Eso no es lo que Ivania me dijo —digo yo. —De cualquier manera, tenía el derecho de tomar esa decisión yo misma.

—Acordaste qué harías todo lo que este a tu alcance para asegurarte de que el bebé esté lo más sano posible.

—Sí, y está bien. De hecho, ahora mismo está dándome patadas —le digo, echando un vistazo a mi barriga. —Pero en serio, ¿vas a poner nuestro contrato delante de mí ahora? Pensé que ya habíamos superado eso. Pensé que ahora éramos algo más que un donante de esperma y una madre de alquiler.

—Lo somos —dice Mateo con un suspiro de frustración mientras su voz también se hace más fuerte. —Y no estoy hablando del contrato. Sólo quiero decir.... es mejor para el bebé si te quedas en casa como el doctor te dijo.

—Corrección: como *tu* médico me dijo. Tengo derecho a una segunda opinión, ¿no crees? —Lo miro fijamente. La distinción entre el amor y el odio puede ser tan poco clara a veces. —¿Por qué tu médico es más creíble que el mío? ¿Y por qué tu opinión siempre es correcta cuando la mía siempre es incorrecta?

—No es así Ele...

—Ya no eres mi jefe, Mateo. No puedes decirme que haga algo sólo porque me pagaste. No soy tu empleada.

—Lo sé, pero...

—¿Lo sabes? —Pregunto. —¿Realmente lo sabes? Porque sigues mencionando lo que acordé en el contrato y pensé que eso ya no era lo que queríamos.

—Escúchame, maldita sea —dice Mateo con severidad.

—Eso es todo lo que he estado haciendo desde que llegaste. Tal vez estoy cansada de escucharte y de ser tu obediente madre de alquiler.

—Dios mío. Eso no es lo que eres para mí, en absoluto. Deberías...

—Mierda —dije.

Mateo me mira fijamente. —¿Vas a seguir cortándome el paso y ni siquiera vas a escuchar lo que tengo que decir? ¿Recuerdas lo que te dije sobre escuchar la oferta de la otra parte antes de tomar una decisión?

—En primer lugar, esto no es una negociación. Segundo, esa ofensa no estaba dirigida a ti. —Me encuentro con su mirada para que pueda ver a lo que me refiero. —Creo que acabo de romper aguas.

ELENA

—¿Estás bromeando? ¡Maldito imbécil! —Mateo maldice cuando un coche nos obstruye el paso.

Ha estado conduciendo como un loco. Sin embargo, no puedo comprobar la velocidad ni mirar por la ventana, porque estoy tratando con un dolor de proporciones bíblicas. Ahora sé por qué las mujeres gritan tanto previo a un parto. Pobre de nosotras.

Patricia está sentada en el asiento del pasajero delantero, con el teléfono en la mano y un mapa en la pantalla. —Si giras a la izquierda aquí, podemos evitar el tráfico. Es una ruta más larga, pero va a ser más rápida.

Gracias a Dios por la tecnología. ¿De qué otra manera podríamos obtener información sobre las condiciones del tráfico en tiempo real?

¿Qué hacíamos antes de que existirán las aplicaciones para teléfonos inteligentes?

Lo sé, este no es el mejor momento para reflexionar sobre la vida. Incluso la respiración se convierte en una tarea gigantesca cuando siento que mi cuerpo está a punto de romperse en pedazos.

—Respira —dice Julia. —¿Recuerdas todos esos videos que vimos juntas? Quiero que respires así, ¿de acuerdo? —Julia bloquea me mira fijamente demostrándome como inhalar y exhalar a un ritmo adecuado.

Tal vez debería preocuparme más cómo Patricia le está diciendo a Mateo lo bonito que es este auto, y cómo ella sigue tratando de entablar conversación con él cuando obviamente está concentrado en conducir.

Pero ya no me queda energía para preocuparme por lo que sucede a mi alrededor. Mi mundo es solo dolor -sé que suena como algo que diría un adolescente con problemas existenciales, pero juro que es verdad.

—¿Por qué nos detenemos? —Julia pregunta, de repente.

Miro a mi alrededor, mientras grandes gotas de sudor recorren mi cara. Me duele tanto el cuerpo que me ha llevado un tiempo darme cuenta de que el coche ya no se mueve.

—Es la policía —dice Patricia.

—Iba a exceso de velocidad —dice Mateo, claramente frustrado. —
¡Mierda!

Alguien golpea su ventana, y rápidamente me doy cuenta que es un policía.

Mateo baja la ventana y dice: —Mi novia está por tener al bebé. ¿Podemos hacer esto rápido, por favor?

El policía permanece callado durante unos segundos. Todo lo que puedo oír es mi propia respiración pesada. O respiración *laboriosa*: esa palabra adquiere un nuevo significado hoy en día.

—Olvídate de la infracción. Sólo vete, rápido —dice el policía, para alivio de todos los que están en el auto.

Pero justo cuando Mateo sube la ventanilla, el policía llama de nuevo.

Dios mío, ¿qué quiere? ¿No ve que tenemos prisa?

—Hay mucho tráfico adelante. Te ayudaré a despejar el camino —dice.

—¡Oh, gracias! —Mateo dice con una gran exhalación de alivio.

Cuando el coche empieza a moverse por la carretera de nuevo, hay una sirena de policía sonando incesantemente delante de nosotros. Por lo que puedo notar, no hay más paradas para nuestro viaje, ni siquiera para los semáforos en rojo.

Pero incluso con la escolta de la policía, el auto tarda una eternidad en llegar y detenerse en la entrada del hospital.

Patricia se apresura a buscar a alguien que nos ayude, mientras que Julia me ayuda a sentarme. Oigo la otra puerta trasera del auto abrirse y cerrarse, luego Julia aparece justo afuera de la mía y la abre.

He estado sudando todo el camino hasta acá, y ahora el aire frío y fresco se siente bien en mi piel.

Patricia aparece con una mujer en bata que empuja una silla de ruedas. El esfuerzo que tienen que hacer para meterme en ella me hace sentir como un elefante. Totalmente sin gracia y muy poco glamour.

—Estacionare el coche y te encontraré. No te preocupes —dice Mateo, con la ansiedad en su máxima expresión en su cara.

Él se va mientras yo estoy siendo llevada a toda velocidad a través de los fríos pasillos del hospital.

Dios, ¿por qué hay tantos humanos en el mundo si dar a luz es tan doloroso?

Tal vez no debería haber accedido a esto. Tal vez no debería haber aceptado la oferta de Mateo.

Pero es un poco tarde para arrepentirme. Mientras jadeo y gimoteo por el dolor que me retuerce por dentro, ignoro las miradas de otros pacientes y de sus seres queridos.

—Estarás bien —dice Julia nerviosamente mientras sus ojos se mueven a nuestro alrededor, claramente asustada por lo que está sucediendo. —Todo va a estar bien. Tranquila amiga.

No quiero preocuparla más a pesar de sentir que estoy a punto de reventar y morir, probablemente ella tenga razón. Probablemente voy a estar bien.

Extiendo mi mano hacia ella mientras se escabulle junto a mi silla de ruedas a toda velocidad. Julia toma mi mano y yo aprieto con fuerza. La miro y le digo: —Julia.

—¿Sí? ¿Qué necesitas? —pregunta.

Sacudo la cabeza. —Nada. Pero no sé si puedo aguantar más... me duele mucho.

—¡Es hermoso! —dice la enfermera mientras sostiene al bebé que acaba de salir de mí.

Escuché a la enfermera y agradezco el cumplido, pero realmente *no* es perfecto, al menos no a simple vista.

Todavía está cubierto de sangre y de un montón de fluidos corporales que se han transformado en algo pegajoso y de color marrón amarillento que cubre casi cada centímetro de su piel.

También está llorando una a más no poder, ¿cómo *puede algo tan pequeño producir un ruido tan fuerte?*

Oh, y es morado. Y su cara está toda aplastada. Y sus ojos son sólo dos

líneas horizontales porque, según los libros de recién nacidos que he leído, no es hasta recién pasadas dos semanas que comienzan recién a abrir completamente sus ojos.

—Diez dedos en las manos y diez en los pies —dice Mateo mientras mira al bebé cubierto de mugre, con evidente orgullo brillando en sus ojos y una gran sonrisa que se extiende de oreja a oreja.

Para ser honesta, probablemente tengo el mismo reflejo en mi cara. Claro, el bebé está sucio, pero todas esas cosas asquerosas salieron de mí. Y él también lo hizo. Un nuevo humano acaba de salir de mí, todavía no puedo creerlo.

Miro fijamente la espalda de la enfermera mientras limpia al bebé en un gran fregadero de acero inoxidable que al parecer tiene agua tibia. Cuando ella se da la vuelta con mi bebé envuelto en una manta azul, se ve como mucho más tierno.

Se ve perfecto cuando la enfermera se lo pasa al médico.

De la nada, todo mi cuerpo tiembla.

—¿Estás bien? —pregunta Mateo, tomando mi mano por precaución.

—Es completamente normal —dice una de las enfermeras mientras me sonrío. —A esa reacción la llamamos 'los temblores'. —Son causados por cambios en tus hormonas.

—¿Quieres tomarlo? —pregunta otra enfermera.

Miro a mi alrededor. Todavía estoy conectada a cientos de máquinas y equipos hospitalarios que me siento como un robot. Una máscara de oxígeno transparente cubre mi nariz y mi boca.

Pensé que la primera vez que sostuviera a mi bebé, podría cogerlo en mis brazos. Pero no tengo suficiente fuerza por el trabajo de parto así que el doctor lo pone sobre mi vientre, mientras mi hijo se retuerce y llora frenéticamente. Todo lo que puedo hacer es mirar más de cerca su pequeño cuerpo.

Lo toco tan suavemente y despacio como puedo. Parece tan pequeño y delicado que me preocupa hacerle daño. Se calla mientras le acaricio la cara con la punta de los dedos. Es más suave que las nubes.

Mateo acomoda una silla junto a mi cama. Suavemente, extiende la mano hacia el bebé, con una mirada tan nerviosa que me hace reír.

—Es hermoso —dice Mateo, mirando a nuestro bebé como si nunca antes hubiera visto a un bebé.

—Lo es. —Me uno a él, viendo al bebé, memorizando cada pequeño pliegue de su piel. Sé que tendremos mucho tiempo para conocernos, pero no puedo esperar a empezar.

Este bebé estuvo dentro de mí durante nueve meses. Y ahora que está fuera, anhelo más cercanía. Está acostado sobre mi vientre, pero esto es lo más lejos que hemos estado.

—Bienvenido al mundo, hijo —dice Mateo. —Mamá y papá han estado esperando para verte, y ahora por fin estás aquí.

Mama y papá. Cuando visitábamos al médico para hacerme revisiones regulares durante mi embarazo, a veces él o sus enfermeras nos llamaban mami y papi. Me pareció una tontería, porque técnicamente aún no éramos padres.

Pero ahora lo somos.

Nosotros.

No sólo Mateo.

Y definitivamente no sólo yo.

No sé si todavía puedo culpar a las hormonas por esto, pero las lágrimas se escapan de mis ojos tan rápidas como un rayo, y fluyen por mi cara.

~~~~~ *Tres horas después* ~~~~~

Finalmente estamos solos.

Y por "solos" me refiero a Mateo, a mí y a nuestro bebé. Porque ahora no somos sólo dos, sino tres.

Julia y Patricia han entrado a la sala, han chillado sobre el bebé, han tomado algunas fotos para subirlas a Instagram y se han marchado. Y los padres de Mateo ya están en camino, así que no tenemos mucho tiempo.

(Pero la mayoría de los padres que conozco nunca tienen tiempo, así que tal vez debería empezar a acostumbrarme a esta sensación.)



—Estuviste increíble —dice Mateo mientras me da un gran beso en la frente. —Gritabas tan fuerte que temía que algo hubiera salido mal. Estaba tan asustado. No soy un hombre religioso, pero recé por ti y por nuestro bebé.

Sus dulces palabras me hacen sonreír.

—Siento haber sido un imbécil —dice. —Debí haberte escuchado. Debería haber prestado más atención a lo que me decías.

—Yo sólo... no sé. La enfermedad de mi padre me hace ser cuidadoso en extremo de la mortalidad, de lo fácil que es para alguien... irse. —La voz de Mateo se quiebra. Se detiene mientras parpadea su tristeza. —Intentaba proteger a la gente que amo, pero ahora sé que me pasé de la raya. Lo siento.

—Está bien, pero no deberías maldecir ni decir palabrotas frente al bebé —digo, nivelando mi mirada hacia él.

—Oh, mie... —se detiene antes de terminar su palabra 'da'.

Me puse a reír a carcajadas. Me detuve a mitad de la risa, preocupada por haber hecho que el bebé se sintiera incómodo en mi pecho. —No sé si eso es mejor o peor que una palabrota. Suena tan raro viniendo de ti.

—Bueno, acostúmbrate, Elena. —Mateo sonrío. —De ahora en adelante, soy el tipo de persona que ya no dirá malas palabras, o al menos eso espero..

Me río.

Permanece en silencio, y un poco de tristeza se filtra en sus ojos, volviéndolos de un tono más oscuro de azul. —¿Me perdonas?

—Sí —dije—. Yo estaba... no sé. Temía que sólo me vieras como una incubadora de bebés.

—¿Qué? —pregunta con el ceño fruncido. Entonces, toda su expresión se suaviza. Sus músculos se relajan, y él dice: —Te amo, y tú eres mi tesoro. Te digo cómo me siento todos los días.

—Lo sé. —Tomo la mano de Mateo y la acaricio con el pulgar. —Era difícil de creer que alguien como tú quisiera estar con alguien como yo. Tú eres un tipo importante y yo soy un don nadie.

—Y todas tus reglas hacían que pareciera que sólo estaba ahí para llevar a tu bebé. —Me doy cuenta de que Mateo abre la boca para hablar y añade:

—Sé cómo te sientes amor. No fue mi intención hacerte daño pensando eso.

—Siento haberte hecho sentir así —dice Mateo. —Pero, Elena, no entiendo por qué no ves lo hermosa y adorable que eres. —Me ve empieza a hacer sonreír. —Es verdad. Es tan fácil amarte. Eres inteligente, te defiendes, tienes grandes ambiciones y trabajas duro para hacer realidad tus sueños. Eso no lo tiene cualquier persona. Me encantan y respeto todas esas cualidades tuyas.

Una vez más, las lágrimas brotan de mis ojos. He perdido la cuenta del número de veces que he llorado hoy.

—Por supuesto, no me afecta que tengas un lindo trasero y para que hablar de tus senos, sabes que me encantan.

Me río.

Todas mis preocupaciones parecen insignificantes, a pesar de que me acosaban hasta el momento en que rompí aguas (y probablemente mancharon por completo el sofá de Julia).

—Yo también lo siento —digo en voz baja mientras miro a los ojos de Mateo. —Ahora sé lo que se siente querer proteger a alguien. Quiero encerrar a este bebé en una habitación acolchada para que no se lastime. Hay tantas cosas peligrosas en el mundo.

—Muchas —dice Mateo. —Pero tendrá que aprender a valerse por sí mismo. De lo contrario, crecerá y se convertirá en uno de esos tipos llorones y ricos que no pueden valerse por sí mismos.

—Exactamente. Tienes toda la razón.

Cuando nos miramos a los ojos, me doy cuenta de que estamos completamente de acuerdo. Entiendo de dónde venía, y también ve las cosas desde mi perspectiva.

Sé que la gente dice que tener un bebé no resuelve problemas ni arregla relaciones. Pero, al menos para nosotros, todo lo que necesitábamos para dejar de pelear era este bebé.

# EPILOGO

~ ~ ~ ~ ~ 4 Años después ~ ~ ~ ~ ~

—El Sr. Brusick le pide que espere aquí. Estará con usted en breve — dice Betsy, la nueva asistente personal de Mateo. Aparentemente, ha estado haciendo un gran trabajo, gracias a sus treinta años de experiencia en administración corporativa.

—¿Sabe quién lo está buscando? —Le pregunto con incredulidad.

—Sí, el Sr. Brusick está al tanto, señora —dice con paciencia, como si fuera una vieja y amable maestra que intenta explicarle las reglas de la clase a un niño.

—Soy su *esposa* —digo con indignación. No hay nada que odie más que sacar la tarjeta de 'Ahora sabes quién soy' pero esta situación lo amerita. No es como si estuviera tratando de conseguir un pase para un concierto entre bastidores; sólo quiero ver a mi marido.

Bueno.... no es legalmente mi marido, pero... no sé; ambos somos adultos y hasta tenemos un niño de cuatro años juntos, así que se siente extraño llamarse novio y novia. Siento que necesitamos un término más serio el uno para el otro.

Ni siquiera sé quién empezó a utilizarlo primero, pero un día Mateo y yo simplemente empezamos a referirnos el uno al otro como marido y mujer. Y entonces, un día, decidimos darnos los anillos de oro para consolidar nuestra promesa de estar siempre juntos.

Claro, es solamente eso: una promesa. Pero independiente de eso, siempre haremos todo lo posible para tratarnos con respeto y amor. Es todo lo que necesitamos. Eso es todo lo que queremos.

Lo que no queremos es otro contrato que dicte de qué se trata nuestra relación. Eso lo definiremos nosotros mismos con el tiempo.

Me encanta el hecho de que no necesitamos una celebración pública para estar unidos. Gran parte de nuestras vidas están abiertas al consumo público, así que ¿por qué no guardamos esta única cosa para nosotros mismos?

Me gusta la sensación de compartir algo privado, escondiendo un secreto sexy. Se siente travieso y un poco sucio. A veces, siento que vamos de incógnito, fingiendo ser una pareja casada.

Ahora mismo, sin embargo, necesito que la nueva asistente personal de Mateo aprenda quién soy y deje de entorpecer mi camino.

—Sí, Sra. Brusick, sé quién es usted. Pero el Sr. Brusick me dijo específicamente que le pidiera que esperara aquí —dice.

—¿Por qué? ¿Tiene una reunión? —Pregunto.

—Hasta donde yo sé, el Sr. Brusick está solo —dice con una sonrisa tranquila y educada.

—Lo siento, Betsy, pero tengo que verlo ahora —digo, más por exasperación que por urgencia. Ire a su oficina con o sin su autorización. Puedo ver la puerta de la oficina de Mateo a unos pasos.

Voy a hacer que se arrepienta de haberme dicho que esperara fuera. Va a pagar. Oh, realmente *se va a* arrepentir de esto.

Le diré lo que pienso, me iré a casa y tiraré un montón de juguetes por todo el apartamento para que los pisotee cuando llegue a casa.

El teléfono en el escritorio de Betsy suena, y ella se aparta de mi camino, lo que me permite llegar a la puerta sin ninguna obstrucción. Alcanzo la manija de la puerta. Ya casi llegamos.

—Sra. Brusick, el Sr. Brusick dice que puede pasar ahora —dice Betsy con una sonrisa.

Maldita sea.

—Gracias —murmuro, molesta porque mi entrada no será el dramático acto de rebelión que yo quería que fuera.

Abro la puerta y se me cae la mandíbula.

Ahí está el padre de mi hijo, sentado en su escritorio grande y majestuoso, con su traje elegante, mirándome con maldad en sus ojos azules.

Pero eso es lo normal.

Hoy en día, las persianas han sido colocadas sobre la pared de cristal detrás de su escritorio, y las cálidas luces de techo se encuentran encendidas,

haciendo de esta oficina un espacio cálido y acogedor. Un refugio del caos del mundo exterior. Un santuario. Un escondite secreto.

—Sé que piensas que mi oficina se siente como un escondite del mundo exterior —dice Mateo con una sonrisa misteriosa. Agarra una especie de control remoto y pulsa un botón. El sonido de una suave melodía inunda la habitación, honestamente ya no puedo llamarlo 'oficina' cuando se ve así. Mateo me observa atentamente, obviamente divertido por mi confusión. — Siéntate, Marta. No olvides cerrar la puerta. No creo que quieras que nadie escuche nuestra... conversación —dice, ladeando una ceja.

*¿Marta? ¿Quién es Marta? ¿Y por qué debería preocuparme que la gente nos oiga hablar de quien se encargara de ir a buscar a nuestro hijo a la guardería?*

—¿De qué estás hablando, Mateo?

—Shhhh.... —Mateo se lleva un dedo a los labios. —Llámame Sr. Díaz en la oficina.

Levanto mis cejas y lo miro fijamente. Abro la boca para decir algo, pero... ¿qué es lo que debo decir? Esto es extraño.

Cierro la puerta y cruzo la habitación para sentarme en el gran escritorio de Mateo.

Miro fijamente su enigmática expresión facial durante varios segundos confusos, pero luego reconozco los nombres de mi primer manuscrito, el que Mateo leyó en esta misma computadora.

Esa historia pasó por muchas ediciones antes de ser finalmente publicada. Tuve que reescribir el principio porque Richard de alguna manera se había apoderado de mi documento y había enviado el primer capítulo a unos cuantos sitios de internet. Supongo que no sólo estaba tomando mis fotos, sino también revisando mis archivos.

Ha sido un verdadero imbécil conmigo. Aun así, no puedo evitar sentir lástima por él. Después de que hice esa declaración y le quité toda la credibilidad a sus acusaciones, nadie quiso contratarlo. ¿Qué empleador se arriesgaría a que de repente los acusara de delitos sexuales sin ninguna razón?

Pero no fue todo culpa suya. Era espeluznante, pero no era malvado. A

Sabrina, la ex esposa de Mateo, le tomó unos meses convencer a Richard para que usara toda la información que había reunido como arma contra Mateo y contra mí. Se habían convertido en amigos íntimos después de todas las llamadas telefónicas de Sabrina que Richard había atendido para Mateo.

Pero tal vez debería agradecerles a ambos, porque en realidad prefiero la nueva versión del libro antes que la original. El libro es un gran éxito mundial que ha sido traducido a doce idiomas, y estoy segura de que debe parte de su éxito a su nuevo y mejorado primer capítulo.

Cuando todo este éxito era sólo un sueño, me imaginaba a mí misma convirtiéndome en una autora famosa. Pero lo que realmente quería no era la fama, sino el reconocimiento de que soy buena en lo que hago.

Así que cuando mi editor me sugirió que usara mi nombre real, me negué y dije que quería usar un seudónimo porque quería que la gente juzgara el libro por sus propios méritos. No quiero que lo lean sólo porque yo sea la autora.

Así que he estado de incógnito.

No sé qué tan bien ha funcionado, sin embargo, hay especulaciones en algunos foros en internet sobre la identidad real de la autora y se lo atribuyen a otra mujer, lo cual no me afecta en lo más mínimo.

Nunca he asistido a ninguna firma de libros o conferencias románticas, así que nadie sabe qué aspecto tiene la verdadera mente maestra detrás de esa novela, aparte de mi editor, claro.

La única razón por la que quería ser una escritora famosa era para que mi padre me encontrara. Y lo hizo, no mucho después de que hice esa declaración sorpresa en la conferencia de prensa mientras estaba embarazada.

No sé por qué estaba buscando a mi padre. Siempre ha sido egoísta e irresponsable.

Supongo que cuando yo era pequeña, él era el único adulto que me prestaba atención, aunque no lo hiciera todo el tiempo. Me tarde en darme cuenta que un verdadero padre es como Mateo, quien siempre está preocupado de darnos amor a mí y a nuestro hijo. Nunca se le pasaría por la mente dejarnos abandonados, por el contrario de mi padre, quien siempre ha sido un imbécil.

Mi papá se veía muy bien cuando nos reencontramos. Tenía menos cabello y su panza había crecido, pero aparte de eso no le faltaba nada. Sin embargo, ni siquiera había hecho un mínimo esfuerzo por acercarse a mí antes de mi salir a la fama.

Odio pensar esto de mi propio padre, pero probablemente tenga motivos ocultos para acercarse a mí. Ahora somos amigos, pero mantengo mi distancia. No es tan difícil porque vive en otra ciudad, con su nueva novia.

Y por eso me alegra que le pusiéramos a nuestro hijo el nombre del padre de Mateo, y no el mío.

—Mateo, ¿puedes recoger a Andrés después del trabajo esta tarde? Necesito volver a leer todo mi manuscrito y reunirme con mi editor para discutirlo después —digo. —Ya le pregunté a tu mamá y a tu papá, pero están ocupados hoy.

Mateo gime mientras echa la cabeza hacia atrás.

—¿Qué? —Pregunto.

A veces, a Mateo no le gusta cuando trato a sus padres como niñeras gratis, aunque les encanta hacerlo. Estoy tan contenta de que los exámenes y tratamiento que le realizaron a su padre por su enfermedad hayan funcionado, y ahora Andrés puede establecer un vínculo con su nieto como siempre ha querido.

Los dos comparten algo especial. Hubiera odiado que alguno de ellos se perdiera esa experiencia.

—Vamos. Tengo la música encendida, las luces apagadas y el vino servido —dice Mateo, mirándome con una mezcla de frustración y adoración en sus ojos azules. —Te di todas las pistas, ¿captas el mensaje, Elena?

—Mateo, realmente tengo que irme —reclamo. —¿Podemos hacer esto en otro momento?

Mateo respira hondo y sacude lentamente la cabeza. —Cuando me enamoré de la chica trabajadora con grandes sueños, debería haber sabido que sería propensa a ser adicta al trabajo.

Me aprieto la nariz y le cierro los ojos. —¿Adicción al trabajo? ¿Estás hablando en serio? ¿Eso existe?

—Ni idea —se encoge de hombros. —Tú eres la escritora y culta aquí.

—¿Y qué? —Le doy una mirada esperanzada y junto mis palmas. —  
¿Recogerás a Andrés por mí?

—Trabajas demasiado —dice Mateo.

—Es sólo porque estoy muy cerca de la fecha límite.

—Siempre hay otra fecha límite, Elena. Baja las revoluciones un poco.  
—Mateo sonrío. —Sé lo que se siente hacerlo bien y querer pisar el acelerador. Pero no puedes seguir así. Te vas a enfermar. —Se detiene y se encuentra con mi mirada. —Y entonces tus libros sufrirán.

*Maldita sea. Sabe golpearme donde más me duele.*

—Además, te echo de menos. Siempre estás trabajando o cuidando a Andrés —dice Mateo en voz baja.

*En serio, ¿dónde aprendió a hablar así?*

Las lágrimas me pican los ojos. Desde que tuve a Andrés, me he puesto muy sentimental y lloro por todo, especialmente cuando se trata de mi familia. Ahora sé lo que se siente tener una familia y no quiero volver a ser como antes.

Y pensar que me iba a alejar de Mateo. Me estremezco al pensar en lo diferente que habría sido la vida si hubiéramos cumplido el contrato al pie de la letra.

—A veces está bien tomarse las cosas con calma. Está bien que las cosas no sean perfectas —dice Mateo. —El hecho más tiempo a una tarea no significa que eso será mejor.

—Un puñado de clientes retiraron sus inversiones después de que se supiera lo nuestro, y no me importó. En realidad, estaba bastante feliz por eso, porque había estado pensando en reducir mis horas de trabajo de todos modos. Quería pasar más tiempo en casa, con ustedes. Mi familia.

—Sí, porque acabamos de tener a Andrés. —Mis labios se curvan en una gran sonrisa en el recuerdo de esos primeros meses.

Los dos estábamos tan desorientados, tan asustados de que fuéramos a hacer algo mal. Este era nuestro bebé, literalmente, y no queríamos



arruinarlo.

Afortunadamente, hasta ahora Andrés ha sido un niño perfectamente feliz y saludable. Tiene mi cabello rubio y mi amor por las historias; los ojos azules y la confianza de su padre; y nuestra determinación.

Acabo de presentarle a Andrés una tabla de premios. La forma en que funciona es que recibe una pegatina de estrella en una tabla que hemos pegado en el refrigerador por cada vez que hace algo bueno, como recoger sus juguetes o ponerse su propia ropa. Cuando colecciona diez estrellas, le regalamos un nuevo libro.

Pero no esperaba que fuera tan ambicioso.

Me di cuenta de que estábamos en problemas una mañana, no mucho después de que empezáramos a hacer la tabla de recompensas. Tan pronto como se sentó en la cama, dijo: —Mami, ¿puedo conseguir una estrella extra si me cepillo los dientes? —Así que le enseñé cómo hacerlo ese mismo día.

Y al día siguiente me preguntó: —Mami, ¿puedo conseguir una estrella extra si voy al baño yo solo? —Así que yo también le enseñé eso.

Hasta ahora, esto suena como una gran manera de enseñarle el valor de la gratificación.

Bueno, pronto, como cualquier pequeño ladrón audaz, comenzó a ofrecerme regalos para sobornarme y que le diera más estrellas.

También es un buen negociador, como su padre. Conoce mis debilidades.

De hecho, se ha ofrecido a posar para fotos y crear dibujos a petición, todo para conseguir más pegatinas de estrellas.

Se me está yendo de las manos, sobre todo porque no puedo decir "no" a esos dibujos que nadie entiende.

Lo sé, soy patética. La colección de libros de Andrés está sobrepasando constantemente su dormitorio y pronto comenzará a utilizar espacio de otras habitaciones del apartamento para hacer crecer su colección. Probablemente necesitaremos una biblioteca exclusiva para él el próximo año.

—¿Así que te quedarás? —Mateo pregunta con una pequeña y victoriosa sonrisa jugando en sus labios. Sabe que me tiene.

Dejé escapar un suspiro de derrota. —Sí.

—Sabes, tienes muchas obligaciones bajo tu cargo que no son tu responsabilidad. —Mateo se detiene dramáticamente. —Deja de hablar con Lucia.

—Sabes que no puedo hacer eso —digo, mirando mi teléfono para escribir un mensaje a mi editora, pidiéndole que retrase una hora nuestra reunión. —Sin mi ayuda esa casa se derrumbará. Las cuentas no se pagan, y se convertirá en una casa abandonada en poco tiempo.

—Tal vez aprendan a arreglárselas solos si dejas de ayudarlos —dice Mateo.

—Sí, sé que suena como una solución razonable y todo eso, pero prefiero esperar hasta que Francisco cumpla dieciocho años y se mude. Ya me siento lo suficientemente mal por él. Lucia puede arreglárselas sola después.... no merece nada de mi ayuda.

—De acuerdo. Tú decides qué hacer —dice Mateo. —Eres una mujer adulta.

—Exactamente. —Sonrío.

—Así que... —Mateo se levanta de su silla.

Reconozco esa mirada en su cara mientras me acecha. Es la misma que tenía cuando lo encontré leyendo mi manuscrito que dejé accidentalmente en su computadora. Es difícil creer la cantidad de problemas que eso causó y cuánto cambió mi vida ese momento.

De pie detrás de mí, se inclina hacia abajo y me sus fuertes manos en mis pechos. Sus labios se posan en la nuca y yo suelto un pequeño gemido. Me agrada la música de fondo; debería ayudar a cubrir cualquier ruido que hagamos.

Alcanzo mi mano detrás de mí y la engancho al cuello de Mateo. Su piel late bajo mi palma. Mi piel late bajo sus labios.

Su mano levanta el dobladillo de mi falda y sus dedos buscan ansiosamente mi vagina. La encuentra y me lleva al éxtasis.

Cuando Mateo me levanta sobre su escritorio y se coloca entre mis piernas, estoy jadeando y retorciéndome, rogándole que me llene sin

palabras.

Y entonces, él está dentro de mí.

*Definitivamente vale la pena retrasar esa reunión.*

A diferencia de Mateo, a menudo trabajo desde casa, lo que hace más difícil para mí separar mi trabajo de mi vida personal. Pero si él puede manejar una compañía multimillonaria y todavía tiene tiempo para mí, yo debería poder hacer lo mismo por él.

No sé qué he hecho para merecer a un hombre como Mateo, pero tiene razón. Nuestro tiempo es limitado, y necesitamos pasarlo con la familia.

Ya tengo todo lo que siempre he querido: una carrera como autora de novelas románticas y una hermosa familia.

Ahora no hay nada más que hacer que disfrutarlo todo.

Mientras Mateo me embiste, lo envuelvo con mis piernas. Mis talones están presionados contra su trasero, tirando de él más adentro de mí. Mis uñas bajan por su espalda, y mis dientes están en su hombro.

Mientras explotamos juntos, todo en mi mundo se calma por un momento, y todo lo que queda es gratitud. No puedo expresar cuánta alegría me trae la vida. Y pensar que todo empezó cuando mi jefe leyó mi novela obscena.

—Te amo —dice mientras inclina su cuerpo caliente y sudoroso hacia abajo y me besa.

—Yo también te amo —respondo, como siempre lo hago, todos los días.

Estoy feliz de haber aceptado la oferta de Mateo hace cuatro años. A pesar de que debería haber sido un error, ha resultado ser la decisión correcta.

Puede que haya perdido mi propio desafío de no enamorarme de Mateo, pero he ganado todo lo demás gracias a ello. No me arrepiento de nada.

***Fin***

# Gracias por leer mi novela

Este proyecto me tomo varios meses de trabajo y estaría encantada de poder saber que te pareció.

**¿Te gustaría compartir tu experiencia conmigo y otros lectores?**

Quiero mejorar y tus comentarios son valiosos. Te agradeceré puedas tomar 2 minutos de tu valioso tiempo y dejar un **comentario de forma totalmente honesta en Amazon** sobre la novela que acabas de leer.

Muchas gracias por la confianza y espero sorprenderte en una nueva entrega.

Saluda atenta y calurosamente,

*Dakota Milano*